



La esposa ideal

Leigh Michaels

La esposa ideal

Macey Phillips se quedó muy sorprendida cuando el guapísimo ejecutivo Derek McConnell le pidió que le buscara una esposa. Al fin y al cabo ella trabajaba para una agencia de cazatalentos, no para una agencia matrimonial; pero Derek necesitaba una mujer que le asegurara el puesto más importante en la empresa.

Macey accedió a ayudar a Derek, pero descubrió con frustración que no había ninguna candidata digna entre la alta sociedad.Y, aunque había prometido no volver a casarse...

Ella misma se dio cuenta de que era la esposa ideal...

CAPÍTULO 1

LA MUJER que estaba sentada frente a Macey parecía nerviosa. No, más que nerviosa. Parecía aterrorizada.

-Lo he intentado todo -dijo la mujer-. Aunque supongo que no debería decirle eso a usted. Si supiera la cantidad de sitios en los que he buscado trabajo y me han dado la espalda, usted tampoco me contrataría -concluyó antes de morderse el labio.

-Bueno, yo estoy buscando un tipo de persona diferente al que buscan la mayoría de los jefes de personal -aseguró Macey con una sonrisa tranquilizadora-. De hecho, Ellen, pensamos que las mujeres como usted son las mejores trabajadoras.

-¿De veras? -preguntó Ellen con voz temblorosa.

-Claro que sí. Nos encanta contratar mujeres que regresan al mercado laboral después de tomarse unos años para criar a sus hijos. Normalmente, las mujeres como usted están muy motivadas, son realistas, y saben cómo organizar el tiempo perfectamente.

-Buscar trabajo me ha convertido ciertamente en una persona realista -aseguró Ellen exhalando un suspiro-. Y el divorcio me ha proporcionado grandes dosis de motivación. Pero no sé nada sobre organización del tiempo.

-Cualquier mujer que esté criando a dos hijos ha aprendido a compaginar al menos seis tareas al mismo tiempo.

-Supongo que lleva razón en eso -respondió Ellen con sonrisa esperanzada-. ¿Tiene usted hijos? Parece que conoce bien el tema.

-Sólo por observación, no por experiencia personal -contestó Macey sin cambiar el tono de voz.

-Lo siento -se disculpó la otra mujer-. No debí preguntarle.

-No tiene nada de malo hacer-preguntas. Aquí animamos a la gente a hacerlas. Cuando la enviemos a un trabajo temporal, será importante para usted hacer las preguntas pertinentes para cumplir con su cometido.

-Ya veo -respondió Ellen con aire dubitativo.

-Por supuesto, las mujeres en su posición tienen un hándicap -continuó explicándose Macey-. Su preparación está algo anticuada y no están muy seguras de lo que quieren hacer el resto de su vida laboral.

-Sí. Exactamente -se apresuró a responder Ellen algo más relajada-. Y hay algunos trabajos que parecen tan complicados...

-... Que teme agobiarse y no hacer bien la entrevista personal.

Por eso pienso que un trabajo temporal es para usted la mejor opción, al menos por ahora. Desde hoy no tendrá que enfrentarse a más entrevistas, y tendrá la posibilidad de probar todo tipo de trabajos diferentes.

-Pero si no estoy capacitada...

-No la enviaremos a ninguno hasta que haya hecho prácticas y cursos de refresco, y elegiremos sus primeros trabajos cuidadosamente. Créame Ellen, el mayor problema que nos encontramos en Peterson Temps es que cuando tenemos una empleada completamente preparada y entrenada para todo lo que pueda caerle en una oficina, encuentra una empresa en la que está a gusto y que está dispuesta a contratarla a tiempo completo, así que nos quedamos de nuevo sin personal.

-Supongo que eso es una suerte -aseguró Ellen sonriendo-. Al menos tengo una puerta abierta.

-Vamos a empezar con el papeleo -concluyó Macey empujando hacia atrás la silla para dirigirse hacia el área de recepción-. Louise, por favor, acompaña a Ellen al departamento técnico para hacerle una evaluación.

-¿Se refiere a un test? -preguntó Ellen.

-No exactamente. Se trata de comprobar dónde necesita más práctica y entrenamiento extra.

-Macey, el señor Peterson quiere verte en cuanto tengas un momento -intervino la recepcionista.

-Gracias, Louise -contestó Macey extendiendo la mano para estrechar la de su nueva empleada-. No dude en venir a hablar conmigo cuando quiera, Ellen.

Luego cruzó la sala de espera, llamó con los nudillos a la puerta de su jefe y entró sin esperar respuesta.

-¿Querías verme, Robert?

Cuando ya era demasiado tarde para echarse atrás, Macey vio a otro hombre sentado frente a Robert Peterson en su escritorio. El hombre se giró al escuchar el sonido de su voz, como si le hubiera molestado la interrupción.

-Lo siento -se disculpó Macey, preguntándose por qué no la habría avisado Louise-. Creía que estabas solo -dijo dando media vuelta para salir del despacho.

-Mi visitante es la razón por la que quería verte -aseguró Robert haciéndole un gesto para que entrara-. Ven y siéntate, Macey. Te presento a Derek McConnell. Derek, esta es mi gerente, Macey Phillips.

McConnell... no le sonaba aquel apellido. ¿Se trataría tal vez de

un cliente nuevo? No era normal que los empresarios que querían contratar ayuda temporal acudieran personalmente a la oficina, aunque cabía la posibilidad de que aquel hombre fuera, igual que Ellen, un trabajador en busca de empleo. Aunque cuando él se levantó para saludarla, Macey pensó que no tenía ese perfil. Había algo en él que exudaba poder, y la estaba mirando de manera escrutadora, como si la estuviera sometiendo a una especie de prueba. No era en absoluto el tipo de mirada que estaba acostumbrada a notar en las personas que venían a buscar trabajo.

Macey le devolvió la mirada, estudiándolo igual de intensamente. Era alto y de hombros anchos, con cuerpo de atleta a pesar del impecable traje azul mas rino que llevaba puesto. Tenía el pelo castaño con mechas rubias que brillaban bajo el sol que entraba por la ventana del despacho, haciéndolo parecer un ángel. Los ojos eran también castaños, enmarcados por unas pestañas tan largas y rizadas que, en opinión de Macey, era una pena que se malgastaran en un hombre.

En resumen: sobre la base de los cánones por los que el mundo juzga a los hombres, aquel era don Perfecto.

Y Macey no tenía ninguna duda de que él lo sabía.

-Encantada de conocerlo, señor McConnell -dijo estrechándole la mano-. ¿Qué puedo hacer por usted?

Derek McConnell no contestó de inmediato. Esperó a que ella se sentara antes de hacerlo él. Luego colocó los codos sobre los brazos de la silla, juntó las manos, y dijo:

-Señorita Phillips, quiero que me encuentre usted esposa.

Macey Phillips se quedó durante un instante tan asombrada como si le hubiera dado una patada en la espinilla. Luego soltó una especie de carcajada contenida que a Derek le sonó a música de campanillas.

-Bueno, eso es algo que no nos piden a menudo -aseguró mirando a Robert, obviamente esperando que se riera también del chiste.

Derek observó cómo se le dibujaba en la frente un pequeño ceño al darse cuenta de que Robert no veía la situación con el mismo sentido del humor que ella.

-Me temo que no lo comprendo -dijo Macey mirando de nuevo a Derek-. Supongo que sabrá que Peterson Temps no es un servicio de acompañantes ni una agencia matrimonial.

-Soy perfectamente consciente de ello. Si tiene usted tiempo, señorita Phillips, me gustaría explicárselo desde el principio.

-Sí, por favor -aseguró ella inclinándose hacia delante-. Por

supuesto que tengo tiempo. No podría quedarme sin conocer esta historia, del mismo modo que no puedo dejar una película a la mitad.

Se estaba riendo de él. Por muy irritante que eso fuera, también era en cierto modo tranquilizador. Robert parecía tener razón respecto a ella. Esa mujer no intentaría la locura de tratar de casarse con él. Sólo tenía que conseguir que se tomara en serio el problema y lograra ayudarlo.

-Mi padre es George McConnell -comenzó a decir-. Usted seguramente lo conocerá por su apodo.

-¿Se refiere al fundador del Reino de los Niños? ¿El hombre que ha hecho imposible que ningún chico cumpla los trece años en este país sin haber comido, dormido o jugado con algo que no estuviera fabricado por Empresas McConnell? ¿Se refiere a ese George McConnell?

-La verdad es que sí -respondió él, atónito.

-Y como él es el rey, por eso a usted lo llaman el príncipe del Reino de los Niños.

-Eso no es más que una referencia de mal gusto creada por una revista que quiere aumentar la tirada -intervino Robert aclarándose la garganta.

-Lo siento -se disculpó Macey mirándolo antes de volver a fijar la vista en Derek-. Soy toda oídos, de verdad.

Derek dejó vagar la mirada un instante hacia la delicada oreja que le asomaba bajo el brillo de su cabello castaño oscuro. Habría sido una oreja preciosa si hubiera estado adornada por una sencilla perla en lugar de por aquel objeto que parecía un trozo de ce

rámica roto. Derek observó que se trataba sólo de una pieza de cerámica. La otra oreja estaba desnuda.

-Mi título oficial es vicepresidente de operaciones.

-Es lo mismo -contestó ella casi en un susurro.

-No es lo.mismo. Mi padre ha llegado a una edad en la que está pensando en retirarse. Pero me ha contado que los miembros de la junta directiva son reacios a la idea de convertirme en el nuevo presidente.

-Seguramente lo seguirán viendo como el niño cuya foto aparece en los tarritos de comida para bebés y en las cajas de los juguetes.

-Eso no ayuda, pero no es la clave del problema.

-Estaba bromeando -aseguró Macey abriendo los ojos desmesuradamente-. ¿De verdad es usted el que aparece en las etiquetas?

-Es una versión actualizada de una vieja fotografía -explicó

Derek, sintiéndose absolutamente estúpido por ponerse a la defensiva.

-Ya veo. Eso explica por qué necesita usted una esposa. Para que lo tomen en serio.

-No exactamente. Ya se han dado cuenta de que he crecido.

-Lo sé, en parte gracias a la revista de la que hemos hablado. Creo que sus directores tienen algo de razón. No sólo es usted un treintañero soltero y sin hijos, sino que además tiene cierta reputación de playboy

-Entiendo que todo eso pueda causar cierta inquietud en Wall Street, sí -confesó Derek mirando a Robert en busca de apoyo-. Por eso estoy aquí.

-Ya veo: quiere contratar a alguien que finja ser su esposa hasta que se haya estabilizado en su nuevo trabajo, ¿verdad? Bueno, nosotros...

-No.

-Me he perdido, señor McConnell -dijo Macey frunciendo el ceño-. ¿Qué es lo que no he entendido bien?

-Nada -aseguró él alzando una mano para enumerar con los dedos-. No quiero contratar a nadie. No quiero fingir nada. No quiero un arreglo temporal.

Macey se quedó con la boca abierta. Derek reprimió el deseo de estirar el brazo y colocarle la barbilla en su sitio. Tenía una boca muy bonita, de hecho, pero le distraía que la tuviera abierta de aquella manera. Tanto como le distraía aquel único pendiente tan extraño. ¿De dónde lo habría sacado? ¿De alguna excavación arqueológica?

Derek se obligó a mirarla a los ojos.

-No es que tenga ninguna objeción contra el matrimonio. De hecho, estoy de acuerdo con la junta directiva en que la imagen es importante, y que un hombre casado sería mejor presidente de una empresa de estas características.

-Entonces, ¿cuál es el problema?

-El problema es que la súbita decisión de mi padre de jubilarse me ha pillado desprevenido. Debo actuar con rapidez, pero ahora mismo no encontraría el tiempo necesario para dar con la mujer adecuada. Y tengo que estar seguro de que sea la mujer adecuada.

Macey asintió con la cabeza.

-Porque un playboy divorciado y sin hijos como presidente de una empresa especializada en niños sería incluso peor que un hombre que no se hubiera casado-aseguró Macey frotándose las sienes como si le doliera la cabeza.

-Ya que voy a meterme en esto, quiero hacerlo bien -contestó Derek encogiéndose de hombros-. Creo que ha llegado el momento de cambiar la foto del bebé de los tarritos de comida.

-No está usted hablando en serio -dijo Macey mirándolo con los ojos desmesuradamente abiertos-. ¿Espera que esa mujer tenga hijos?

-Será parte del trato. Si estamos de acuerdo en los detalles, no veo ninguna razón por la que no estuviera dispuesta. Y, desde luego, no entiendo por qué se escandaliza usted de ese modo, señorita Phillips. Teniendo en cuenta lo que estoy ofreciendo, creo que habrá muchas mujeres interesadas.

Derek observó atentamente cómo ella se mordía el labio inferior con aquellos dientes blanquísimos. No tenía ninguna duda de lo que Macey estaba pensando, casi podía ver las palabras que ella estaba tratando de contener con tanto esfuerzo.

Tuvo que reconocer que su última frase pudo haber sonado egoísta, pero no por ello era menos cierto lo que había dicho. ¿Y desde cuándo no estaba permitido que un hombre se considerara a sí mismo un premio?

Derek se dio cuenta de que ella bajaba la vista, como si su cerebro estuviera barajando varias posibilidades.

-No se me ocurre a nadie en nuestra empresa que pudiera llegar siquiera a considerar la idea, señor McConnell -dijo finalmente sacudiendo la cabeza-. Creo que una agencia matrimonial sería una opción más lógica.

-No esperaba que tuvieran una lista de trabajadoras catalogadas bajo el epígrafe de posibles esposas. De todos modos, el tipo de mujer con la que pretendo casarme no trabajaría en una agencia de trabajo temporal.

-En las empresas de trabajo temporal trabajan muchos tipos de personas -aseguró Macey fríamente-. Y por muchas razones diferentes.

-Lo siento. No pretendía decir lo que ha parecido.

-No importa -contestó ella como si no lo creyera-. Lo que digo es que me tiene usted desconcertada, señor McConnell. Primero dice que quiere que le busquemos esposa, y ahora dice que no cree que podamos hacerlo. ¿Qué es lo que está buscando exactamente?

-Alguien que entreviste a todas las posibles candidatas, las estudie y seleccione a unas cuantas finalistas para que yo elija.

Macey continuó mirándolo como si todavía no acabara de creerse lo que estaba oyendo, pero consiguió mantener la calma profesional en el tono de voz.

-Bueno, eso tiene más sentido. Usted necesita un asistente personal que tenga experiencia en recursos humanos y que esté familiarizado con el proceso de contratación. Tal vez alguien con formación también en psicología. ¿Prefiere que sea un hombre o una mujer?

-Ya hemos decidido que será mejor una mujer -aseguró Robert inclinándose hacia delante-. Este tipo de asuntos requiere una opinión femenina.

-Bien -respondió Macey al instante-. Déjeme pensar en el personal que tenemos. Contamos con un buen número de excelentes asistentes personales, pero tengo que revisar los detalles. ¿Podemos hablar dentro de un día o dos?

-Macey se encargará de ti, Derek -aseguró Robert.

-No hagas promesas a la ligera, Robert -contestó ella sacudiendo la cabeza-. No será fácil encontrar a alguien que reúna las características necesarias. Y además hay otras cuestiones. Señor McConnell, ¿prefiere una asistente de tipo maternal para elegir a su novia o una mujer joven con experiencia más directa sobre los asuntos que le preocupan a usted?

-Macey, he dicho que tú te encargarás de Derek -repitió Robert remarcando cada palabra-. Tú resolverás su problema. Personalmente.

Macey se había mordido tantas veces y tan fuerte el labio ,durante aquella conversación que le estaba empezando a doler. Pero el hecho de que Robert quisiera que se encargara de aquel trabajo era lo último: sencillamente, no podía seguir con aquello. Exhaló un profundo suspiro y se puso de pie.

-Señor McConnell, si nos disculpa un instante, Robert y yo tenemos que mantener una pequeña charla. A solas.

¿Era diversión lo que vio reflejado en aquellos grandes ojos castaños?

-Por supuesto -contestó él con educación-. Esperaré fuera.

Macey se mordió la lengua hasta que lo vio desaparecer por la puerta y entonces se giró bruscamente para mirar a su jefe.

-Robert, ¡no puedes cargarme con este muerto!

-Es una oportunidad que no podemos rechazar, Macey. Piensa en el negocio que nos puede proporcionar este hombre. Podríamos abrir incluso otra sucursal. Piensa en el renombre que alcanzaremos cuando triunfes.

-Piensa en el desastre cuando fracase.

-Macey, piensa un poco. No será muy difícil. Sinceramente, querida: ¿crees que supondrá una gran complicación encontrar una

mujer que quiera casarse con el joven señor McConnell?

«Teniendo en cuenta lo que estoy ofreciendo, creo que habrá muchas mujeres interesadas», había soltado Derek McConnell. Y lo peor de todo era que tenía razón. Aquella mezcla de arrogancia y poder actuaría como un afrodisíaco para muchas mujeres. Aunque no fuera el príncipe del Reino de los Niños, aunque no tuviera ni un dólar, seguiría habiendo mujeres decididas a casarse con Derek McConnell.

Qué estúpidas.

No, no sería ningún problema encontrar mujeres dispuestas. Pero Robert se estaba olvidando de una cosa. Derek McConnell quería la mujer adecuada, y esa era la parte que no iba a resultar fácil.

Un hombre que era don Perfecto no iba a conformarse con menos en la mujer con la que decidiera casarse.

-Robert, ese hombre está muy engañado -aseguró Macey, sabiendo que parecía desesperada aunque no le importaba-. Cree que puede comprarse un «y fueron felices para siempre».

-No lo creo -respondió Robert sacudiendo la cabeza-. ¿Sabes, Macey? Los románticos incorregibles son los que están engañados, creyendo en el amor a primera vista y toda esa basura. Derek piensa que las posibilidades de tener éxito en un matrimonio son mayores si uno elige cuidadosamente y utiliza el sentido común en vez de dejarse llevar por las hormonas y confiar en la suerte.

-¡Entonces, que utilice su sentido común en lugar de contratar el de otra persona!

-Dadas las circunstancias, a mí me parece más inteligente buscar una opinión ajena. Tengo la impresión de que Derek es un joven con muchas responsabilidades. No creo que tenga tiempo para...

-¿Y tú crees que yo tengo tiempo? Vamos, Robert, ya sabes lo ocupada que estoy. ¿Por qué no contratas a alguna mujer con perfil de abuela, una mujer que tenga como prioridad encontrarle a alguien que lo haga feliz?

-Porque tú tienes todas las cosas que has enumerado antes, Macey. Tienes experiencia en el campo de los recursos humanos y formación psicológica. Y eres una mujer joven que puede entender el estrés adicional que sufren los matrimonios actuales.

-Porque he estado casada -añadió ella.

-Y porque, perdona que te lo diga, está muy claro que no tienes ningún interés en volver a casarte -dijo Robert-. Eso te dará la perspectiva adecuada para que puedas ver la situación con claridad. Mucha gente se dejaría llevar por el lado romántico del asunto. Y,

desde luego, tu perfil de abuela, si es que existe, también lo haría.

-Tienes razón en que no hay ningún peligro en que yo me ponga romántica con esta historia -reconoció Macey con sequedad.

-Exacto -concluyó Robert acercándose hacia la puerta-. Y ahora, sal de aquí antes de que Derek se impaciente y piense que no estamos interesados en su caso.

-No caerá esa breva -murmuró Macey.

Y tenía razón: Derek McConnell no se había rendido. Estaba sentado junto al mostrador de Louise, pasando las páginas de una revista. Parecía ajeno a las miradas de admiración que despertaba en la recepcionista, que lo observaba por encima de la agenda que se suponía que estaba estudiando.

Derek se puso de pie cuando Macey salió del despacho.

-¿Quién ha ganado? -preguntó con obvio interés. -No era una pelea -contestó ella mirándolo con

frialdad-. Era una discusión profesional. Por favor,

¿podemos seguir hablando de esto en mi despacho? -Eso significa que ha perdido usted.

-No, eso significa que hoy no tengo mucho tiem

po libre que perder.

-Robert ya me lo advirtió -aseguró él consultando el reloj-. Yo también tengo una agenda muy apre

tada, pero he conseguido sacar dos horas para este asunto, y ya hemos utilizado una de ellas.

-Qué eficacia. Ha dedicado usted dos horas completas a un asunto con el que va a convivir el resto de su vida.

-No, tengo dos horas para meterle a usted prisa y que me lo solucione. Aunque tengo que admitir_ que he tenido dudas en dejar mi futuro en manos de una mujer que sólo lleva un pendiente.

Macey se llevó automáticamente las manos a su lóbulo desnudo.

-¡Oh! Me lo que quitado esta mañana porque el teléfono me hacía daño y luego he olvidado ponérmelo de nuevo.

-El plato que lleva colgado en la oreja es lo que le hacía daño. No es justo echarle la culpa al teléfono -dijo Derek entrando tras ella en su despacho-. Si no recuerdo mal, me ha invitado usted a entrar. Supongo que tiene algunas preguntas que hacerme.

Macey apretó los dientes. Cerró la puerta a las miradas cargadas de curiosidad de la recepcionista, se sentó en su escritorio y sacó un cuaderno de notas y un bolígrafo del cajón.

-Tal vez pueda darme algunos parámetros que ayuden a estrechar la búsqueda. Por supuesto, comenzaré por anotar que cualquiera que lleve pendientes originales no debe ni intentarlo.

-Voy a ser yo el que admire los complementos de mi futura esposa, así que tengo derecho a dar mi opinión -señaló él-. Usted no puede verse los pendientes, por eso ni siquiera sabe si lleva los dos. Son los demás los que lo notan, aunque teniendo en cuenta

el tamaño de los suyos no entiendo cómo puede andar por ahí sin darse cuenta de que anda ladeada.

Macey buscó su pendiente, lo encontró en el cajón del escritorio y se lo colocó en el lóbulo con deliberada parsimonia.

-Ya está. Ya no estoy ladeada. Espero que eso lo ponga de mejor humor ¿Qué más?

-No tengo lo que se dice una lista.

-Me impresiona usted. ¿No tiene que ser una rubia natural de metro ochenta, talla treinta y seis, grandes ojos azules y un título de postgrado?

Derek se hundió en la silla y miró hacia la ventana.

-No había pensado en ello, pero me parece un buen comienzo.

-Estoy hablando en serio -contestó ella, conteniendo las ganas de lanzarle el bolígrafo a la cabeza.

-De acuerdo. Podemos pasar del postgrado. Estaría bien que tuviera algún título de algo, pero...

-Por supuesto que sí -aseguró Macey anotándolo-. Por el bien de la herencia genética de sus futuros hijos, ella debería ser no sólo guapa, sino también inteligente. ¿Prefiere que sea licenciada en ciencias o en letras?

-¿Le pagan un plus por el sarcasmo? -preguntó Derek entornando los ojos.

-¿Y qué me dice de sus aficiones? -continuó ella ignorando su comentario-. ¿Quiere una mujer que comparta sus intereses, o una de la que pueda escapar en el campo de golf?

-Estaría bien que jugara al golf. Y quizá también al tenis.

-Todas las comodidades del club de campo. Y supongo que también debería cocinar exquisiteces para recibir a los invitados importantes. Porque imagino que su junta directiva no comerá tarritos de bebé cuando se reúne...

-Se sorprendería usted -contestó Derek con los ojos brillantes-. Algunos son tan mayores que es lo único que pueden tomar.

Aquel destello de humor desapareció rápidamente, y Macey trató de convencerse a sí misma de que lo había imaginado. Pero el brillo picarón de aquellos grandes ojos castaños le había acelerado ligeramente el ritmo del corazón, y eso sí que no se lo había imaginado.

-No hace falta que cocine -aseguró Derek-. Puede contratar un cátering.

Macey se esforzó para volver a concentrarse en el tema.

-Sí, pero si se maneja bien en la cocina, los del cátering no podrán aprovecharse de ella. ¿Tiene alguna manía que yo deba conocer?

-Bueno... detesto los nombres frívolos. Ya sabe, apodos del tipo: Bunny, o Muffy, o Taffy, o...

Derek se detuvo y se la quedó mirando con aire pensativo.

-No se preocupe, no ha herido mis sentimientos -lo tranquilizó Macey-. Tengo un nombre muy frívolo, lo he sabido siempre. De acuerdo. Las que se llamen Elizabeth, Sara o Rachel pueden presentarse como candidatas, pero todas las demás deberán cambiarse oficialmente de nombre antes ¿Se da usted cuenta de que con esto de los nombres reduce al máximo mi búsqueda?

-No tendrá que buscar a nadie. Sólo seleccionar. -Creo que no lo entiendo -dijo Macey dejando de bromear.

-No se trata de encontrar a esa mujer. Ya la he encontrado.

-¿De qué está usted hablando? -preguntó ella parpadeando totalmente sorprendida-. Si ya tiene una mujer en mente, ¿para qué me necesita?

-Conozco al menos a cien mujeres que podrían ser posibles candidatas, al menos a primera vista. La cuestión es seleccionar a media docena de esas cien para que yo no tenga que malgastar mi tiempo con las otras noventa y cuatro.

-¿Y cómo sugiere que lo haga? ¿Pidiéndoles que rellenen un cuestionario?

-Demasiado obvio -respondió Derek negando con la cabeza-. Creo que lo mejor será entrevistarlas.

-Vaya, ya puedo verlas haciendo cola en la acera, esperando a entrar en mi despacho. No serviría de nada. Todo el mundo puede parecer adecuado en una entrevista de trabajo, cuando saben que los están juzgando.

-En eso tiene razón -reconoció Derek frunciendo el ceño.

-Para juzgar si son apropiadas para usted, debería estudiarlas en su hábitat natural. Y entonces yo...

-Esa es una idea excelente. Brillante, de hecho. Está claro por qué Robert estaba tan seguro de que era usted la mujer apropiada para este trabajo -aseguró él reclinándose hacia atrás en la silla con una sonrisa.

Macey dio unos golpecitos con el bolígrafo sobre el cuaderno en un intento de ganar tiempo para entender qué estaba pasando.

-Empezaremos esta noche -dijo Derek-. Se celebra un cóctel antes del concierto del auditorio. Al menos una docena de mis posibles candidatas estará allí. Yo se las señalaré y usted podrá comenzar a observarlas.

-Yo no...

-Y aquí es donde surge el problema -aseguró él frunciendo el ceño-. ¿Qué será lo correcto, teniendo en cuenta que está trabajando para mí? ¿La paso a recoger, o nos encontramos allí?

CAPÍTULO 2

MACEY SE quedó mirándolo fijamente, como si no terminara de creerse lo que acababa de escuchar. Pero tenía que aceptar los hechos. Estaba claro que don Perfecto no sólo daba por sentado que ella iría a la fiesta con él, sino que además pensaba que estaba deseando hacerlo.

-Espere un momento -dijo Macey-. No pienso salir con usted.

Derek adoptó la misma expresión que habría puesto si ella hubiera agarrado la grapadora tamaño industrial que tenía encima del escritorio y se la hubiera arrojado a la cabeza.

-Por supuesto que no. No se emocione, señorita Phillips. Ir a algún sitio juntos no es lo mismo que salir. Esto no se parece ni por asomo a una cita.

Macey sintió que la furia corría por sus venas, pero mantuvo un tono de voz calmado.

-Para su información, señor McConnell, le diré que no he cometido ese error. No he pensado ni por un momento que me estuviera invitando a ser la mitad de una absurda pareja romántica.

-Bien. Me alegro de que tengamos eso claro.

-Pero tengo todas las noches ocupadas.

Por el modo en que él se estiró ligeramente sobre la silla, Macey supo que había conseguido captar toda su atención. Tal vez porque 1e costara trabajo imaginar que ella tuviera algo que hacer después de trabajar, pero al menos ya comenzaba a tomarla en serio.

-¿Todas las noches?

Macey asintió con la cabeza. Después de todo, sólo se trataba de una pequeña exageración.

-Entonces, sólo veo una alternativa.

Macey pensó que se buscaría otra ayudante. Sintió una oleada de alivio. Encontrarle su pareja ideal iba a ser de todos modos un suplicio, pero al menos se libraría de buena parte de aquella pesadilla. Y si Derek pedía un cambio de asesora, Robert no podría negarse. Tal vez se enfadara, pero no podría culpar a Macey de que el cliente hubiera cambiado de opinión.

-Le diré a mi padre que he contratado una asistente personal y llevará usted a cabo esta operación desde mi despacho -aseguró él de pronto.Macey hizo una mueca de sobresalto-. Me temo que no será tan eficaz -continuó diciendo Derek con aire pensativo-, y me temo que de ese modo necesitará usted más tiempo para conocer a todas las mujeres de mi lista, porque no tengo por costumbre

decirles que me visiten en el trabajo.

Macey sentía como si fuera a ponerse azul por la falta de aire.

-Por supuesto, en ese caso no podré pagarle directamente. Sería muy extraño que no pusiera en nómina a mi asistente personal. Así que para convencer a mi padre de que vale usted lo que gana, tendrá que parecer una auténtica empleada, lo que significa que tendrá que hacer algo de trabajo de oficina además de su cometido. Es sólo para mantener las apariencias, usted ya me entiende. Robert me ha comentado lo gran trabajadora que es usted, así que estoy seguro de que podrá apañárselas con todo lo que yo necesite.

Macey se las arregló finalmente para aspirar un poco de aire, pero lo único que consiguió fue comenzar a toser.

-Puede que cause también algunos problemas por aquí -musitó Derek-. Pero claro, teniendo en cuenta que esta es una agencia de trabajo temporal, Robert no tendrá problemas en encontrar a alguien para que la sustituya como gerente de la empresa durante unas cuantas semanas.

-¿Unas cuantas semanas?

-Supongo que tendrá que asumir el riesgo de que a Robert le guste más su sustituta y cuando regrese descubra que se ha quedado sin trabajo. Pero puede que para entonces haya decidido que le gusta trabajar para mí. Si llegamos a entendernos, puede que me quede con usted.

Para Macey, aquello suponía un destino peor que la muerte.

-A menos que decida volver a pensárselo, por supuesto -concluyó Derek mirándola directamente a los ojos-. ¿Está usted completamente segura de que tiene todas las noches ocupadas?

-A lo mejor todas, todas, no -susurró Macey en un ahogo.

-Bien. Entonces, se lo preguntaré de nuevo. ¿Paso esta noche a recogerla o nos vemos en el vestíbulo del auditorio?

En el momento en que Macey entró en su casa la recibió el olor a ajo tostado, y supo que Clara había tenido un buen día. Con un suspiro de alivio y gratitud, Macey colgó el abrigo y se dirigió a la cocina.

Clara estaba sacando una olla del fuego. Su cabello gris estaba algo encrespado, como si no se hubiera peinado aquel día. Pero llevaba puesto un conjunto color borgoña en lugar del chándal que solía ponerse en sus días bajos, e incluso se había dado un toque de maquillaje.

-Qué bien huele -aseguró Macey abrazándola.

-Sopa de patata. Es una receta nueva. Me la ha dado una de las señoras de clase de cerámica. En la nevera hay limonada, si te

apetece.

-¿Has ido hoy a clase? -preguntó Macey sirviéndose un vaso.

-Les he dado a los reyes una segunda capa antes de volver a cocerlos -aseguró Clara asintiendo con la cabeza-. Creo que tendré todo el belén preparado para Navidad.

-Eso es estupendo, Clara -aseguró Macey dándole un sorbo a su limonada.

No le importaba cuándo estarían listas las figuras, ni siquiera si las terminaba. Pero tener un objetivo le proporcionaba a Clara una razón para levantarse por las mañanas y salir de casa.

-Tengo que salir un rato esta noche, Clara.

Durante un instante, Macey pensó que la otra mujer no iba a contestar, y le dio un vuelco el corazón. Hacía falta muy poca cosa, incluso en los días buenos, para arrojar a Clara de nuevo al abismo.

-¿Dónde vas a ir? -preguntó finalmente la mujer.

-A algo relacionado con la orquesta de la ciudad. Tengo que darme prisa, porque debo estar en el vestíbulo del auditorio a las siete.

-Entonces, me alegro de tener la sopa lista -aseguró Clara buscando un cucharón para servirle un cuenco-. ¿Vas a ir con alguien? ¿Tienes una cita?

-No se trata de ninguna cita -se apresuró a aclarar Macey con demasiada premura-. Es una cuestión de trabajo.

-Creí que tenías un acuerdo con Robert para no trabajar por las noches ni los fines de semana -Macey se mordió el labio inferior-. Pensabas que no lo sabía, ¿verdad? -musitó Clara sirviendo otro cuenco de sopa-. No es que no te agradezca que te quedes conmigo en casa para hacerme compañía, para ayudarme a ahuyentar los nubarrones negros. Pero con la nueva medicación estoy mucho mejor, Macey. Y de cualquier modo ya va siendo hora de que vuelvas a la vida.

-Tú eres mi vida, Clara.

-Ya he sido lo suficientemente egoísta y he estado lo suficientemente enferma como para pensar que así era. Pero ya han pasado tres años desde que Jack murió. Eres una mujer joven, y él no hubiera querido que le guardaras luto para siempre.

«Justo lo que necesito esta noche», pensó Macey con amargura. «La tía de mi marido echándome en cara que no lo haya enterrado en el pasado».

-Ya hablaremos de eso más tarde -se apresuró a asegurar Macey.

Clara no volvió a sacar el tema, pero el asunto se quedó flotando entre ellas. Macey respiró aliviada cuando terminó la sopa y se fue

a vestir.

Tal vez después de todo era afortunada por no tener muchas opciones. Así no se volvería loca pensando en qué sería apropiado ponerse para un cóctel de alto copete. Escogió su traje de chaqueta verde bosque, porque era lo más de vestir que tenía. Estaba casi nuevo y le quedaba bien. Era incluso estiloso, comparado con el resto de su guardarropa, que se encuadraba sin lugar a dudas en la categoría de trajes de chaqueta para trabajar.

Sin embargo, una vez que estuvo vestida se miró en el espejo de cuerpo entero del baño y observó el conjunto con la camisa a juego con desagrado.

Suspiró, comenzó a hurgar en el armario, sacó una camisola de seda color marfil con finos bordados y la sustituyó por la camisa sastre.

Si pudiera salir de casa sin que Clara hiciera ningún comentario sobre que anduviera por ahí vestida con algo que parecía ropa interior... Macey se puso encima la chaqueta larga y se la abrochó hasta el cuello.

Clara la observó sin decir nada y luego se despidió con voz pausada. Pero mientras Macey cerraba la puerta tras ella, escuchó a Clara murmurar:

-Desde luego, tiene toda la pinta de ser una cita.

Macey pagó al taxista en la puerta del auditorio y le pidió un recibo para añadirlo a la factura. Lo metió en su bolsito de mano y entró en el inmenso vestíbulo. Había gente por todas partes y, a diferencia de ella, sabían perfectamente dónde iban.

-Disculpe -dijo una voz masculina a su espalda.

-Oh, lo siento -contestó Macey sonrojándose-. No me he dado cuenta de que estaba bloqueando la entrada. Es que no estoy muy segura de dónde se celebra el cóctel.

-Entonces, yo soy su hombre -aseguró el desconocido ofreciéndole el brazo con gesto ceremonioso-. Me llamo Ira Branson. Y usted es...

Para cuando Macey se hubo presentado, se estaban aproximando a una gran entrada en forma de arco que llevaba a lo que parecía ser una sala de baile. Un hombre que parecía el dibujo animado de un mayordomo estaba en la puerta, con una postura tan rígida que durante un instante Macey pensó que se trataba de una estatua de madera.

Ira sacó un cartoncito rojo del bolsillo y el mayordomo lo observó con gesto desdeñoso antes de tomarlo entre sus dedos. Luego le dedicó a Macey una mirada entornada.

-Lo siento, lo cierto es que no tengo entrada, yo... -comenzó a explicarse.

El mayordomo echó ligeramente la cabeza hacia atrás de modo que pudiera contemplar su propia nariz desde una mejor perspectiva.

-Señora, aquí no vendemos entradas en la puerta a cualquiera que pueda permitírselo.

-Vamos, Wilson... -protestó Ira.

-Este evento está reservado únicamente a aquellas personas que hayan sido invitadas personalmen

te -continuó el mayordomo ignorando el comentario del otro hombre.

Surgido de algún rincón del salón de baile se materializó Derek McConnell al lado del mayordomo.

-Wilson, querido imbécil, ya puedes acabar con tu grandiosa actuación y dejar de insultar a mi invitada -aseguró sacando una entrada del bolsillo y blandiéndosela al hombre bajo las narices-. No tiene invitación porque la suya la tengo yo.

-¿Su invitada? -repitió el mayordomo parpadeando-. Muy bien, señor. Si usted lo dice...

-Encantada de conocerte, Wilson -dijo Macey con una mueca.

El hombre no respondió y se las arregló para que la expresión de su rostro recordara todavía más a la de una estatua.

-Me alegro de volver a verte, McConnell -dijo Ira estrechando la mano de Derek-. No quería invadir tu territorio, amigo, pero Marcie estaba algo perdida y...

-Macey -lo corrigió Derek-. Se llama Macey.

-Oh, lo siento. Como te iba diciendo...

-Gracias por traerla hasta aquí -dijo Derek guiándola hacia la entrada-. Ya es hora de que entres.

-¿Era necesario ser tan maleducado con Ira? -preguntó ella molesta dirigiéndose automáticamente a una esquina.

-¿Te preocupan sus sentimientos? Ni siquiera ha . sido capaz de pronunciar tu nombre correctamente.

-Al menos él se ha preocupado de que no me perdiera.

-Oye, no es culpa mía que hayas llegado tarde. He estado esperándote en el vestíbulo hasta que la gente ha empezado a mirarme con extrañeza.

-Incluido el tipo de la puerta, supongo. Seguro que si le hubieras puesto un billete de cien en la mano me hubiera encontrado un poco más aceptable.

-No puedes culpar a nadie más que a ti misma por el

recibimiento que has tenido. Yo me ofrecí a ir a buscarte.

-¿Y crees que si hubiera entrado contigo se habría quedado impresionado con mi estilo? Créeme, Derek. Ese es el hombre que debería ocuparse de tus candidatas.

Habían acordado tutearse y llamarse por su nombre, pero aquella era la primera vez que Macey lo pronunciaba. Le dejó un gusto raro en la lengua, como si hubiera mordido un canapé esperando que fuera dulce y se hubiera encontrado en su lugar con un chile jalapeño.

-¿Wilson? Estás de broma.

-Hablo totalmente en serio. Está claro que conoce a todos los que son alguien. Te apuesto lo que quieras a que al final de la noche te tendría hecha una lista corta para ti. Si quieres voy a pedírselo.

-Mejor que eso, tómate una copa. Te sentará bien. Te recomiendo que te apuntes al vino. No es de la mejor cosecha, pero al menos no estará aguado como el whisky -bromeó Derek mientras le hacía una seña a un camarero-. ¿Blanco o tinto?

-Blanco, por favor -dijo Macey tomando la copa que le ofrecía.

Luego echó un vistazo alrededor de la sala. Estaba abarrotada de gente, tanto personas jóvenes como mayores, y era obvio que todos se conocían. Macey observó a un grupo de rubias situadas cerca de la mesa de los canapés. Derek había comentado algo sobre que aquella noche habría una docena de posibles candidatas, pero Macey tenía la impresión de que entre la multitud había al menos cincuenta mujeres que tenían la edad y el pedigrí adecuados.

-Bueno, ya que estoy dentro, no hace falta que te quedes pegado a mi lado. Señálame las candidatas que más te gusten y me pondré a trabajar.

-Daremos una vuelta y te las presentaré.

-No estarás hablando en serio -dijo Macey mirándolo a través del cristal de la copa-. Ya es bastante malo que te hayan visto hablando conmigo.

-¿Por qué? Estamos detrás de una columna.

-Créeme. Si están interesadas en ti, sabrán exactamente dónde estás y con quién.

-Si es así, no creo que pase nada porque te las presente.

-No pensarás en serio que ellas- mostrarán sus verdaderos sentimientos contigo delante. ¿Acaso eres un completo iletrado sobre cómo piensan las mujeres?

-Lo que tengo claro es que no van a confiar en una extraña.

-Tal vez te llevaras una sorpresa. En cualquier caso, no pienso deslizarme al lado de cada una y preguntarle al oído qué piensa

sinceramente de ti. Me moriría de aburrimiento y, además, no serviría para

nada.

-Entonces, ¿qué vas a hacer?

Macey era consciente de que no tenía que hacerse amiga íntima de todas las mujeres de aquel lugar. Sólo necesitaba hacerse una idea del tipo de personas que eran. Y tampoco tenía que tomar la decisión final. Su único cometido era eliminar los imposibles.

-Sujétame esto -dijo tendiéndole a Derek su vaso de vino mientras se quitaba la chaqueta-. Te veré más tarde.

-¿No quieres la copa? -preguntó él mientras Macey se colocaba la prenda en el brazo.

-No -respondió ella negando con la cabeza-. Tú limítate a fingir que no me conoces, ¿de acuerdo? Y dicho aquello, desapareció entre la multitud.

Derek soltó una palabrota entre dientes «Limítate a fingir que no me conoces». Bien, aquella era una idea estupenda. ¿Qué se suponía que tenía que hacer entonces? ¿Apoyar la espalda contra la columna con una copa de vino en cada mano y esperar a que Macey hiciera su ronda?

Se marcharía enseguida a casa. No estaba acostumbrado a que lo trataran así, y no le gustaba. Ella se llevaría una buena lección si cuando regresara se encontraba con que se había marchado.

Llevarla a la fiesta había sido un riesgo calculado. Pero si tenía que pasar revista a todas las mujeres que él conocía, tenía que ir allí donde estuvieran congregadas. Había sopesado las posibilidades y había decidido seguir adelante, pero eso había sido antes de que ella lo dejara plantado y se fuera por su cuenta.

Derek escuchó un silbido de admiración cercano y se giró sorprendido. Ira Branson estaba al otro lado de la columna y miraba fijamente al salón.

-Si hubiera sabido lo que había debajo de esa chaqueta, no te habría permitido tan fácilmente que me cortaras el paso en la puerta, McConnell.

-Si crees que te va a servir de algo, adelante, inténtalo -contesto Derek mirándolo con desdén.

-¿Quieres decir que no te importa?

«Finge que no me conoces», recordó. Bien. Si aquello era lo que ella quería, le seguiría el juego.

-Por supuesto que no. El hecho de que tuviera su invitación no significa nada.

-¿De verdad era su invitación? Yo pensé que sólo lo decías para

ligártela. Gracias, amigo -dijo Ira dándole un golpecito en la espalda.

Derek tenía las dos manos ocupadas, así que no podía darle a Ira el puñetazo en las narices que se merecía.

Lo observó cruzar el salón en dirección a Macey. En ese momento llegó un camarero con una bandeja vacía, y Derek dejó allí el par de copas de vino. Luego se giró de nuevo y vio a Ira junto a la mesa de los canapés, rodeado de un grupo de mujeres jóvenes. El grupo se abrió, y Derek se quedó con la boca abierta.

Antes había estado demasiado preocupado cuando Macey se quitó la chaqueta como para darse cuenta de lo que llevaba debajo, y ella había desaparecido enseguida entre la multitud. Y hacía apenas unos minutos, le había molestado la reacción infantil de Ira y no se había detenido a preguntarse qué era lo que tanto lo había impresionado.

Y ahora lo entendía.

Macey se dio la vuelta en el instante en que él la miraba, y las luces del salón brillaron sobre la tela casi transparente de su camisa, y también en sus sedosos hombros casi desnudos.

No había ninguna duda de por qué Ira había cruzado todo el salón como un perro de presa que hubiera avistado un pato. Pero, ¡qué demonios!, se suponía que Macey debía estar tomando apuntes de las mujeres que había allí, y no colocando la mano sobre el brazo de Ira Branson, como estaba haciendo en aquel instante. ¿En qué diablos estaba pensando? Tal vez debería plantearse la posibilidad de buscar por sí mismo una candidata. Porque estaba claro que la decisión que tomara no podría ser peor que la de ella. Si el gusto de Macey Phillips en cuanto a hombres apuntaba hacia un perdedor como Ira Branson, ¿qué tipo de mujer escogería para él?

No pensaba quedarse allí sentado a esperar averiguarlo.

A Macey le habían bastado menos de cinco minutos para borrar a todas las mujeres del grupo en su cuaderno de notas mental. El proceso de eliminación había resultado bastante sencillo. De las seis mujeres que estaban al lado de la mesa de los canapés, dos llevaban alianza de boda, otra tenía un anillo de compromiso, otra agitaba las manos nerviosamente cuando hablaba, la otra parecía un gato torturado cuando se reía, y la última había cumplido al menos diez años más de los que pretendía aparentar.

Seis mujeres menos. O eso parecía.

Porque había dos problemas: no sólo no sabía exactamente a quién había eliminado, porque no conocía sus nombres, sino que

además no tenía ni idea de si estaban con anterioridad en la lista de Derek. Si él hubiera sido lo bastante razonable como para señalarle a quién quería que investigara...

Macey tuvo que reconocer que ella tampoco había hecho mucho por la causa al aventurase sola de aquel modo. Cuando comenzaba a arrepentirse de su arrebato, se percató de la presencia de Ira Branson en el grupo. En cuanto vio que ella lo miraba, el hombre se colocó a su lado.

-Por un instante he pensado que estabas con McConnell -confesó-. Pero él ya me ha dicho que no.

Macey pensó que se merecía tener que buscarse la vida ella sola por haberle dicho a Derek que fingiera no conocerla.

¿Qué iba a hacer ahora? Al paso al que iba, nunca le encontraría una esposa a Derek. Tal vez Ira pudiera ayudarla. Apoyó la mano sobre su brazo y lo apartó ligeramente del grupo de mujeres.

-¿Sabes una cosa? Estaba deseando que vinieras -aseguró Macey-. Es muy difícil conocer gente en un grupo. Me sentiría mucho más a gusto si conociera los nombres de las personas antes de que me las presentaran. Como en el grupo con el que estaba hasta ahora mismo. Creo que había una Betsy y una Susana, pero no me atreví a llamarlas. por su nombre por miedo a equivocarme.

-¿Betsy? -repitió Ira con expresión desconcertada-. ¿Susana? Creo que no las conozco.

Macey se dio cuenta de que el plan B también había fracasado, y trató de tomárselo con filosofía, pero no era fácil. Lo cierto era que no estaba haciendo ningún progreso.

Una mujer con un vestido de seda granate se acercó en ese momento a ella.

-Creo que no la conozco -le dijo-. Soy socia de Amigos del auditorio, igual que la mayoría de los que estamos aquí esta noche. Si quiere formar parte de la asociación, nuestra presidenta está allí mismo -dijo señalando a una mujer de azul que estaba sentada al piano-. Si quiere se la presentaré.

Macey le dedicó una mirada indiferente a la mujer del vestido azul y luego volvió a mirar con más detenimiento aquel rostro patricio, tocado con unas líneas de expresión provocadas por la-risa y el paso del tiempo.

Presidenta de la asociación. Aquella mujer conocería a todo el mundo, y probablemente lo sabría todo de todo el mundo.

Macey sintió como si de pronto el sol se hubiera abierto paso a través de los nubarrones de una tormenta.

-Me encantaría conocerla. Es una idea maravillosa...

La mano de Derek se posó entonces sobre el brazo de Macey.

-Una idea maravillosa que debes pensar cuidadosamente -dijo-. Porque no se trata solamente de pagar las cuotas y tener un carné de socio. Pertenecer a Amigos del auditorio requiere mucho tiempo y mucha energía.

-¿De qué estás hablando? -intervino la mujer del traje granate, asombrada-. Sabes perfectamente que...

Derek ya se había llevado a Macey de allí.

-Estaba empezando a hacer progresos -protestó ella.

-¿Qué demonios estabas haciendo?

-Lo que tendrías que haber hecho tú desde el principio. Tendría que haberme dado cuenta de que es una pérdida de tiempo hablar con las mujeres jóvenes. Las señoras maduras son las que de verdad saben lo que se cuece. Pero justo cuando estoy a punto de conocer a la persona que está a cargo de la asociación, apareces como por arte de magia y me haces parecer una estúpida. Y ahora, si quieres arreglar tu metedura de pata, llévame hasta allí y preséntame a la mujer de azul que está al piano.

-Ni lo sueñes.

-¿Por qué demonios no quieres? -insistió Macey a punto de perder los nervios-. Te apuesto lo que quieras a que tiene muchas ideas sobre quién sería una buena esposa para ti.

-No pienso arriesgarme -aseguró Derek con una mueca-. Porque resulta que la mujer de azul que está sentada al piano es mi madre.

CAPÍTULO 3

D EREK YA había visto antes el destello de furia en los ojos de Macey. Dos veces. Una, la tarde que estuvo en su despacho, y otra nada más llegar a la fiesta. Pero comparado con el modo en que lo estaba mirando en ese momento, las otras ocasiones no habían sido más que un leve enfado. Derek se cruzó de brazos para protegerse del huracán que estaba a punto de desencadenarse.

-¿De verdad pensabas llevarme por todo el salón presentándome gente sin que ella se percatara de mi presencia? -dijo Macey con la voz más calmada y suave que fue capaz de poner.

-¿No podemos hablar de esto en algún rincón?

-Es demasiado tarde para esconderse detrás de una columna, Derek.

-Si no hubieras venido decidida a acaparar toda la atención esta noche vistiéndote como una...

Derek consiguió detenerse a unos milímetros del abismo verbal.

-¿Qué ibas a decir? -preguntó Macey arqueando las cejas-. ¿Como una qué?

-No importa. Por suerte, la orquesta está ya afinando. La fiesta ha terminado. Así que consideremos esto como una ronda de entrenamiento, fijemos losconceptos que hemos aprendido y comencemos de nuevo.

-Tengo una idea mejor. Consideremos lo ocurrido como un completo desastre y dejémoslo ahora que aún podemos. No te entretengo más, no vayas a perderte el concierto.

Macey se giró sobre sus talones y se marchó.

-Sabía que pasaría algo así -dijo Ira al lado de Derek aclarándose la garganta-. Tuviste tu oportunidad con ella, McConnell, y la desperdiciaste.

-¿Así que ahora crees que es tu turno? -contestó Derek, que se sentía ya harto-. No la he oído pedirte que la llevaras a casa.

-Porque seguramente ha venido en su coche -se defendió Ira con el ceño fruncido tras pensarlo unos instantes.

El imperio McConnell, vulgarmente conocido como el Reino de los Niños, poseía edificios, almacenes y fábricas a lo largo y ancho de todo el país, pero la sede principal estaba ubicada en un edifico de reciente construcción en las afueras de San Louis. En gran parte, el inmueble había sido construido a partir de los planes y las ideas de Derek, y desde que se trasladaron allí no había día que no experimentara una sensación de satisfacción y orgullo.

Hasta aquella mañana.

La estructura había sido construida con la suficiente solidez como para contener un tornado, pero aquella mañana a Derek le daba la sensación de que era muy frágil.

Su futuro estaba decidido desde que terminó la universidad y se unió a la empresa. Incluso antes de eso, cuando trabajaba los veranos en alguna de las fábricas McConnell, siempre había sabido que algún día sucedería a su padre. Y sospechaba que George McConnell pensaba en ello desde antes todavía, cuando llevaba a casa cada nuevo juguete para que Derek, siendo un niño pequeño, lo probara.

Y ahora todo estaba en peligro porque los directores querían un presidente casado. Así que se casaría. Sin problemas. De todas maneras, siempre había pensado que tarde o temprano acabaría haciéndolo.

Su plan para buscar esposa era perfectamente razonable, y no había ninguna razón para abandonarlo. Si Macey no hubiera salido disparada como un cohete la noche anterior...

Pero se había largado, y el problema era que la junta directiva había programado una reunión formal que tendría lugar exactamente en dos semanas, y uno de los puntos a tratar sería la jubilación de su padre. Derek había esperado utilizar dicha reunión para anunciar su compromiso y próxima boda.

Y ahora tenía que recomponerse y comenzar de nuevo desde cero.

Su padre ya estaba en el despacho, apoyado sobre el escritorio de la secretaria que ambos compartían, leyendo una carta. Cuando Derek entró, George McConnell se colocó las gafas de lectura sobre la cabeza.

-¿Te acostaste tarde anoche, hijo?

Derek resistió la tentación de mirar el reloj, porque sabía perfectamente que había sido absolutamente puntual.

-No mucho.

-Me alegro de que estés aquí -dijo su padre por toda respuesta-. El director de la junta va a pasarse por aquí esta mañana. Tal vez te gustaría estar presente en la reunión... ha dicho que le gustaría verte. Debe de ser él el que está llegando por el pasillo. Llega me-_ dia hora antes. Ocúpate de él durante un minuto, ¿quieres? -susurró-. Tengo un par de cosas que hacer.

El director de la junta avanzó hacia Derek con una amplia sonrisa y la mano extendida.

-¡Hola, Derek! -dijo con voz poderosa-. Esperaba que pudieras

estar presente hoy. Lo cierto es que quería saber si estarás libre el fin de semana. Mi hija está en casa. Ya sabes, ha venido de Standford. Está a punto de terminar la carrera. Creo que vosotros dos tendréis muchas cosas en común de que hablar.

-Lo siento, este fin de semana es imposible -respondió Derek sin dejar de sonreír.

-Entonces, elige tú el día. Se quedará aquí una temporada. Está haciendo unas prácticas en el centro de la ciudad, así que se queda en casa para no pagar alquiler -comentó el director ampliando aún más la sonrisa.

-Yo... bueno... -comenzó a decir Derek aspirando con fuerza el aire-. Bueno, esto es algo violento, señor, porque resulta que... que yo...

«Me estoy muriendo de una enfermedad misteriosa... He escuchado la llamada para convertirme en monje... Me voy a alistar en la legión extranjera...».

-Estoy comprometido. Voy a casarme -dijo.

-Es la primera noticia que tengo -respondió el director dejando de sonreír al instante.

«Y no es usted el único», pensó Derek.

-No puedo entrar en detalles ahora -aseguró Derek mirando hacia el despacho de su padre y tratando de parecer un hijo preocupado-. Es que todavía no he tenido oportunidad de contárselo a mis padres, así que no debería contárselo a nadie. De hecho, ni siquiera hemos hablado con los padres de ella, y ya sabe cómo son las mujeres para estas cosas, señor. Quieren hacerlo todo como mandan los cánones.

George McConnell salió de su despacho frotándose las manos.

-Bueno, ya podemos empezar a trabajar. ¿Te encuentras bien, Derek? Estás pálido y sudoroso. Tu madre me ha dicho que anoche parecías cansado. Teme que estés incubando algo.

-¿Sabes qué? -respondió su hijo-. Creo que tiene razón. Y me temo que pueda tratarse de algo terriblemente contagioso. Tal vez debería irme a casa.

Normalmente, a Macey le gustaba ir a trabajar. Por supuesto, había días en los que su nivel de entusiasmo no era precisamente estratosférico, pero normalmente disfrutaba de su trabajo. Le encantaba la gente. Le encantaba el rompecabezas de colocar a cada nuevo empleado en el puesto adecuado.

Pero no aquella mañana. Aquella mañana tendría que enfrentarse a Robert Peterson y explicarle lo inexplicable.

No se sentía orgullosa del modo en que se había esfumado la

noche anterior, pero tampoco estaba dispuesta a cargar con toda la culpa. Había. Intentado explicarle a Robert que el plan era inviable. Había intentado explicarle a Derek que aquello era una locura. Había intentado de todas las maneras posibles evitar el descarrilamiento de aquel tren, pero no encontraba tampoco ninguna satisfacción en saber que ella tenía toda la razón.

Se vistió con el mayor cuidado, aunque no se puso su mejor traje, el de color verde bosque. Después de lo ocurrido la noche anterior, tendrían que pasar años para que se atreviera a volver a llevarlo. Normalmente, Macey se dejaba el cabello suelto cayendole sobre los hombros, pero aquel día se hizo un moño para conseguir un aspecto más profesional. añadió a su tocado un par de pendientes pintados a mano que Clara había hecho en clase de cerámica. Y luego se puso los tacones más altos que tenía. Iba a necesitar de toda su autoconfianza cuando se enfrentara a Robert.

Cuando Robert llegó, ella llevaba una hora sentada en su escritorio, ordenando papeles y tratando de ser productiva. Le dio unos minutos para que se instalara y luego llamó a su puerta con los nudillos.

-¿Tienes un minuto?

Él estaba en aquel momento contestando el teléfono.

-Sí, soy Peterson -dijo haciéndole un gesto a Macey con la mano para que se sentara-. Enseguida estoy contigo.

Macey tomó asiento y cruzó primorosamente las IxRnanos sobre el regazo mientras trataba de pensar en el modo de iniciar aquella conversación sin empeorar las cosas.

-Sí -dijo Robert a su interlocutor girando la silla para mirar por la ventana-. Sí, creo que... lo comprendo. Sí, podemos hacer eso.

Luego se dio la vuelta de nuevo para colgar el teléfono.

Macey abrió la boca para empezar a hablar, pero Robert se le adelantó.

-Era Derek McConnell.

Macey se quedó de piedra. Lo último que habría esperado de Derek era que fuera un chivato.

-Puedo explicártelo, Robert. O al menos puedo intentarlo. Tú no estabas allí, así que no puedes ni imaginarte lo que pasó anoche.

-¿Explicar qué? -preguntó su jefe con aire distraído-. No importa, ya entrarás en detalles en otro momento. Le he dicho que vas hacia allá.

-¿Hacia dónde? -preguntó Macey desconcertada.

-Hacia su apartamento. Derek no se encuentra muy bien, y se ha tomado el día libre para planear lo que él llama la segunda fase.

Vamos, vete yá. No querrás hacerlo esperar... Ya me contarás cuando vuelvas cómo te fue en la primera fase -concluyó Robert muy relajado.

Derek no vivía en un rascacielos de cristal, como Macey habría esperado, sino en un antiguo y sólido almacén con vistas al río Mississippi que había sido reconvertido en lofts. Un portero uniformado se quedó mirando fijamente a Macey.

-¿A quién desea ver, señora? -le preguntó con amabilidad.

-Desear, lo que se dice desear, a nadie -murmuró ella entre dientes-. Lo siento, usted no tiene la culpa de mi mal humor. Me ha mandado llamar el señor McConnell.

El portero inclinó la cabeza y marcó un número en el telefonillo.

-Hay una dama que quiere verlo, señor. Sí, señor, le diré que suba. Es en el quinto piso -dijo girándose hacia ella-. El ascensor está al final del pasillo.

Macey recordó que no le había preguntado el número de apartamento cuando ya estaba subiendo en el ascensor, y decidió que ya no valía la pena volver a bajar. De todas formas, se dio cuenta al llegar que no necesitaba el número. El apartamento de Derek no estaba en el quinto piso. Era el quinto piso.

Él abrió la puerta antes incluso de que Macey tocara el timbre.

-No pareces enfermo -aseguró ella.

De hecho, pensó para sí, tenía muy buen aspecto. Llevaba puestos unos vaqueros y un jersey azul marino que le marcaba la ancha línea de los hombros, y estaba descalzo. Le sentaba muy bien aquel aire informal.

-Tal vez no -respondió él-, pero me siento fatal en este momento.

-No tan mal como vas a encontrarte si no me dejas en paz. Sólo he venido para dejar las cosas claras de una vez por todas. Ya te dije anoche que se acabó, y

-Macey, por favor, trátame bien. De verdad que tengo un dolor de cabeza espantoso. -Te lo mereces.

-¿Qué te parece si entras, tomamos un café y lo hablamos?

-¿De qué tenemos que hablar?

-Por favor -insistió Derek señalando un gran sofá de cuero.

Aquel era el único lugar en que podía una sentarse, a excepción del suelo de madera. Los tacones de Macey resonaron con firmeza sobre el roble tratado cuando cruzó la estancia.

Detrás del sofá había toda una pared de ventanales que daba al río. Macey se sentó y echó un vistazo alrededor. El apartamento era completamente diáfano. Desde el sofá podía ver una gran chimenea incrustada en uno de los muros, y una pantalla de televisión todavía

más grande. A lo largo de otra de las paredes que veía desde allí, encastrada, había una cocina pequeña pero de aspecto práctico, como si fuera una pequeña isla separada de la puerta de entrada por un tabique.

El salón ocupaba la mayor parte del piso, pero en una de las esquinas había una escalera de caracol de hierro que llevaba a lo que parecía ser el dormitorio. Ocupaba casi la mitad de la planta alta, y únicamente una plancha de acero lo separaba de la parte de abajo.

A pesar de la casi total ausencia de mobiliario, no parecía que Derek se hubiera mudado hacía.poco. El piso no tenía aspecto de estar recién terminado. No es que estuviera sin decorar, simplemente estaba vacío, como si Derek no necesitara más cosas que lo molestaran alrededor.

-No es verdadero capuchino -confesó él trayendo dos tazas de café-, pero no está del todo mal.

Macey le dio un sorbito, dejó la taza y lo miró directamente a los ojos.

-Ni te imaginas cómo va a cambiarte la vida si te casas -aseguró.

-¿Es que no te gusta el capuchino?

-Yo no he dicho eso. De todas formas, el café es sólo un detalle.. Cualquiera de las mujeres de tu lista tendrá su propia cafetera ó se la regalarán de la lista de bodas. También se traerá muchas más cosas.

-Tengo sitio de sobra -respondió Derek encogiéndose de hombros.

-No me refiero sólo a cosas materiales. Lo que quiero decir es que, en lugar de hablar de la segunda fase, creo que deberías plantearte en serió si quieres continuar con todo esto.

-Por supuesto que sí.

-Por supuesto que no -aseguró Macey-. Por eso quieres contratarme. Porque así tendrás alguien a quien culpar si no sale bien.

-Lo dices porque quieres librarte de este encargo

-Así es, pero también pienso que no deberías tener tantas prisas. ¿Te has parado a pensar lo que supondrá encajar una mujer en tu vida?

-Ya he estado con varias, ¿sabes? -dijo él con una media sonrisa.

-No lo dudo. Pero ahí es donde yo quiero llegar. Pasar la noche con una persona es muy diferente que vivir con alguien. Muy bien; dejemos por un momento el ajuste emocional y centrémonos, por ejemplo, en el espacio.

-Hay de sobra -aseguró Derek haciendo un gesto con la mano.

Abierto, sí. Pero me apuesto lo que sea a que este apartamento no tiene armarios suficientes como para albergar el guardarropa del tipo de mujer con el que pretendes casarte.

-En eso puede que tengas razón -reconoció él con un suspiro-. Pero ya no tengo elección.

Macey reclinó la cabeza sobre el suave cuero del sofá y exhaló un suspiro exagerado.

-¿Qué ha pasado ahora? -preguntó ella.

-Esta mañana estaba hablando con el director de la junta y... de alguna manera... le anuncié que estaba comprometido.

-¿Y quién es la afortunada? -preguntó Macey incorporándose.

-No le he dicho el nombre.

Macey soltó lentamente el aire que tenía retenido en los pulmones. Al menos Derek había conservado un ápice de sentido común. Podría haber sido mucho peor. Aunque, por otro lado, si hubiera soltado algún nombre que tuviera en la cabeza, Macey estaría libre. Sería problema de Derek y sólo de él convencer a la dama en cuestión.

A menos, por supuesto, que el nombre que hubiera soltado fuera el suyo.

Macey se preguntó de dónde habría sacado una idea tan estúpida. Derek no estaba tan desesperado como para que se le ocurriera algo semejante, y ella se alegraba.

Se alegraba mucho. De hecho, se alegraba tanto que iba a dejar de pensar en ello, no fuera a ser que Derek le leyera el pensamiento y le pareciera una buena idea.

-Así que ya habrán empezado los rumores -musitó ella.

-He ganado algo de tiempo diciéndole que tengo que contárselo a los padres de la novia antes de hacerlo público.

-Tampoco sería mala idea contárselo a la propia novia. ¿Y qué vas a hacer al respecto? -preguntó Macey tratando de mantener un tono de voz neutro.

-Comprometerme, por supuesto.

-Vaya, qué idea tan original. Tan imaginativa, tan inesperada... ¡Maldita sea, Derek! Estaba hablando de tu plan. ¿Cuál es la segunda fase?

Derek colocó los codos en las rodillas y hundió el rostro en las manos.

-Esperaba que tú me ayudaras a averiguarlo.

Macey sopesó durante un instante la idea de derramarle lo que quedaba de capuchino por la cabeza.

-¿No tienes ni la más mínima idea?

-No te habría llamado si no estuviera desesperado, Macey.

-Dime algo que no sepa, por favor -respondió ella con un suspiro de cansancio-. ¿Sabes que tienes la sutileza de un buitre, McConnell?

-¿Preferirías que utilizara mis encantos para conseguir tu ayuda? .-preguntó Derek mirándola fijamente.

-Ah, pero, ¿tienes encantos?

-Por favor, Macey. Te lo estoy suplicando.

-Vaya, parece que nos vamos acercando. Derek McConnell suplicando -murmuró Macey antes de detenerse un instante-. No, lo siento. Durante un momento he pensado que sería interesante tener a don Perfecto de rodillas, pero me temo que, después de todo, eso tampoco me motiva.

-¿Y qué te motiva, Macey? ¿Qué necesito para convencerte? -rogó él con voz ronca.

«Seguro que es así como habla en la cama», pensó Macey. No sabría decir cómo lo sabía, pero estaba segura. La imagen repentina y absolutamente real que se le cruzó en aquel momento por la cabeza fue más fuerte de lo que Macey podía soportar. La idea de un Derek suplicante la dejaba fría. Pero la visión de un Derek persuasivo, seductor...

Se le secó la boca. Se dijo a sí misma que era por repugnancia, pero sabía que no era cierto.

-Veré lo que puedo hacer -susurró Macey con voz trémula.

-Esa es mi chica -respondió él con una sonrisa. .

Derek movió arriba y abajo la mano sobre el respaldo del sofá por encima del hombro de Macey, acariciando el cuero como si le estuviera acariciando a ella la piel. Macey sintió que se le erizaba el vello de la nuca.

Sonó entonces un telefonillo en medio del silencio. Sin grandes prisas, Derek apartó la mano y se levantó.

-Lo siento, pero es el teléfono interior, y el portero sabe perfectamente que estoy aquí. Será mejor que conteste. No llamaría a menos que... -aseguró dejando la frase sin terminar.

«A menos que sea importante», terminó Macey por él. «Porque sabe que aquí arriba hay una mujer».

Derek cruzó el suelo pulido de roble en dirección a la cocina y descolgó el telefonillo.

-¿Qué ocurre, Ted? -preguntó antes de parpadear-. De acuerdo. Gracias.

-Déjame adivinarlo -dijo Macey-. Abajo hay diez mujeres de la

lista negociando a ver quién es la primera en subir para hacer la prueba.

-No. Es mi madre. Está subiendo con una olla de sopa de pollo.

-Eso te pasa por fingirte enfermo -aseguró Macey-. ¿No has pensado en sobornar al portero para evitar que tus invitadas se crucen unas con otras?

-Por supuesto que le pago un plus. Pero se llama propina, no soborno. Y, además, no existe ningún portero sobre la faz de la Tierra capaz de detener a mi madre si ella quiere entrar. Lo único que ha podido hacer es entretenerla un instante. Por eso me ha llamado, para advertirme.

-No le habrá dicho que yo estoy aquí, ¿no?

-Por supuesto que no. Es un tipo muy cabal.

-¿Y ahora qué? ¿Cómo salgo de aquí?

-No puedes. Si lo haces, te encontrarás con el a de frente.

-¿Y la escalera de incendios?

-Está al lado del ascensor, que debe de estar abriéndose justo... -dijo Derek consultando su reloj-. Ahora.

Sonó el timbre de la puerta.

-Esto va a ser muy divertido -murmuró Macey entre dientes.

-Sube arriba -ordenó Derek-. Y estate quieta, porque se oye todo.

-¿No se te ha ocurrido pensar que el eco puede ser un factor inhibidor para algunas mujeres? -preguntó Macey mientras subía las escaleras de puntillas para que no se escuchara el ruido de sus tacones sobre el metal.

El dormitorio era tan diáfano como el salón. En el centro había una inmensa cama de matrimonio cubierta con una colcha en tonos tierra. A cada lado había una mesilla de noche con una lamparita. Sobre una de ellas descansaba un libro abierto, como si hubieran interrumpido a Derek mientras leía. Macey se fijó en que era la autobiografía de un magnate de Wall Street. Al lado de la escalera estaba la puerta de lo que parecía ser un cuarto de baño. El resto de la habitación estaba vacío.

Macey se sentó en un extremo de la cama y trató de no escuchar. Pero el mismo Derek había dicho que había eco, y tenía que suponer que ella no podría evitar oír.

-¿Qué te pasa, cariño? -dijo una voz cálida y refinada al abrir la puerta-. Hace por lo menos un año que no te encuentras tan mal como para dejar de ir a trabajar.

Macey se quitó los zapatos y los dejó en el suelo con sumo cuidado. Después se tumbó en la cama y se llevó los dedos a los oídos para evitar el sonido de la conversación.

Pero si escuchar le había parecido inmoral, no hacerlo le parecía una estupidez. ¿Cómo iba a saber entonces cuándo estaba a salvo? ¿Cuando Derek subiera las escaleras y la encontrara tumbada en su cama?

Macey trató de no recordar el modo en que él había deslizado la mano sobre el sofá de cuero, ni de imaginar lo que sentiría si esa misma mano resbalara por su piel, allí, en su cama...

Macey murmuró una palabrota entre dientes y se sentó.

-La sopa es de sobre -estaba diciendo la señora McConnell-. Ya sabes que yo no cocino. Espero que te siente bien: No puedo quedarme más tiempo, pero de todos modos no parece que necesites que tu mamá te cuide.

-¿No me vas a dar de comer con la cuchara? -preguntó Derek con voz perezosa.

-No, he quedado para comer. ¿Te importa si me refresco un poco antes de marcharme? Voy a subir un instante.

Macey escuchó el sonido de unos pasos por el salón. Tal vez se trataba de su imaginación, pero sonaban como los de todo un batallón.

-Yo... mamá...

-¿Qué pasa, Derek? Prometo no decirte nada si la cama no está hecha. Es que prefiero un baño con un espejo lo suficientemente grande como para verme toda la cara. Nunca comprendí por qué, con todo el espacio que tienes, te hicieron el aseo de abajo más pequeño que el de un avión.

Ya estaba a mitad de la escalera cuando Macey recuperó el control de sus músculos. Se dejó caer del colchón, ahogando un gemido cuando se dio con la cadera contra el suelo, y se deslizó debajo de la cama justo cuando la señora McConnell llegaba al final de la escalera.

La mujer cruzó el dormitorio sin prisas, y Macey sintió la vibración de cada uno de sus pasos. Un momento más tarde, la puerta del baño se abrió y volvió a cerrarse.

Macey trató de no respirar por temor a que el polvo que había debajo de la cama la hiciera estornudar.

La puerta volvió a abrirse. Los pasos cruzaron de nuevo la habitación.

«Un minuto más y se habrá marchado. Puedes hacerlo, Macey. Puedes aguantar la respiración un minuto más».

Pero los pasos no bajaron las escaleras.

-Perdona que me entrometa, querida -dijo una voz suave-, pero permíteme que te dé un consejo de mujer a mujer. La próxima vez

que te escondas debajo de la cama de un hombre... No te olvides de los zapatos -concluyó convirtiendo la voz en un susurro.

CAPÍTULO 4

DESDE SU nicho estrecho y casi en penumbra, Macey sólo oyó un murmullo de voces en el piso de abajo, pero no pudo distinguir las palabras. Al menos ninguno de los dos estaba gritando, y eso era un buen signo. ¿O no?

Aunque, sinceramente, no podía imaginarse a la madre de Derek perdiendo el control bajo ninguna circunstancia. Y, a juzgar por su reacción al encontrar a una mujer debajo de la cama de su hijo, Macey había llegado a la conclusión de que todas las reprimendas de la señora McConnell se desarrollarían con la misma gracia y estilo.

Macey permaneció tumbada hasta que oyó el sonido de la puerta cerrándose. Luego comenzó a maniobrar poco a poco para salir de allí. Le resultó más difícil moverse de lo que había esperado, porque el espacio eraa muy reducido.

¿Cómo era posible que hubiera sido capaz de meterse allí tan deprisa y le estuviera costando tanto esfuerzo salir?

Cuando por fin consiguió ponerse de pie, se dirigió a los pies de la cama sintiéndose ligeramente mareada. Allí estaban sus zapatos, donde ella los había dejado, perfectamente alineados, como si estuvieran en el escaparate de una tienda. Al colocárselos, escuchó el sonido de los pies descalzos de Derek subiendo por la escalera de hierro.

-¿Se ha ido ya? -preguntó Macey con súbita sospecha.

Derek cruzó el dormitorio, y sin decir una palabra se dejó caer sobre la cama con los ojos cerrados y los brazos estirados.

-Se ha ido.

-¿Y qué te ha dicho? -preguntó ella a la defensiva.

-Nada, las típicas recomendaciones de madre para que me cuide. Ni una palabra sobre el animalito que había debajo de la cama. Y claro, no se le puede dar ninguna explicación a alguien que actúa como si no ocurriera nada.

-Por cierto, ¿es que no limpias nunca debajo de la cama? -protestó Macey tratando de sacudirse las pelusas que se le habían pegado a la chaqueta-. Que sepas que me debes un traje. No lo olvides.

-Debajo de la cama -musitó Derek como si no la estuviera escuchando-. Tenías que ir a meterte debajo de la cama... de todas las ideas infantiles, cortas de miras y estúpidas, esta es la más...

-Oye, Einstein, echa un vistazo alrededor y te darás cuenta de

que no hay muchas opciones aquí arriba. ¿Qué otra cosa podía hacer?

¿No se te ocurrió quedarte sentada y decir: Hola, señora McConnell?

-¿Cómo? -exclamó Macey con indignación-. ¡Fuiste tú el que me dijiste que subiera y no hiciera ruido.!

-Sí, pero hay un punto sin retorno, Macey. Si ya es inevitable que te vayan a pillar, lo mejor es aceptarlo y recibir el castigo.

-¡ Ah, esto es magnífico! Al menos ahora entiendo tu filosofía del matrimonio: si es inevitable, admítelo y recibe tu castigo -aseguró Macey antes de exhalar un suspiro-. Lo único bueno de todo esto es que tu madre no sabe quién estaba debajo de la cama.

-De haberte visto, lo que de verdad la hubiera sorprendido habría sido ver que estabas vestida.

-¿Oh, de veras? -preguntó Macey con ironía-. Vaya, ¿por qué no se me ocurrió pensar en eso? Me pregunto si hubiera tenido tiempo para quitarme la ropa lo suficientemente rápido como para resultar convincente.

-Tengo cronómetro -aseguró Derek levantando la muñeca-. ¿Quieres que te tome el tiempo mientras practicas?

-Estaba siendo sarcástica, Derek. Sólo quería hacerte ver que las cosas podían haber sido peor.

-No lo sé. Si te hubiera visto entre las sábanas, mamá no podría haber ignorado el asunto. De todas maneras, tal vez tú estaba siendo sarcástica, pero yo no -aseguró él apoyándose sobre un codo-. Si quieres podemos echar una carrera. A ver quién se desnuda antes.

Macey se dio la vuelta para dedicarle una mirada fría y desconfiada, una mirada que lo pusiera en su sitio. Pero cuando lo vio allí tendido sobre la cama, le impresionó lo fácil que le resultaba imaginárselo sin camisa ni pantalones. Imaginárselo levantándose para tenderla a su lado, colocarla debajo de él...

.De acuerdo. Tenía que admitir que aquel hombre tenía un gran poderío sexual. Cualquier mujer tendría que estar ciega para no darse cuenta.

Pero el hecho de que fuera consciente de su atractivo no significaba que ella, personalmente, lo encontrara irresistible. Ni mucho menos.

Lo mejor que podía hacer en aquel caso, se dijo Macey, era ignorarlo.

-Pero quiero ventaja en la carrera -continuó diciendo Derek.

Las buenas intenciones de Macey salieron volando por la

ventana.

-¿,Por qué? Para empezar, llevas menos ropa que yo.

-Pero yo estoy tumbado, así que me resultará más difícil quitármela. Por no mencionar lo mucho que me voy a distraer mirándote.

Macey trató de no dejarse llevar por la idea de que él mirara cómo se desnudaba.

-Esto no va a servir para ayudarnos a desarrollar la segunda fase.

-Aguafiestas.

Derek giró sobre sí mismo y se puso de pie, yendo a parar a escasos centímetros de ella. Estaba tan cerca que Macey podía casi saborearlo.

Ella dio un paso atrás tan bruscamente que estuvo a punto de perder el equilibrio sobre los tacones que había vuelto a calzarse. Buscó el punto de apoyo más cercano, que resultó ser la muñeca de Derek. Pero no consiguió agarrarse a él, sino que lo arrastró consigo hacia la cama, a la que fueron a parar los dos.

-No hacía falta que me atacaras, cariño -murmuró él-. Bastaba con pedírmelo.

Derek se levantó un poco para no cargar todo su peso sobre ella, y le recorrió con las yemas de los dedos las sienes, las mejillas, el cuello...

-Ahora los dos vamos a tener problemas para quitarnos la ropa -aseguró Derek posando suavemente los labios en su barbilla. Macey observó cómo le brillaban los ojos.

-No hace falta que te preocupes por eso -aseguró ella colocándole la mano en el centro del pecho y empujándolo hacia atrás.

Derek se apartó ligeramente y ella aprovechó para levantarse y dirigirse hacia las escaleras.

Cuando Derek la alcanzó abajo, Macey ya había desplegado el calendario que siempre llevaba consigo sobre la encimera. No levantó la vista.

-Tienes treinta segundos para tomarte en serio la segunda fase, o me marcharé.

-¿Sabes una cosa, Macey? -murmuró él-. Tienes suerte de que no sea desconfiado. Porque de otro modo me estaría preguntando por qué tenías tanta prisa en salir de mi cama. Tal vez temías no ser capaz de contentarte con un solo beso. ¿Otro capuchino?

-No, a menos que esta vez sea café de verdad.

Derek echó en una taza una cucharada grande de un polvo marrón y ,la llenó de agua caliente en el grifo del fregadero. Luego

se sentó al lado de Macey en el sofá. Ella observó el humo que salía de la taza. Debía de estar en su punto de ebullición.

Igual que seguía estando su piel en el lugar en el que Derek la había tocado.

-Tus treinta segundos están a punto de acabar -le recordó-. Ya puedes empezar a convencerme de por qué debería ayudarte a trazar un plan.

-El problema de anoche fue que estábamos juntos -reflexionó Derek lamiendo la cuchara.

Macey trató de no pensar en el modo en que sus labios acariciaban el metal. Trató de no imaginar cómo se deslizarían sobre algo mucho más suave y flexible.

-No estábamos preparados -continuó diciendo-. Y atrajimos la atención sobre nosotros.

-¿Y quién tiene la culpa? Te dije que me señalaras discretamente a las candidatas, pero no, tú querías presentármelas.

-Ha sido un error, lo admito. A partir de ahora no deben relacionamos.

-¿No crees que es un poco tarde para eso?

-Ha sido sólo una noche. La gente se lo tomará como una coincidencia, siempre y cuando no vuelvan a vernos juntos.

«Eso significa que no habrá más fiestas«, pensó Macey, «y me alegro».

-¿Y qué haremos entonces? -preguntó-. Si puedes conseguirme toda la información sobre esas mujeres, puedo hacer algo parecido a un análisis estadístico, pero no estoy muy segura de que sirva para algo.

-No. La razón por la que te necesito es la perspectiva personal, tu punto de vista femenino. Así que lo único que tienes que hacer es empezar a frecuentar los mismos sitios que esas mujeres y conocerlas.

-¿Es que crees que van a acoger a una extraña bajo su ala y darle la bienvenida? No te engañes, Derek. Yo no pertenezco a esos sitios.

-Pues tendrás que integrarte. Te haré una lista; dos listas, mejor. Lugares a los que tienes que ir y la gente que tienes que buscar. Puedes empezar almorzando en el Arcadia, aunque por desgracia ya es un poco tarde para ir hoy. Está de moda entre las mujeres jóvenes de la ciudad, y allí encontrarás cualquier día a docenas de ellas. Así te introducirás, y yo ya no te haré falta.

Macey se lo quedó mirando fijamente. Parecía que el hombre estaba hablando completamente eo serio.

-¿Se supone que debo ir allí a comer y terminar haciéndome

íntima amiga de ellas? -preguntó-. ¿Qué sugieres, que me quede allí sentada con aspecto abandonado hasta que alguien me invite a su mesa, o que pregunte directamente si puedo unirme al grupo?

-Bueno, no estoy insinuando que te sientes allí y leas un libro. Llévate a alguien. Contrátalo si hace falta.

-,Te había dicho que tienes el tacto de un buitre? -preguntó Macey con dulzura-. Pues lo retiro. No alcanzas ni el nivel de un buitre.

-De acuerdo, lo siento. No pretendía decir que no tuvieras amigos. Tiene que haber alguien a quien te apetezca llevar a comer -aseguró él parpadeando-. ¿Mejor así?

-No, lo único que has hecho es reciclar el insulto.

Pero de hecho, sí hay alguien a quien me gustaría invitar. Ya te contaré cómo ha salido.

Macey pensó que sería mejor irse antes de decirle exactamente lo que pensaba de su plan. Pero no pudo resistir la tentación de decir la última palabra.

-Impresionante -murmuró poniéndose de pie-. Hubiera jurado que hacía unos instantes dijiste que no tenías ni idea respecto a cómo encauzar la segunda fase.

-Y así era -aseguró Derek abriéndole la puerta con una reverencia-. ¿No es increíble cómo me ha inspirado compartir la cama contigo?

Macey había leído la crítica del restaurante Arcadia cuando lo inauguraron, y había llegado a la conclusión de que aquel artículo era lo más cerca que estaría nunca de aquel lugar tan elegante. Tenía interés por conocerlo, pero no por la comida ni por su distinguida clientela. Quería saber cómo funcionaba el mecanismo de un timo en toda regla, y pensaba que el Arcadia era el mejor de los alrededores.

-La gente en el Arcadia no come -le aseguró a Clara mientras subían por la rampa del aparcamiento en dirección al restaurante-. Rumia.

-¿Como las vacas? -preguntó Clara frunciendo el ceño.

-Algo parecido. No hay carta, así que no puedes pedir. Tienes que elegir entre una selección de comida que hay sobre una mesa central.

-Eso me suena a buffet -respondió Clara encogiéndose de hombros-. ¿Qué tiene eso de original? O, por decirlo de otro modo, ¿qué tiene de malo?

-Nada en absoluto. Eso es lo que lo hace tan ingenioso. Prometes una ilimitada cantidad de comida a una clientela que sobrevive a

base de refrescos bajos en calorías y lechuga. Las mujeres van para ser vistas, pagan un precio increíble por el almuerzo y luego comen dos zanahorias y un trozo de manzana. El resto son beneficios. Y encima es completamente legal.

Clara abrió la puerta, y una joven embutida en un jersey muy ajustado se tropezó con el inmenso bolso de Clara y estuvo a punto de hacerle perder el equilibrio. En lugar de disculparse, puso los ojos en blanco y siguió caminando.

«Si fuera mi lista la que tuviéramos entre manos, te borraría ahora misma, guapa», pensó Macey.

-¿Y esto lo paga Robert? -preguntó Clara.

-No. Un cliente para el que estoy trabajando -respondió Macey acercándose al mostrador tras el que estaba el maître-. Tenemos una reserva a nombre de Phillips.

El maître pareció palidecer ante la idea de una comensal tan desconocida que tenía que dar su nombre, pero las llevó hasta su mesa.

-¿Quiere ver la carta de vinos, señora?

-Por supuesto -respondió Macey.

-¿Se trata del mismo cliente con el que fuiste a la fiesta del auditorio? -preguntó Clara.

Macey asintió brevemente y fingió leer la carta de vinos. Si no decía nada, tal vez Clara dejara el tema.

-¿Tanto le gusta a él tu trabajo?

Macey alzó la vista por encima de la carta forrada de cuero de color borgoña.

-Clara, no creo haberte dicho en ningún momento si ese cliente es un hombre o una mujer.

-No, es cierto -reconoció Clara con una sonrisa-, pero acabas de hacerlo ahora. Porque si se tratara de una mujer habrías contestado a mi pregunta en lugar de esquivarla. Bueno, así que éstas son las opciones del día -dijo echándole un vistazo a la mesa llena de comida-. Me temo que no harán mucho negocio conmigo, porque tengo pensado probarlo todo.

Macey dejó la carta de vinos y miró hacia el buffet con indiferencia. No le interesaba especialmente la comida. Si Derek estaba dispuesto a pagar lo que costaba aquella comida, ella cumpliría con su trabajo: observaría, escucharía y trataría de poner nombres a las caras para hacerse una idea de cómo se desenvolvían las mujeres de la lista de Derek cuando no había alrededor ningún hombre al que impresionar.

O, al menos, cuando ese hombre no era Derek, porque allí había

algunos jóvenes, y también señoras mayores. En la mesa de al lado estaban sentadas cuatro mujeres maduras tomando el postre. Una de ellas era la señora que se había acercado a Macey en el cóctel del auditorio, la que se había ofrecido a presentarle a la madre de Derek.

Y al otro lado de la mesa estaba la señora McConnell, justo enfrente de Macey, sin ninguna posibilidad de evitar su mirada y preguntándose tal vez dónde la había visto antes.

Macey se dijo a sí misma que se trataba únicamente de su conciencia culpable. No había ninguna razón para que la madre de Derek la reconociera. De haberla visto en el cóctel del auditorio habría sido sólo de pasada.

Entonces, ¿por qué cada vez que Macey miraba en su dirección se encontraba con la señora McConnell observándola?

Macey hizo una pequeña selección de comida para mordisquear, más para guardar las apariencias que porque tuviera apetito. Pero Clara había cumplido su amenaza de probarlo todo, y en esos momentos estaba prestando especial atención a los postres.

-Este pastel está riquísimo -aseguró Clara, que acababa de terminar un trozo de pastel de zanahoria-. Por lo que veo, Macey, tú no has venido aquí a comer, así que me gustaría saber a qué clase de operación secreta le estoy dando cobertura.

-Digamos que es una especie de proyecto de investigación -dijo Macey-. Tengo que observar a las mujeres jóvenes. Me ayudaría conocer sus nombres, pero supongo que una descripción sería suficiente para ayudar a mi cliente a saber quién es quién... Por ejemplo, ¿qué te parecen esas tres rubias que están allí sentadas al lado del buffet? ,

-No sabría distinguirlas entre ellas -aseguró Clara después de quedarse mirándolas un rato-. Ni tampoco de las demás.

-Ese es el problema -reconoció Macey con un suspiro-. A mí me parecen todas iguales.

Una sombra apareció entonces sobre su mesa.

-No quisiera parecer una entrometida -dijo la señora McConnell-, pero estoy casi segura de que la conozco.

Macey sintió que se le congelaba la respiración. Se giró muy lentamente para mirar a la madre de Derek. Y, sin embargo, no la estaba mirando a ella, sino a Clara.

-Me resulta usted muy familiar -murmuró la señora McConnell-. Y sin embargo...

-Eso es porque, a diferencia de muchas de nuestras contemporáneas, no me he estirado la cara ni cosas parecidas -dijo

Clara con naturalidad-. Y ya veo que tú tampoco, Enid. Estás estupenda.

-¡Clara! Pensé que...

-¿Que había muerto? Hay mucha gente que lo piensa. Por cierto, esta es mi sobrina.

-¿Es hija de tu hermano? -preguntó Enid McConnell tendiéndole la mano.

Macey trató de estrecharla sin echarse a temblar. Saludó con la cabeza, pero no pudo decir nada.

-Macey es la esposa del hijo de mi hermano -explicó Clara-. Me temo que resulta algo complicado.

-Me alegro de conocerte, Macey. Me encantan tus pendientes.

Macey se llevó la mano automáticamente a las orejas mientras trataba de recordar cuáles se había puesto aquella mañana. Ah, sí. Eran los que Derek había llamado platos de vajilla.

-Los hago yo en clase de cerámica -dijo Clara-. Pero ya estoy empezando a aburrirme. Creo que cuando acabe el belén que le estoy haciendo a Macey voy a empezar a pintar porcelana.

-Siéntese, por favor -consiguió decir finalmente Macey.

-Vete a dar una vuelta, querida -dijo Clara con naturalidad-. Enid me hará compañía unos minutos.

«Vete un rato a jugar», podría haberle dicho Clara igualmente. ¿En qué estaba pensando? Pero Macey no estaba en posición de discutir. Sólo le quedaba esperar que, dado que Clara no conocía el nombre de su cliente y la señora McConnell no parecía haberla reconocido, no comenzaran a atar cabos.

Macey se levantó y se dirigió al buffet. Las tres rubias estaban en la sección de ensaladas. Al verlas de cerca, Macey confirmó que recordaba al menos a una de ellas del cóctel del auditorio. Miró de reojo hacia su mesa. Clara y Enid McConnell estaban prácticamente con las narices pegadas. Macey exhaló un suspiro y decidió pasearse por el restaurante como si estuviera admirando los cuadros que había en las paredes. Si se acercaba lo suficiente a las mesas, tal vez podría captar algún fragmento de conversación o, al menos, pillar algunos nombres.

Cuando volvió la vista a la mesa pasados unos instantes, se quedó de piedra al ver que estaba vacía. Un camarero estaba recogiendo las copas de vino y el plato de postre vacío de Clara.

-¿Dónde están las señoras que había aquí? -le preguntó Macey-. ¿Ha visto dónde iban?

-No, señora, lo siento -respondió el camarero encogiéndose de hombros.

Macey se precipitó hacia la puerta. Tal vez habían salido a tomar el fresco. Parecía que el aire se había enrarecido dentro. ¿O sería ella, que estaba sofocada?

Se detuvo un instante en la puerta. Una brisa fresca le alborotó las puntas del cabello al mismo tiempo que una mano la agarraba del brazo y la llevaba tras un inmenso macetero.

-¡Derek! -susurró ella-. ¿Qué haces aquí? ¿Y por qué te comportas como un espía?

-Porque acabo de ver salir a mi madre.

-¿Y te quedas por aquí a ver qué va a pasar después? Qué gran idea. ¿Iba sola?

-Sí. ¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

Entonces, estuviera donde estuviera, Clara estaba sola.

-No pasa nada. Esto es imposible, Derek. De todos modos, todas las candidatas son intercambiables. ¿Por qué no pones una lista en la pared con los nombres y les lanzas dardos? Si la primera a la que aciertes no se queda contigo, puedes seguir lanzando hasta que tengas suerte. Mira, luego te contaré los detalles, los pocos que tengo, pero ahora he perdido la pista de mi... de alguien, y de verdad que tengo que irme.

Macey no esperó respuesta y entró de nuevo en el restaurante.

Clara estaba en el vestíbulo balanceando el bolso.

-Cuarto de baño -explicó-. Pensé que me habías visto salir. Ha sido increíble, Macey.

-¿El cuarto de baño o el almuerzo en general?

-No, querida. Eres una chica muy inteligente. Deambulando de esa manera me has dado la excusa para preguntarle a Enid acerca de todas las mujeres al lado de las que pasabas.

Clara abrió el bolso y sacó la carta de vinos.

-Aquí tengo las exclusivas de todas ellas -susurró bajando la voz en tono confidencial.

Enid McConnell estaba inusualmente solícita, lo que bastó para que la desconfianza de Derek entrara en zona de peligro.

-Me alegro de que te encuentres mejor y hayas venido a cenar -aseguró mientras su hijo le servía una copa en el salón de los McConnell-. Espero que tu estómago resista el picante. Tu padre va a traer comida mejicana.

-Me arriesgaré. ¿Qué celebramos?

-Nada. ¿Es que necesito una excusa para invitar a mi hijo a cenar? Gracias, cariño -dijo dándole un sorbo a su whisky con

soda-. Está mucho mejor que el que sirvieron en el cóctel del auditorio, ¿no crees? Me pregunto si no sería eso lo que te sentaría mal... ¿Por qué no me presentaste a esa joven, por cierto?

-¿Qué joven?

-Sabes perfectamente a cuál me refiero. La única joven que había por allí que yo no conocía. Hoy he vuelto a verla en el Arcadia -aseguró Enid sin mirarlo-. Estaba comiendo allí. Resulta que es sobrina de una vieja amiga mía.

Estaba claro que Macey parecía algo distraída cuando él apareció en la puerta del Arcadia. Pero, ¿por qué no le había contado que le habían presentado a su madre?

-¿Sobrina de quién? -preguntó sirviéndose un par de cubitos de hielo en su vaso de whisky, tratando de aparentar indiferencia-. ¿Alguien a quien conozco?

-No creo. Es una amiga del colegio. Y para ser completamente exactos, no es su sobrina.

-Pero acabas de decir que...

-Bueno, al final viene a ser lo mismo –respondió su madre encogiéndose de hombros-. Es la esposa del sobrino de mi amiga.

¿Casada? ¿Macey estaba casada?

A Derek se le deslizó el vaso entre los dedos y se fue a estrellar contra el suelo de mármol.

CAPÍTULO 5

D EREK BAJÓ la vista hacia los trozos de vidrio rotos, pero no los vio. Estaba viendo a Macey.

Como el soltero empedernido que era, había convertido en costumbre fijarse en la mano izquierda de todas las mujeres que conocía. Se trataba de un hábito tan asumido que no recordaba con seguridad si lo había hecho también con ella. Seguramente sí, aunque, teniendo en cuenta las circunstancias en las que la había conocido, tal vez por una vez no había prestado atención.

Concentrado como estaba en su propio estatus matrimonial, quizá no se le había ocurrido comprobar el de ella. Después de todo, no había ninguna razón para hacerlo. Se había limitado a dar por cierta la confianza que tenía Robert en que Macey era de fiar, que no era el tipo de mujer que se dejaría llevar por la idea romántica de casarse ella misma con él. Estaba claro que Robert tenía razón.

Pero Derek podía visualizarla perfectamente como si estuvieran de nuevo en el despacho de Robert, con él explicando la situación y ella escuchando atentamente con su único pendiente. Derek se había dado cuenta de eso, ¿cómo podía habérsele pasado una alianza?

Porque no la llevaba. Aquella era la única explicación. Muchas mujeres no la llevaban.

Por supuesto, daba exactamente igual. Con anillo o sin él, casada o soltera, no suponía ninguna diferencia. Lo que pasaba era que aquel anuncio tan inesperado lo había sorprendido, sobre todo porque, de entre todas las personas, la información llegaba de su madre.

Estaba sorprendido. Eso era todo.

-Ese vaso es de cristal de Waterford, Derek -intervino Enid con voz calmada.

Derek miró hacia los vidrios rotos.

-Querrás decir era, mamá -aseguró agachándose para recoger los trozos.

La carta de vinos que Clara se había llevado del Arcadia estaba toda cubierta con su pequeña caligrafía. Macey tardó un par de horas en descifrar pacientemente todos los nombres y los signos, pero le llevó algo más de tiempo conseguir que Clara recordara y explicara lo que había querido decir en cada anotación.

-Hay una en la que sólo has escrito «ella misma» -señaló Macey-. ¿Eso significa egocéntrica, segura de sí misma, egoísta tal vez...?

-Estoy intentado acordarme -respondió Clara con aire pensativo-. Pero, desde luego, no creo que quisiera decir desinteresada. Ninguna de esas jóvenes encajaría en ese perfil. Las del tipo desinteresado estarían trabajando en un comedor benéfico, y no almorzando en el Arcadia.

Macey pensó que la lista de Derek tenía en cierto modo sentido. Ya que tenía que casarse a toda prisa, era lógico pensar que el matrimonio tendría más probabilidades de éxito con alguien de un entorno similar y con expectativas parecidas.

-Ahora me acuerdo -dijo, de pronto Clara con aire triunfal-. Consciente de sí misma. Así es como la calificó Enid.

-¿Y eso es bueno o malo?

-Es de las que no pueden pasar delante de un espejo sin comprobar su aspecto.

-Malo -aseguró Macey tachando su nombre-. Con esta ya hemos acabado.

Hicieron una criba considerable en la lista que Derek le había dado. De hecho, sólo quedaban seis nombres, el objetivo que Macey se había marcado originariamente. Él le había dicho que su función era reducir una lista de cien candidatas a media docena de posibilidades de las que él pudiera partir.

Gracias a la habilidad de Clara para llegar hasta el cerebro de Enid McConnell, Macey había terminado. Ya estaba. Como por arte de magia. Lo único que tenía que hacer era entregar aquella lista y acabar de una vez con Derek McConnell y con todo lo que ese nombre significaba..

Aquella conclusión tendría que haber estado seguida de una gran oleada de alivio, y Macey se quedó sorprendida cuando no la sintió de inmediato. Por supuesto, todavía le quedaba entregarle la lista, y seguramente Derek querría una explicación de por qué cada una de aquellas mujeres estaban seleccionadas y las demás no. Aquello no sería fácil. Pero cuando acabara la discusión, Macey se sentiría ligera como el viento.

Así que cuanto antes terminara con aquello, mejor. Ya había malgastado casi tres días enteros en aquel encargo, y tenía trabajo acumulado en la oficina. Si presentaba sus conclusiones ante Derek aquella misma noche, por la mañana su vida habría vuelto a la normalidad.

Y eso era lo que Macey estaba deseando. Normalidad.

Lo último que Derek esperaba encontrarse al atravesar el vestíbulo de su casa era a Macey sentada en la recepción con un trozo de pizza en la mano, la caja abierta delante de ella, y

coqueteando con Ted, el portero.

Aunque tal vez no sería exacto decir que estaba coqueteando, sino más bien escuchando con suma atención mientras Ted hablaba. El estaba diciendo algo sobre unas clases a las que acudía, y Macey ni siquiera miró por encima de su hombro cuando Derek llegó. Él estaba ya a su lado antes de que Macey se percatara de su presencia, y seguramente entonces cayó en la cuenta sólo porque Ted dejó una frase a la mitad y saltó para saludarlo.

-¿Qué tal la cena? -dijo finalmente Macey girándose para mirarlo con una sonrisa.

-Muy picante. ¿Qué estás haciendo aquí?

-Esperarte. Ted me dijo que pensaba que no llegarías muy tarde, así que decidí quedarme. Tengo tu lista.

-Creí que habías dicho que no habías averiguado gran cosa.

-No había consultado todas mis fuentes cuando hablé contigo esta tarde.

-¿Fuentes como mi madre? ¿En qué demonios estabas pensando?

-En cómo escapar -respondió ella secamente-. ¿Quieres la lista o no?

-Sube un momento -dijo Derek al darse cuenta de que Ted escuchaba la conversación con sumo interés.

Sin más preámbulo, Derek la tomó de la cintura y la bajó del mostrador de recepción. Era tan pequeña y tan ligera que podría habérsela puesto al hombro para llevarla... pero recordó que ya había hecho bastante el cavernícola antes. Macey no había armado un escándalo, pero se había librado de él con gran eficacia. Si Derek volvía a intentarlo, probablemente le pegaría un puñetazo.

-Disfrute de lo que queda de pizza, Ted -gritó mientras se acercaba al ascensor.

-Gracias por traerla, señorita Phillips.

-¿Le has traído una pizza a Ted?

-No exactamente. Tenía hambre y pensé que tú también tendrías.

-Siento no haber estado en casa -dijo Derek abriendo la puerta de su piso y encendiendo la luz-. La pizza tenía buena pinta.

-Y por cierto, puedes tranquilizarte con lo de tu madre -dijo Macey-. Clara, mi tía, no sabe que estoy trabajando para ti. Y tu madre no me reconoció.

-No estés tan segura. Sabe que estuviste en el cóctel del auditorio -aseguró Derek-. Lo que no sabe es que eras tú la que estaba debajo de la cama. ¿Quieres una copa? ¿O prefieres un poco de sopa de pollo?

-Nada, gracias. Toma -dijo tendiéndole una hoja de papel.

Derek miró la lista. Había seis nombres, y uno de ellos, suponía, se convertiría en la futura señora McConnell. Bueno, ya se enfrentaría a aquello más tarde. Colocó la lista sobre la encimera, sujetándola con el salero.

-Siento lo de antes.

-¿A qué te refieres? -preguntó Macey.

Derek pensó que las mujeres solían comportarse de forma extremadamente sutil, y sin embargo luego insistían en que se entrara en todo tipo de detalles.

-A sujetarte sobre la cama por las muñecas. A eso me refiero.

-Ah, ya.

Parecía estar a la defensiva. Pero no, pensó Derek. En realidad sonaba como si no tuviera ni idea de a qué se estaba refiriendo. Como si el incidente hubiera sido para ella tan poco importante que lo hubiera borrado al instante de la mente. Pero Derek estaba ya tan metido que no podía dar marcha atrás sin terminar.

-No debí hacerlo.

-Es cierto. No debiste -respondió ella-. Gracias por la disculpa. ¿Quieres que revise contigo la lista?

-Maldita sea, Macey, ¿por qué no me dijiste que estás casada?

-¿Y por qué tendría que hacerlo? -aseguró Macey con brusquedad-. ¿Por eso te disculpas? ¿Por que temes encontrarte con un marido furioso en la puerta de tu casa? No esperaba eso de ti, Derek.

Derek apretó los dientes. Si Macey pensaba que se había disculpado sólo para evitar un puñetazo en la mandíbula...

-Ahora comprendo por qué no querías que mi madre te encontrara en mi cama.

-Eso es un golpe bajo -respondió ella entornando los ojos.

-También lo es llamarme cobarde.

Macey apartó la mirada.

-No sabía que mi estado civil tuviera alguna importancia para desempeñar este trabajo -dijo dulcificando algo la voz.

-Por supuesto que no la tiene -se apresuró a asegurar Derek-. Es sólo que... bueno, habría sido mejor que yo lo supiera.

-¿Por qué?

-Porque habría sido una situación perfecta. Una mujer casada con un marido demasiado ocupado necesita a veces un acompañante... por ejemplo, al cóctel del auditorio. Podría haberte estado haciendo un favor. Podríamos haber ido a cualquier sitio juntos sin levantar sospechas.

Macey abrió los ojos desmesuradamente y se quedó mirándolo con auténtico estupor, sin que él entendiera el motivo.

-No puedo creer que seas tan ingenuo, Derek.

-Es algo normal. Hay un par de tipos que siempre acompañan a mi madre a sitios a los que mi padre no quiere ir.

-Eso es distinto.

-¿Qué más da? De todos modos, ya es tarde para eso. Aún así, podemos sacarle partido a la situación. Haremos una doble cita.

-¿Una qué?

-Ahora que ya tienes la lista, tengo que tomar una decisión. Así que tendré que pasar algo de tiempo con cada una de esas mujeres.

-No sería mala idea -murmuró ella con sarcasmo.

Derek decidió ignorar el comentario.

-Si quedamos los cuatro, quiero decir, tu marido, tú, la mujer que corresponda en ese momento y yo, quedará más natural y...

-Y no muy práctico, me temo -aseguró Macey aspirando con fuerza el aire-. Mira, voy a decírtelo sólo una vez, así que presta atención, para variar. Estuve casada.

-¿Estuviste? -preguntó Derek lentamente.

-Él murió hace tres años -Derek sintió como si lo hubiera golpeado por debajo de las costillas-. Los médicos dijeron que Jack era demasiado joven para tener el cáncer que lo mató -continuó explicando Macey con tristeza-. Por eso no lo detectaron a tiempo. Lo siento si esto desbarata tus planes, Derek, pero a partir de ahora estás solo en esto. Buenas noches.

Derek seguía petrificado cuando Macey cerró cuidadosamente la puerta tras ella.

Las flores llegaron a la oficina de Macey apenas unos minutos más tarde que ella. Louise firmó el recibo y las puso en un jarrón con agua antes de llevarlas hasta su despacho. Macey contempló boquiabierta aquel inmenso vergel de lilas, rosas, dientes de león y dalias que tapaba casi completamente a la recepcionista.

-La tarjeta debe de estar por aquí -dijo Louise casi sin respiración después de colocar el jarrón en una esquina de la mesa-. Me pareció verla cuando el mensajero trajo el ramo, pero ahora será como buscar un tesoro escondido.

Macey consiguió encontrar el sobre escondido bajo un capullo amarillo. Dentro había una hoja blanca en la que había dibujada un ave carroñera con un enorme pico.

Ya sé que soy un buitre. Espero que las flores te huelan mejor que yo.

No estaba firmada. Macey se reclinó en la silla y rió hasta que se

le saltaron las lágrimas. Seguramente aquella no era la reacción que Derek hubiera esperado, pero no pudo evitarlo.

Robert entró en su despacho para ver de dónde surgía tanto escándalo. Macey deslizó la tarjeta disimuladamente en el bolsillo de la chaqueta e hizo un gesto señalando el jarrón.

-Es un regalo de agradecimiento de parte de Derek McConnell.

-Entonces, ¿has resuelto el problema? -preguntó Robert con los ojos brillantes.

-He hecho todo lo que he podido -contestó Macey saliéndose por la tangente.

-Fantástico. Empezaré-a mirar los periódicos en busca de su anuncio de compromiso -aseguró su jefe frotándose las manos-. Esto va a ser estupendo, Macey. Si nos va a dar las gracias proporcionándonos tantos empleos temporales como flores ha enviado, vamos a necesitar dos sucursales.

Dicho aquello, Robert se marchó antes de que Macey tuviera oportunidad de replicarle que no lanzara todavía las campanas al vuelo.

En cuanto a ella, no tenía ninguna intención de escudriñar las noticias de sociedad, aunque le resultaría difícil no enterarse de la noticia cuando ocurriera. Ahora que Clara había regresado al mundo, leía la prensa y hablaba con su amiga Enid, estaba segura de que se enteraría del compromiso y se lo contaría enseguida.

-Es tu hora de almorzar -dijo la recepcionista llamando a la puerta de su despacho con los nudillos.

-Gracias por recordármelo -respondió ella sorprendida por aquella súbita interrupción-, pero iré cuando esté lista. Ahora no tengo hambre.

-Si no estás lista ahora, Macey, es que estás loca -le susurró Louise inclinándose ligeramente sobre ella.

Macey se levantó y maniobró pasando al lado del jarrón para ver qué pasaba.

Derek estaba apoyado sobre la esquina del escritorio de Louise con los tobillos cruzados, mirando fijamente hacia la puerta del despacho de Macey. Llevaba una manta doblada sobre el hombro, y con la otra mano sujetaba una bolsa de papel marrón llena a rebosar por la que asomaba una rebanada de pan francés.

-Gracias por las flores -dijo Macey-. Mi despacho huele ahora a fábrica de colonia, pero te agradezco la intención.

-Por eso he pensado que podríamos comer en el parque: Al aire libre podrás aguantar el olor a buitre.

Lo dijo con expresión completamente seria, pero Macey

distinguió en sus ojos un brillo burlón.

-Iré a buscar mi chaqueta.

Ella esperó a que estuvieran fuera del despacho y entonces dijo sin mirarlo:

-No pasa nada, Derek, de verdad. Fue un error de lo más natural. No hace falta que te tomes tantas molestias para intentar arreglarlo.

-¿De verdad? -preguntó él deteniéndose de golpe en medio de la calle-. Bien, en ese caso, la comida queda anulada. Volvamos al trabajo.

-Por otro lado -continuó diciendo Macey sin pararse-, estoy segura de que te sentirás muchísimo mejor cuando me hayas compensado, así que, ¿quién soy yo para negarte la oportunidad de arreglar las cosas? ¿Qué hay de la comida?

El parque estaba a una manzana de Peterson Temps. No era un parque en el sentido estricto de la palabra, sino un espacio verde creado con la intención de romper con la monotonía de los edificios. Derek y ella lo cruzaron hasta llegar a un árbol cargado de frutos rojos protegido por un círculo de hierba alrededor. La brisa de otoño mecía las hojas, pero la firmeza de las ramas los protegía del fresco. Se escuchaba el canto de un cuco proveniente de un roble cercano.

Macey lo ayudó a extender la manta y se sentó en una de sus esquinas.

-Qué agradable -comentó-. Luz solar, respaldo de madera natural y, de fondo, música en vivo.

-Y una sencilla comida campestre -apuntó Derek vaciando la bolsa.

En cierto modo, sí se trataba de un almuerzo sencillo, pensó ella. Derek había traído pan y mantequilla, queso, aceitunas y fruta. Pero el pan era tan fresco que aún estaba caliente, y Macey nunca había visto tal variedad de frutas ni el supermercado. Y del fondo de la bolsa, Derek sacó un termo con el mejor capuchino que ella había probado en su vida.

-Me alegro de cambiar un poco de aires. A veces me agobia estar tanto tiempo en la oficina -comentó Macey.

-¿Cómo te metiste en el negocio de las empresas de trabajo temporal? -preguntó Derek cortando un trozo de queso.

Ella pareció dudar un instante.

-No hace falta que me respondas si no quieres. -No, no pasa nada. Cuando ocurrió lo de Jack, tuve que dejar momentáneamente de trabajar, y las

facturas comenzaron a acumularse.

-¿No teníais ningún seguro de vida? -preguntó él con delicadeza.

-No, nunca sé nos ocurrió contratar uno. Cuando tienes veinticinco años crees que no lo necesitas, y hay un montón de cosas que te hacen más falta. Me puse a trabajar en cuanto pude, y me mudé a vivir con la tía de Jack para ahorrar gastos. Pero mi sueldo seguía siendo insuficiente para acabar con las deudas, así que empecé a buscarme trabajos temporales para ganar un dinero extra.

-¿Y te gustó?

-Me estimulaba el cambio constante, y me pagaban bien -aseguró Macey asintiendo con la cabeza-. Cuando Robert me ofreció el puesto de gerente, ya había sacado la cabeza del agua y pude dejar mi trabajo anterior para pasar más tiempo con Clara en casa. Lo pasó muy mal cuando Jack murió -concluyó apoyándose sobre el tronco del árbol para saborear su capuchino-. Gracias por la comida. Puedes disculparte conmigo siempre que quieras.

-No se trata exactamente de una disculpa --confesó Derek dándole un mordisco a su trozo de queso-. Al menos, no sólo de eso. Pensé que podía aprovecharme de tu ofrecimiento de la otra noche.

Quería hablar de las seis mujeres que quedaban en la lista. Macey debería habérselo imaginado. Y también era importante que no olvidara que Derek se había tomado la molestia de organizar un picnic en el parque porque no podía llevarla a sitios como el Arcadia sin que todo San Louis arqueara las cejas con sorpresa.

-Al fin le echaste un vistazo a la lista, ¿no? -preguntó tratando de aparentar calma.

-Sí. ¿Por qué esas seis y no otras?

Macey se incorporó ligeramente y se giró de modo que quedó en ángulo respecto a él, en lugar de estar sentados el uno al lado del otro.

-Me preguntaba si ocurriría así -murmuró más para sus adentros.

-¿A qué te refieres?

-Me preguntaba si te sorprenderías al ver la lista. Si te sentirías decepcionado porque no estuviera en ella algún nombre en particular.

-Sigo sin entender a qué te refieres.

-¿Has dudado alguna vez tanto entre dos opciones que hayas terminado por lanzar una moneda al aire? -preguntó Macey recogiendo las rodillas y sujetándoselas con los brazos.

-Claro. Como todo el mundo.

-¿Pero has hecho lo que te decía la moneda, o has sentido ganas de volver a lanzarla de nuevo? Porque creo que tanto si estás

satisfecho con el resultado o no, después de lanzarla sabes lo que querías hacer realmente.

-¿Y qué tiene que ver eso? -preguntó Derek sacando la lista del bolsillo de la camisa.

-Porque si hay algún nombre sobre el que me quieras preguntar, y necesitas saber por qué no está en la lista, entonces esa es la mujer con la que debes casarte, y no con ninguna de las de la lista.

-¿Me estás diciendo que este papel no es más que un truco psicológico ideado por ti? -preguntó Derek frunciendo el ceño.

-Claro que no -respondió Macey molesta-. Si lo fuera, ten por seguro que no te lo habría contado.

Se hizo el silencio. Macey le dio otro sorbo a su capuchino. De pronto ya no le sabía tan bien. Se había enfriado, y tenía un gusto casi amargo.

-¿Y bien? -dijo finalmente-. ¿Quién es ella, Derek?

-No estaba pensando en nadie en particular -aseguró él negando con la cabeza.

Macey no supo si creerlo o no. Parecía sincero, pero si le estaba diciendo la verdad, ¿por qué había tardado tanto en contestar?

Derek dejó el papel sobre la manta en medio de ellos dos y puso un dedo sobre la lista.

-Sólo me preguntaba qué tenían estas seis de especial. ¿Por qué las has elegido?

-¿Quieres saber qué he visto en ellas para que tú les busques las mismas cualidades? Me siento halagada por la fe que tienes en mí, Derek, pero no soy yo la que tendrá que vivir con esa mujer. ¿No crees que ya va siendo hora de que tú...?

-Sólo quiero saber en qué está basada esta lista. -Muy bien -respondió ella con un suspiro-. Supongo que tienes derecho a conocer los criterios por los que me he regido. Pero, ¿sabes qué?, el factor determinante es más bien qué no tienen estas mujeres. -Ahora sí que me he perdido, Macey.

-A las otras las he tachado de la lista por razones poco agradables.

-¿Por ejemplo?

-Una de ellas estuvo a punto de tirar a Clara en la puerta del Arcadia.

-Tal vez fuera un accidente...

-Sí, de acuerdo, aunque pudo haberse detenido para asegurarse de que Clara estaba bien. Pero no le importó lo más mínimo.

-¿Quién de ellas hizo eso? Macey le dio el nombre.

-Siempre la he visto comportarse de manera perfectamente

educada -aseguró Derek alzando las cejas con sorpresa.

-Por supuesto -contestó Macey, que comenzaba a sentirse incómoda-. Y así seguirá hasta que te hayas casado con otra y estés fuera de su alcance. O hasta que te hayas casado con ella y sienta que ya no tiene necesidad de seguir fingiendo -concluyó colocando la taza sobre la manta-. Tengo que volver al trabajo, y supongo que tú también. Te ayudaré a recoger todo esto.

-No te preocupes. Yo lo haré -aseguró Derek con una sonrisa tendiéndole la mano para ayudarla a levantarse-. Esta es mi forma favorita de limpiar la cocina. Todo va a la basura excepto la manta.

-Gracias de nuevo -dijo Macey, que sintió que no podía marcharse sin más-. Derek... mantenme informada de lo que ocurra.

-Claro -respondió él.

-Si todo sale, bien, ¿escribirás una carta de recomendación? -preguntó Macey forzando una sonrisa-. Tal vez algún día quiera cambiar de trabajo, y puede que tenga futuro como casamentera.

Derek soltó una carcajada.

Macey regresó a Peterson Temps con la cabeza embotada. La brisa había refrescado, y al salir del parque hacía verdadero frío.

¿La mantendría Derek informada?

Y, lo más importante, ¿de verdad quería ella que lo hiciera?

CAPÍTULO 6

DANDO Macey llegó a su casa cargada con dos bolsas de la compra, Clara estaba sentada a la mesa de la cocina contemplando un plato blanco de porcelana vacío que tenía delante.

-¿Te has puesto a régimen? -le preguntó Macey de broma-. Porque si es así, ya lo estás rompiendo. He comprado todo lo necesario para hacer un guiso de ternera.

-Puede esperar a mañana -respondió Clara sin levantar la vista.

-El guiso de ternera te gusta tanto como a mí -aseguró Macey deteniéndose en medio de la cocina para observarla-. ¿Por qué quieres aplazarlo?

-Porque sé que no empezarás a cocinar hasta que hayas contestado a tus llamadas telefónicas -aseguró Clara encogiéndose de hombros.

-Muy bien. Explícate -dijo Macey colocando las bolsas sobre la encimera-. ¿Quién ha llamado?

-Un hombre. Parecía joven, a juzgar por su timbre de voz. Ha dejado un número -contestó la anciana tomando una regla y haciendo unas marcas sobre el plato.

-Sin nombre... -murmuró Macey agarrando la nota de papel que estaba al lado del teléfono.

-No es culpa mía. Se lo pregunté, pero se ve que quiere jugar a ser el hombre misterioso.

Derek. Macey sintió que el corazón se le aceleraba ligeramente. Estaba claro que había preferido ser maleducado antes que decirle a Clara quién era. Eso provocaría en ella muchas preguntas de por qué el hijo de su vieja amiga Enid estaba llamando a su sobrina.

El número no le resultaba familiar, pero Macey nunca lo había llamado a su casa. Habían pasado dos días desde el picnic en el parque y desde entonces no había vuelto a saber de él. ¿La habría llamado para decirle que ya había tomado una decisión? Le parecía difícil que hubiera elegido tan pronto. No podía haber tenido tiempo material para verse con las seis mujeres. Macey decidió que lo mejor sería dejar de hacerse cábalas y llamarlo. Marcó el número de teléfono y se llevó el auricular a la oreja, sujetándolo con el hombro mientras vaciaba las bolsas de la compra.

Contestó una voz de hombre. Pero no era la voz de Derek.

Macey frunció el ceño y se dijo a sí misma que era absurdo sentirse decepcionada, pero no podía evitarlo.

-¿Diga? -repitió la voz masculina.

-Soy Macey Phillips -contestó ella volviendo a la realidad-. He recibido un mensaje para llamar a este número.

-¡Macey! Tenía miedo de que no me devolvieras la llamada.

Ella seguía sin reconocer aquella voz.

-Lo siento, pero, ¿lo conozco? -preguntó.

-Oh, vaya, siempre me olvido de que la gente suena muy diferente en persona. Soy Ira.

Ira. Macey hizo un rápido repaso mental. ¿Se trataba de algún conocido relacionado con el trabajo? Seguramente no, porque la había llamado a casa, y ella no le daba su número personal a los clientes.

-Ira Branson -dijo la voz con cierta impaciencia-. De la fiesta del auditorio. El amigo de Derek McConnell. Mira, no te culpo por estar molesta. Ya sé que he tardado mucho en llamarte.

¿Es que pensaba que ella estaba fingiendo no recordarlo? A Macey se le ocurrió pensar que tal vez aquel hombre se imaginaba que se había pasado todos los días sentada junto al teléfono esperando su llamada.

-No, por Dios. He estado tan ocupada que no he pensado para nada en ello.

Él soltó una carcajada, como si aquella fuera la historia más divertida que hubiera escuchado en su vida.

-Quería haberte llamado enseguida, pero no pude. Llevo días tratando de conseguir tu número de teléfono. Olvidaste dármelo el día de la fiesta. ¿Tienes idea de cuántas mujeres llamadas Marcie Phillips viven en San Louis?

-Me llamo Macey -respondió ella pacientemente. Pero no podía quejarse, ya que ella tampoco recordaba el nombre de él.

-Sí, al final lo descubrí. En cualquier caso, me preguntaba si te gustaría quedar conmigo.

-Es muy amable por tu parte, Ira, pero me temo que no puedo.

-Espera, todavía no te he contado el plan. Esta noche hay una fiesta y pensé que te gustaría ir conmigo. Es para recaudar fondos para el zoo. Ya sabes, animales monísimos por todas partes. Sé que a las mujeres os gustan ese tipo de cosas -aseguró Ira antes de detenerse un instante-. Oye, no estarás enfadada conmigo por haber tardado tanto en llamarte, ¿verdad?

-Lo siento, Ira, pero ya tengo planes para esta noche.

«Hacer un guiso de ternera, comprobar que mis flores de tela no tienen bichos, reordenar las palabras del diccionario de más cortas a más largas en lugar de alfabéticamente...».

-¿Y mañana por la noche? Hay una fiesta de Halloween a la que

a lo mejor te apetece ir.

-Tengo planes -repitió Macey sacando el aceite de oliva de la bolsa.

-No tienes que quedarte en casa por mí -aseguró Clara levantando la vista del plato de porcelana.

Macey sacudió la cabeza esperando que la otra mujer captara el mensaje.

-¿Y el domingo? Habrá una comida muy agradable en el club de campo.

-Ira -contestó Macey, que estaba empezando a sentir pena por él-, eres muy amable, pero no quiero salir con nadie en estos momentos.

-Si piensas quedarte en casa esperando a McConnell, más te vale ir olvidándolo -respondió Ira haciendo un ruido parecido a un sorbido.

-Creo que no comprendes la situación, Ira.

-¿Y qué otra cosa puedo pensar?

«Podrías considerar la idea de que no me siento atraída por ti», pensó ella para sus adentros.

-Si piensas atraer su atención quedándote en casa, déjame decirte que no te está funcionando -continuó Ira-. Lo he visto varias veces últimamente, y nunca con la misma mujer. Dentro de poco, la gente empezará a hacer apuestas sobre quién será la próxima con la que aparezca.

-Muy interesante. Pero no tiene nada que ver conmigo. Yo...

-Lo único que te digo es que no vale la pena que te quedes llorando, esperando a que vuelva a ti. Podrías salir y divertirte tú también un rato.

-Seguiré tu consejo -respondió Macey con soma.

-Bien. Bueno, ¿qué me dices del domingo? Hay. una comida muy apetecible en el club de campo.

-Ya te he dicho que...

-Sí, has hecho planes para toda la semana. Ya lo he pillado. Una dama nunca acepta la primera invitación. Bueno, piénsatelo. Tal vez vuelva a llamarte dentro de un par de días, pero no te lo aseguro.

«Contendré la respiración hasta entonces», pensó Macey.

-Buenas noches, Ira.

Macey colgó el teléfono y comenzó a cortar la ternera.

-¿Qué le estás haciendo a ese pobre plato? -preguntó antes de darle a Clara la oportunidad de preguntarle nada sobre la absurda conversación que acababa de tener.

-Trato de decidir cómo decorarlo. He empezado mis clases de

pintura de porcelana esta mañana, y este es mi primer proyecto. ¿Con quién hablabas?

El teléfono volvió a sonar, y Macey suspiró aliviada. Se había librado de dar explicaciones. Pensó que se trataría de Ira nuevamente. Pero se volvió a equivocar. Era Derek.

-¿Macey? Menos mal que has contestado tú.

Ella trató de luchar contra la repentina sensación de falta de aire que la inundó al escuchar su voz.

-Has tenido suerte -contestó Macey mirando de reojo a Clara, que, evidentemente, estaba escuchando-. Me ha dicho un pajarito que has estado muy ocupado.

-¿Ha vuelto a hablar mi madre con tu tía?

-No. Lo he sabido por otras fuentes -aseguró colocando los trocitos de carne en la sartén-. ¿Qué tal va todo?

-¿De verdad que estos son los mejores seis nombres que has encontrado? ¿No me darías sin querer la lista de las rechazadas?

-No, esa es la única lista. ¿Ya has estado con todas?

-¿En dos días? No soy Casanova, Macey.

«A pesar de las apariencias», pensó ella. -Entonces, ¿por qué te quieres rendir ya?

-No he dicho que me vaya a rendir. De hecho, esta noche tengo otra cita y... maldita sea, llego tarde. Sólo quería que supieras que no me emocionan las opciones que me has escogido.

-Y eso que todavía no te he mandado la factura con mis honorarios -bromeó Macey-. Y ahora corre a vestirte y ponte lo más guapo posible para causar una buena impresión en la dama de esta noche.

Macey colgó el teléfono con una sonrisa mientras Derek soltaba una palabrota

El sábado por la mañana, Derek dejó un mensaje en el contestador automático mientras Macey y Clara desayunaban en la cafetería que había cerca de su casa.

-Te estoy buscando, Macey -fue todo lo que dijo. No dejó nombre ni teléfono.

-Suena un poco amenazante -comentó Clara con aire preocupado.

-No es peligroso -aseguró Macey con el ceño fruncido-. Al menos eso creo.

El teléfono sonó un par de minutos después.

-Ven a dar un paseo conmigo -dijo Derek cuando ella contestó.

-Estoy ocupada.

-No puedes estar ocupada -protestó él-. Acabas de llegar a casa.

-¿Cómo lo sabes? ¿Te has pasado toda la mañana llamando para comprobarlo?

-No. He estado vigilando tu puerta durante una hora. Estoy aparcado al otro lado de la calle.

-¿Llevas allí una hora? -preguntó Macey asombrada consultando su reloj-. La única conclusión que puedo sacar es que la cita de anoche -fue muy larga y estás de camino hacia tu casa. Si no, no entiendo que andes por ahí tan temprano.

-¿Vas a salir o tengo que entrar a buscarte?

-Oh, por supuesto, sube -contestó Macey dulcemente-. Así conocerás a Clara. Siente mucha curiosidad por ti. Podéis tomaros un café y hablar de la gente que ambos conocéis.

Por suerte, Clara se había ido a su habitación y estaba lo suficientemente lejos en aquel momento como para escuchar la conversación.

Derek murmuró algo entre dientes.

-¿Significa eso que has cambiado de opinión respecto a lo de subir? -continuó diciendo Macey con una sonrisa.

No esperó a que él contestara, porque tenía mucho interés en hacerle otra pregunta.

-¿Tan mal ha ido la cita? ¿De quién se trataba esta vez?

-Rebecca.

-¿De verdad? Pensé que era una candidata con muchas posibilidades.

-Pues ya van tres a cero, Macey.

-¿Cómo? ¿Ya has eliminado a tres? Pero si no has tenido tiempo...

-No tardé mucho en borrar a Constance de la lista. Anoche quedé con ella, y cuando llevábamos cinco minutos de conversación repleta de grititos histéricos, estaba deseando matarla.

-En ese caso, creo que será mejor que no te cases con ella -aseguró Macey con solemnidad-. Aunque tal vez estuviera simplemente nerviosa. ¿Estás seguro de que te estás acercando a esas mujeres de manera apropiada? Me refiero, por ejemplo, a ayer por la noche. Se suponía que tenías que haber salido con Rebecca, pero en realidad te estabas enrollando con Constance...

-¿Enrollándome? No puede ser cierto lo que he oído. Me debo de estar quedando sin batería. Espera un momento, voy a entrar.

Se hizo el silencio en el teléfono. Macey soltó una palabrota, colgó y se dirigió a la puerta de entrada.

-¡Clara! -gritó-. Voy a salir un momento.

Abrió la puerta de entrada justo cuando Derek estaba

levantando la mano para llamar al timbre.

Estaba claro que había regresado a su casa después de la cita de la noche anterior, o que se había tratado de una cita muy informal, porque iba vestido con pantalones vaqueros y una chaqueta de cuero.

Derek la miró a la cara y luego al abrigo que llevaba colgado del brazo y arqueó las cejas.

-He cambiado de opinión -dijo Macey agarrándolo del codo para alejarlo del umbral-. Me parece una idea excelente tomar un poco de aire fresco.

-Me pregunto por qué no quieres que conozca a Clara -respondió Derek sin moverse del sitio.

-Porque lo primero que hará será contárselo a tu madre. ¿Te parece poca razón?

-Podría serlo, pero creo que no es mi bienestar lo que te preocupa. Bueno, ¿qué me decías respecto a mi modo de comportarme con las candidatas? -insistió Derek avanzando unos pasos por la acera hasta llegar a un descapotable color rojo al que abrió la puerta del copiloto.

-No creo que esté preparada para tanto aire fresco -musitó Macey mirando la capota abierta-. ¿Puedo conducir yo?

-Por encima de mi cadáver.

-Entonces, no me subo. Tengo mejores cosas que hacer, de todos modos -aseguró apoyándose contra el coche-. Esa actitud tuya es exactamente a lo que me refiero. Por encima de mi cadáver -lo imitó-. Creo que estás pisando con demasiada fuerza.

-Es bueno estar concentrado.

-Tal vez sí. Pero la palabra en la que estaba pensando no era concentrado, sino más bien inflexible.

Derek cerró la puerta del coche y comenzó a tamborilear los dedos sobre el cristal del parabrisas.

-Tengo que reconocer que no te falta mérito, Macey. Hace falta mucho coraje para criticar mis métodos cuando tú ni siquiera estás allí para verlos.

-Bueno, sólo hace falta tener sentido común. Ya es suficientemente dura una primera cita cuando se trata sólo de ir a cenar, así que no digamos cuando está en juego toda una vida en común.

-Creo que no lo has entendido. Yo no estoy saliendo con esas mujeres, así que la presión que pueda ejercer sobre ellas no es ni por asomo tan intensa como tú pareces creer.

-¿Cómo que no estás saliendo con esas mujeres?

-No puedo -se lamentó él-. Ya le he contado al director de la junta que estoy comprometido, así que no puedo ser visto en una cena romántica con Rita y luego bailando toda la noche con Lou.

-Eso sí que es un problema -musitó Macey-. Si fueras al cine, al menos podrías tomarlas de la mano en la oscuridad.

-¿Y qué información me daría sobre una mujer ir al cine con ella, aparte de saber si le gustan las palomitas o no?

-En eso tienes razón -reconoció ella--. Sobre todo porque ya puedo decirte yo de antemano que no. A ninguna de ellas, porque las palomitas tienen demasiadas calorías. Pero entonces, sino puedes tener una cita romántica, ¿qué haces?

-Intento observarlas en situaciones que sean lo suficientemente públicas como para no dar una impresión equivocada, ni a ellas ni a nadie.

-Pues no creo que lo estés consiguiendo -aseguró Macey con sinceridad-. Según Ira, la gente comienza a hacer apuestas sobre quién será la próxima chica con la que te vean.

-¿Ira Branson? -preguntó Derek cruzándose de brazos y mirándola fijamente-. ¿Y cuándo has hablado con él?

-Ayer. Me invitó a no sé qué acto benéfico por la noche.

-¿Al del zoo? ¿Y le dijiste que no? Pero Macey, eso habría sido perfecto. Podrías haber estado allí para echarme una mano y nadie habría sospechado nada, porque estarías con Ira.

-¿No crees que eso sería un poco rastrero respecto a Ira? -preguntó Macey poniendo los ojos en blanco-. Bueno, ya que he contestado a tu pregunta, me vuelvo a mi casa. .

-¿Qué tienes hoy que hacer tan importante que no puedes venir a dar una vuelta?

-Muchas cosas -respondió ella secamente-. No he firmado ningún contrato para trabajar las veinticuatro horas.

-Quería que me hicieras un favor. He roto uno de los vasos de mi madre, pero cuando llamé a la fábrica para que le enviaran uno de repuesto, me contestaron que ya no hacen ese modelo.

-¿No sabes qué regalarle en su lugar, y crees que yo si sabré? ¿Estás escuchando lo que dices, Derek?

-Las mujeres tienen más ojo para esas cosas -se defendió él encogiéndose de hombros.

-De eso que no te quepa ninguna duda.

Si Derek no la hubiera mirado como un niño de tres años al que acabaran de regañar, tal vez Macey se habría marchado.

-Te doy una hora. Máximo -dijo finalmente con un suspiro-. ¿De acuerdo?

-Hecho -respondió Derek mirando su reloj con un gesto casi ostentoso.

Luego la ayudó a subirse al coche antes de rodearlo para colocarse él tras el volante. El motor se puso en marcha y el descapotable enfiló la calle a tal velocidad que Macey se hundió en el asiento de cuero.

-¿No podrías tomártelo con algo más de calma? -preguntó casi sin respiración-. Si hubiera llevado sombrero, estaría al menos a tres manzanas.

-No soy yo el que tiene prisa -respondió Derek girando hacia un cruce cuando el semáforo se puso en verde-. Además, no vamos tan rápido. Lo parece a causa del viento y porque el coche está diseñado para agarrarse bien al asfalto.

Sin embargo, disminuyó la velocidad.

Rápido o no, Derek era un conductor excelente, y en cuanto Macey se hubo acostumbrado a la sensación de notar el viento sobre el pelo, comenzó a disfrutar del viaje.

-¿Te ha invitado Ira a la fiesta de Halloween de esta noche? -le preguntó él de pronto-. Con un poco de suerte, yo podré observar allí a un par de candidatas...

-No pienso llamar a Ira para rogarle que me vuelva a invitar y así poder echarte un cable. Es una fiesta de Halloween, no necesitarás ninguna ayuda. Puedes ir disfrazado y así moverte por ahí tranquilamente. Nadie te reconocerá.

-Desde luego, eres de gran ayuda -gruñó Derek.

-Hago lo que puedo -respondió ella dedicándole la más dulce de las sonrisas.

Desde luego, hacía lo que podía, pensó Derek. Macey hacía lo que podía para acabar con su paciencia.

El sábado no había mucho tráfico; pero los alrededores de los grandes almacenes más grandes de la ciudad estaban hasta los topes. Todo el mundo parecía haber ido de compras aquella mañana.

-Pensé que iríamos a otro centro más pequeño -comentó Macey mientras Derek aparcaba en el único espacio libre a la vista.

-Este es el que tiene más variedad.

-Así es, pero me sorprende que tú lo sepas.

-Me lo dijo Rebecca. Así que supongo que debo reconocer que la noche anterior sólo fue una pérdida de tiempo en un noventa y nueve por ciento.

-Me alegro de que consiguieras sacar algo -murmuró Macey-. Esta tienda es la mejor, o al menos lo era antes. Hace años que no vengo.

Macey le preguntó a un dependiente dónde debían ir y luego se dirigieron al ascensor. Al llegar a la planta de menaje del hogar, Derek estuvo a punto de chocarse contra un juego de vasos que tenían el aspecto de haber pasado la noche a la intemperie hasta que el frío había formado aquellos dibujos.

-Estos son bonitos -dijo.

-Son preciosos -aseguró Macey-. Puedes llevarle uno.

Derek se inclinó para mirar el precio en la etiqueta y compuso una mueca.

-¿Qué te pasa, Derek? -preguntó ella arqueando las cejas con gesto de sorpresa-. Parece como si te hubieran disparado una flecha.

-El precio tiene un cero de más.

-Sí, querido -contestó Macey-. ¿Es que tu madre no vale la pena?

Derek la miró con dureza. Ella tenía un aire inocente, pero había habido un deje de maledicencia en su voz.

-Le he roto un vaso, Macey. No he hecho pedazos todos los que tiene.

-Entonces, ¿la respuesta es no? -preguntó ella con sorna-. Por suerte para ti, no necesita ese vaso. Ya tiene cientos de ellos.

-¿Y tú cómo estás tan segura? -dijo Derek mirándola con suspicacia.

-Confía en mí, Derek. Los vasos, igual que las perchas, se multiplican cuando están guardados en armarios oscuros, sobre todo si esos armarios pertenecen a alguien como tu madre -aseguró alejándose unos pasos.

Macey se acercó a una mesa de comedor que estaba vestida con todo detalle, incluidas las servilletas, y en la que cada plato de porcelana estaba decorado a mano de forma distinta.

Derek se giró para seguirla y se encontró de frente con su madre.

-Hola, cariño -murmuró Enid McConnell-. ¿Qué estás haciendo aquí metido, con el día tan bueno que hace? ¿Elegir vajilla?

CAPÍTULO 7

QUÉ CAPRICHO del destino habría inspirado a su madre a ir de compras justo aquel día y justo a aquellos grandes almacenes? Porque Derek deseaba poder culpar a alguien, pero sólo podía achacárselo al destino.

Comprar un vaso de cristal no había sido su objetivo cuando salió de casa aquella mañana, aunque tuviera la intención de hacer algo al respecto antes o después. Pero allí estaba, y tenía que darle a su madre una respuesta satisfactoria, algo nada sencillo teniendo en cuenta que todo aquel asunto era un campo minado. Derek abrió la boca, pero sólo consiguió articular un sonido a medio camino entre el hipo y la tos.

Macey se colocó entonces a su lado.

Derek deseó que tuviera el suficiente sentido común como para mantener las distancias y fingir que estaba mirando otra cosa. Tal vez su madre no los hubiera visto juntos, pero ahora seguro que no albergaría ya ninguna duda en su cabeza.

-Se recuperará en un instante, señora McConnell -aseguró Macey con una sonrisa mientras golpeaba cariñosamente el brazo de Derek-. Y en cuanto a su pregunta, la respuesta es no. No vamos a comprar una vajilla.

¿Por qué no se le habría ocurrido decirlo a él? Una respuesta directa y pausada. Realmente, Macey era un tesoro. Estaba claro por qué Robert tenía a su gerente en tan alta estima.

Aunque también había que decir que era más fácil comportarse de forma tan cándida cuando se trataba de la madre de otra persona.

-En realidad estamos eligiendo cristalería.

Si aquel edificio de ocho plantas de hubiera desplomado sobre su cabeza, Derek no se habría quedado más atónito. ¿Cuál sería el siguiente paso que daría Macey? ¿Invitar a su madre a la boda?

Al parecer, Robert estaba equivocado cuando dijo que la señorita Phillips no intentaría cazarlo. Aquel tiburón femenino se había pasado una semana dando vueltas en círculo alrededor de él, esperando el momento de pillarlo desprevenido. Esperando el momento en el que fuera una presa fácil.

A Derek no le servía de consuelo pensar que él mismo le había brindado la oportunidad. ¿En qué diablos estaba pensando cuando le pidió consejo para comprarle un regalo a su madre?

Macey le pasó la mano por delante de la nariz.

-Respira, Derek -le ordenó-. Te estás quedando bizco por la falta de oxígeno. Hola -dijo girándose hacia su madre con la mano extendida-. Nos conocimos en el Arcadia, ¿se acuerda?

-Por supuesto. Estaba. usted con Clara, la tía de su marido.

Derek consiguió aspirar un poco de aire. Aquello era su salvación. Fue su madre la que le dijo que Macey estaba casada, así que no podía tomarse en

serio aquella historia de elegir cristalería. Lo único que tenía que hacer entonces era alejar a Macey de su madre antes de que Enid descubriera la verdad.

-Por favor, acepte mis condolencias, Macey -dijo Enid-. Ese día no sabía que había perdido usted a su marido.

«Mi gozo en un pozo», pensó Derek.

-Gracias -respondió Macey-. Me alegro de haberme encontrado con usted, señora McConnell. «Por supuesto», pensó él con amargura, «eso te facilita mucho los planes».

-Derek se sentía tan mal por haberle roto el vaso y no encontrar otro de repuesto que me pidió consejo para comprarle uno nuevo -aseguró Macey como si aquel asunto no tuviera al fin y al cabo ninguna importancia.

Derek miró de reojo a su madre y se dio cuenta de que ella tampoco parecía sorprendida ni impactada. Tal vez, sólo tal vez, había juzgado mal a Macey, se había precipitado a sacar conclusiones sobre sus intenciones.

Trató de tranquilizarse. La situación lo estaba poniendo muy nervioso.

-Es muy amable por tu parte, cariño -dijo su madre observándolo-, pero sé de sobra que fue un accidente. Le podía haber pasado a cualquiera. El impacto del momento provocó que te distrajeras un instante, eso fue todo.

-¿Cuál fue el impacto del momento? -preguntó Macey frunciendo el ceño.

Derek ignoró su pregunta con la esperanza de que se olvidara del asunto.

-Pensé que podríamos encontrar un vaso con un dibujo que fuera al menos parecido a los que usted tiene -continuó diciendo Macey-. Cometí el error de pensar que Derek lo recordaría para poder compararlo. Pero esto es mejor aún. Puede usted elegirlo personalmente.

-Veamos -dijo Enid McConnell mirando alrededor-. ¿Qué tenemos por aquí?

-Derek estaba admirando aquel juego de Lalique -murmuró

Macey con un tono de voz misterioso que provocó en él ganas de golpearla-. Pero yo pensé que a usted no le gustaría.

La expresión del rostro de su madre era inescrutable, pero Derek sabía lo que estaba pensando. Tanto si a Enid McConnell le gustaba ese juego de vasos como si no, no iba a permitir que una mujer joven a la que ni siquiera conocía interpretara o dictara sus gustos.

-En cualquier caso, ya que está usted aquí, señora McConnell, usted y Derek pueden elegirlo juntos. Si me disculpan...

Macey volvió a golpearlo en el brazo, del mismo modo que se despide uno de un perro, y dio media vuelta.

-No, no, querida -intervino Enid agarrándola suavemente del codo-. Además, tiene razón con lo del vaso. ¿Cómo supo que prefiero el cristal liso en vez del decorado? Me encantaría conocer su opinión, porque en realidad he venido hoy aquí a comprar una cristalería. El vaso que rompió Derek tenía más años que él, y me faltan ya varias piezas del juego que me regalaron por mi boda. Es hora ya de que compre uno nuevo, pero no estoy muy segura de qué quiero.

Ambas se acercaron a una estantería en la que había copas de vino y vasos altos. Macey le lanzó una mirada de auxilio por encima del hombro, pero Derek fingió no darse cuenta. Ella sola se había metido en aquel lío, y sola tendría que salir.

-Los estilos han cambiado mucho desde que yo elegí mi cristalería -continuó diciendo Enid McConnell-, y por supuesto mis gustos han cambiado también, así que...

Derek apoyó la cadera contra una barandilla para ponerse cómodo ante lo que preveía iba a ser una larga espera. Pero entonces cayó en la cuenta de que dejar que las dos se alejaran de su vista era un comportamiento muy estúpido. No estaba muy seguro de cuál de las dos se fiaba menos, pero tampoco importaba mucho. Ambas eran capaces de causar problemas.

Aunque él tampoco era capaz de hacer mucho por evitar el daño, porque seguía sintiendo la lengua tan inútil como si fuera de chicle mascado. Pero al menos, si sabía de qué hablaban, tendría la oportunidad de defenderse, así que fue tras ellas.

Su madre estaba señalando una copa de vino y diciendo algo sobre la redondez de sus líneas, pero se detuvo a mitad de la frase y lo miró con detenimiento.

-Derek, estoy segura de que te vas a aburrir como una ostra. No quisiera que por mi culpa dejaras de hacer las cosas importantes que seguro que tienes pendientes.

-No tenía nada planeado esta mañana.

-Si no eres capaz de estar alejado de Macey, lo único que vas a conseguir es prolongar esto -aseguró su madre frunciendo el ceño.

Derek se dio cuenta entonces de que Macey le había dado la excusa que necesitaba.

-Me dijiste que sólo tenías una hora libre esta mañana -aseguró conteniendo un suspiro de alivio-, y ya ha pasado. Te llevaré a casa.

-Yo la llevaré encantada -contestó Enid-. Puedo elegir la cristalería en cualquier momento, y además, me gustaría volver a ver a Clara.

-¿Por qué no os quedáis los dos aquí y seguís mirando? -murmuró Macey-. Yo tomaré un taxi.

Si pensaba abandonarlo a su suerte y salir corriendo, estaba muy equivocada. Derek la agarró firmemente del brazo.

-Te veré más tarde, mamá.

Macey se resistió durante un instante, pero luego se rindió y le dedicó a Enid una sonrisa y un leve encogimiento de hombros.

Una vez en la calle, relativamente a salvo entre el anonimato de la multitud, Derek se detuvo en medio de la acera y la miró con una mueca.

-Estamos eligiendo cristalería -la imitó-. ¿En qué estabas pensando?

-Está claro que no le di ninguna idea que ella no tuviera ya en mente -se defendió Macey-. Sólo le he dicho la verdad. Además, nunca habríamos dicho algo parecido si estuviéramos intentando ocultando algo, así que al decirlo queda claro que no ocultamos nada.

-Estupendo. La próxima vez que quiera entretenerme con problemas de lógica, te avisaré.

-Y además, podrías dejar de echarme a mí la culpa -continuó Macey-. Eres tú el que parecías llevar una bandera roja, con esa cara de culpabilidad que tenías. Tenías que haberte visto.

Macey cruzó la calle en dirección al coche. Derek le cerró la puerta y luego se colocó tras el volante. Pero no arrancó el coche.

-Lo que viste en mi cara no era culpabilidad, Macey. Era terror en estado puro. Tienes que entender que desde mi posición...

-Reconozco la culpa en cuanto la veo, Derek. Y creo que la frase que estás buscando empieza por lo siento.

-¿De verdad esperas que me disculpe? -preguntó él, atónito.

-¿De verdad crees que no es necesario? -replicó Macey girándose en el asiento para mirarlo.

-Maldita sea, yo no me disculpo a menos que sea responsable, y en este caso no soy yo el que he causado el problema. Ha sido cosa

tuya.

Macey reclinó la cabeza hacia atrás y entornó los ojos. Se lo quedó mirando durante tanto tiempo que Derek comenzó a pensar que había entrado en alguna especie de coma. Y luego, de pronto, soltó una carcajada, pero no había en ella ni rastro de humor.

-Ya entiendo. Tenías miedo de que me plantara allí en medio y te reclamara como mío ante Dios y ante tu madre, como quien clava una bandera en el Polo Norte o en la cima del Everest.

-Bueno, tu fuiste directamente al grano con...

-Venga, por el amor de Dios... Vamos a dejar dos cosas bien claras, Derek: no hay nada en el mundo que pudiera hacerme considerar la idea de volver a casarme. Nada. ¿Quieres que te lo escriba con sangre? Y si alguna vez cambiara de idea al respecto, que no creo, tú serías el último hombre que escogería. Eres arrogante, mimado y egocéntrico. Si te casaras con las seis mujeres de la lista, tendrías suficiente ego para hacer que todas y cada una de ellas se arrepintieran. Ya he tenido bastantes problemas teniéndote alrededor durante una semana, así que, ¿por qué diablos iba a querer firmar por toda una vida?

Macey había subido el tono de voz. Derek observó por el rabillo del ojo que la gente había formado un semicírculo alrededor del coche.

No podía culparlos.

Macey se detuvo un instante para tomar aire, y tras unos segundos de silencio, Derek habló.

-¿Hay algo más que quieras decirme?

-No, creo que eso era todo -aseguró ella en tono repentinamente amistoso, como si hubiera recibido un soplo de aire cálido tras la tormenta-. Ahora que lo hemos hablado, me siento mucho mejor.

Macey contestó el teléfono al primer timbrazo cuando sonó el domingo por la mañana para no molestar a Clara.

-Hola, Derek -dijo llevándose el auricular a la oreja.

-¿Cómo sabías que era yo?

-Porque nadie más sería tan maleducado para llamar a estar horas.

-¿Te he despertado? -preguntó casi con arrepentimiento.

Macey no lo hubiera admitido aunque así hubiera sido. Igual que tampoco le iba a confesar que llevaba un par de horas despierta.

-Siento decepcionarte, pero no, no lo has hecho -aseguró echando a un lado de la cama el periódico que estaba leyendo-. ¿Qué tal la fiesta de Halloween?

-No entiendo por qué adultos supuestamente inteligentes insisten en vestirse y comportarse como idiotas sólo porque es otoño.

-Vaya, vaya. ¿A quién has borrado de la lista? -A Rita y a Liz.

-¿Otra oferta de dos por una? ¿Qué ha pasado esta vez, McConnell?

-No te interesa mucho saberlo, ¿verdad?

-La verdad es que no, pero tenía que preguntártelo por educación. Aunque te diré que esto es algo positivo y que deberías estar de un humor excelente esta mañana en lugar de comportarte como un gruñón.

-¿Podrías explicarme a qué te refieres? Creo que no te entiendo.

-Digo que sólo te queda un nombre en la lista. Sólo uno.

-¿Y a eso le llamas tú algo positivo?

-Por supuesto que sí. La búsqueda ha terminado. La elegida es Emily.

-Es la única superviviente de una lista que incluía cinco malas elecciones. No puede decirse que sea una buena recomendación.

-Derek, eres muy pesimista.

-Después de las cinco anteriores, tengo motivos para serlo.

-Vamos, la mejor parte de todo siempre viene al final. Seguro que será como una deliciosa mousse de chocolate servida después de un pavo quemado y unas patatas pasadas.

-Incluso una mousse aguada sería bienvenida en estos momentos -admitió Derek.

-Sólo hay un modo de averiguarlo -dijo Macey con alegría-. Ve a buscarla.- A estas horas de la mañana tal vez la encuentres en la escuela dominical, enseñando a un puñado de niños. ¿Qué mejor recomendación que esa?

Derek murmuró algo entre dientes y le colgó el teléfono.

Macey colgó también a su vez. Así que iba a ser Emily.

Emily McConnell. Sonaba bien. Por el bien de Derek, esperaba que fuera una joven complaciente. Ojala ambos fueran felices juntos, en los términos en que cada uno de ellos definiera la felicidad.

En cuanto a Macey, se sentía muy cansada. Y, por supuesto, encantada de que por fin todo hubiera acabado.

Macey había supuesto que Derek la estaría esperando en la oficina el lunes por la mañana. Teniendo en cuenta la lata que le había dado hasta llegar a aquel compromiso, lo menos que podía hacer era anunciárselo en persona.

Pero no apareció ni llamó. Sin duda, aquello significaba que

Emily había resultado ser un dechado de perfecciones, y Derek, sumido en un océano de alivio, se había olvidado por completo de Macey.

Y a ella le parecía estupendo. Se dedicaría a pensar en un regalo apropiado para él y su novia.

¿Una máquina de hacer capuchinos, tal vez? La idea tenía que resultarle divertida, pero no fue así. ¿Un vale para que una empresa de limpieza le organizara los armarios y así les cupieran mas cosas?

Aunque tal vez debería esperar unos meses. No tenía ninguna duda de que si Derek era lo suficientemente cínico como para casarse para conseguir el puesto que quería, no se detendría allí. Así que en algún momento del próximo año habría seguramente otro acontecimiento importante que celebrar: el nacimiento del heredero del Reino de los Niños.

Louise llamó a la puerta del despacho con los nudillos y entró.

-Hemos recibido una llamada rarísima --dijo inclinándose sobre el jarrón con las flores que Derek había enviado para aspirar su aroma-. De una secretaria ejecutiva de Empresas McConnell.

-¿Una secretaria? -preguntó Macey, extrañada-. Qué raro. Me pregunto qué quiere Derek, y por qué no llama él mismo.

-Era la secretaria de George McConnell -respondió Louise negando con la cabeza-. Quiere que le enviemos a alguien para trabajar hoy unas horas.

Derek estaba empezando a devolverle a Robert el favor, pensó Macey. Emily había resultado ser un auténtico triunfo.

-¿En qué consiste el trabajo? -preguntó Macey, recordándose que tenía que alegrarse-. ¿A quién podemos enviar?

-La secretaria ha sido muy clara -aseguró Louise recolocando uno de los lirios en el jarrón-. Quiere que vayas tú, Macey. Dice que eres la única que puedes hacerlo -aseguró tendiéndole una hoja de papel-. Esta es la dirección. Y quiere que vayas enseguida.

Era más de media noche cuando Derek consiguió escapar de Emily. Tenía ganas de llamar a Macey, pero pensó que despertarla a esas horas para decirle exactamente lo que pensaba de la última de las seis finalistas no sería lo más inteligente. Lo mejor sería contenerse y esperar hasta el lunes por la mañana.

Aunque, si Macey se enfadaba porque le hubiera interrumpido el sueño y le decía que no volviera a hablarle en la vida, no empeoraría las cosas.

Tenía que haber escuchado sus instintos aquella noche en la fiesta del auditorio cuando sospechó_ que la elección de Macey sería el equivalente femenino a Ira Branson. Pero Derek no había hecho

caso a aquella voz interior, y se había convencido de que con media docena de disparos al objetivo, Macey daría al menos con una candidata que fuera aceptable. Después de todo, sólo necesitaba una. No era ninguna especie de jeque en busca de un harén.

Y, sin embargo, una semana después estaba exactamente en el mismo sitio en el que empezó. Y Macey se iba a enterar.

Su determinación de pillarla a primera hora de la mañana lo hizo dormir mal, y por eso sin duda se despertó tarde. En lugar de enfrentarse con Macey en su despacho, se vio a sí mismo corriendo a toda prisa para llegar al suyo propio. Llegaba extremadamente tarde, se había dejado el maletín y le dolía la cabeza. También estaba acumulando un resentimiento del tamaño de una casa, porque había intentado llamarla mientras conducía al trabajo y la recepcionista de Peterson Temps le había dicho que estaba hablando por teléfono con un cliente importante.

Un cliente importante. Como si él no lo fuera. Ni siquiera dejó un mensaje, sino que apagó de golpe su teléfono móvil.

No estaba siendo justo y lo sabía. No podía esperar que Macey estuviera disponible todos los minutos del día. Pero por muy irracional que fuera, el hecho de no encontrarla cuando la necesitaba sólo servía para aumentar su nivel de ansiedad.

Y así estaba cuando cruzó la sala de espera de los despachos ejecutivos y encontró al director de la junta allí sentado. Apenas se acordó de darle los buenos días antes de preguntarle a la secretaria si tenía una aspirina a mano.

-Últimamente estás teniendo muchos dolores de cabeza, ¿no? -preguntó el director-. Aunque no me extraña.

-¿Cómo dice?

-Mira, Derek -dijo el anciano colocando en su sitio la revista que estaba leyendo-, he hecho lo que me pediste y te he guardado el secreto.

-Creo que no le entiendo...

-Lo de tu compromiso -respondió el director con impaciencia.

-Ah, sí. Gracias, señor. De verdad que le agradezco que...

-¿Pero a quién estás tratando de engañar?

-¿Cómo? -preguntó Derek sintiendo que se le congelaba la sangre en las venas.

-El viernes por la noche, cuando te vi. con aquella rubia, pensé que era tu prometida. Por eso, cuando mi hija me dijo que te vio en la fiesta de Halloween con una pelirroja, pensé que se había equivocado. Y entonces recordé que un amigo me había comentado que te vio con una morena en la fiesta del auditorio. Tres mujeres

distintas en menos de una semana.

«Y eso es sólo la mitad», pensó Derek tragando saliva.

El director bajó la voz, pero no por ello su tono fue menos frío.

-La reunión de la junta directiva es la semana que viene. A menos que me satisfaga tu respuesta sobre lo que está ocurriendo, no tendré más remedio que compartir con ellos la información que tengo. Y debo advertirte de que no todos los directores estarán de acuerdo con este tipo de comportamiento. Y por favor, no esperes que me crea que se trata de la misma mujer con diferentes pelucas.

-Por supuesto que no, señor -aseguró Derek.

«Pero sólo porque no se me había ocurrido a mí antes, así que gracias por la advertencia».

La puerta del despacho de su padre se abrió en aquel momento y salió George McConnell para darle a la secretaria una cinta de grabadora.

-Por favor, teclee esta carta y envíela enseguida. Gracias por esperar -dijo dirigiéndose al director-. Entra.

-Continuaremos más tarde con esta conversación -dijo el anciano levantándose sin apartar la vista de Derek.

Al menos tenía una prórroga, unos minutos para pensar. El problema era que la cabeza le martilleaba de tal manera que le resultaba imposible.

George McConnell pareció reparar por fin en él.

-Entra tú también, Derek. Este asunto también te concierne a ti.

Adiós a su prórroga. Ya no podía llamar en busca de ayuda. Y además, había notado un deje afilado en las palabras de su padre. ¿O se trataría sólo de su conciencia culpable?

-Claro, papá -consiguió decir-. Déjame ir a buscar un café y enseguida estoy allí.

Macey no podía dejar de preguntarse cómo sabía la secretaria de George McConnell su nombre, ni mucho menos por qué había desarrollado aquel súbito deseo de trabajar con ella. ¿Quién le habría hablado de Macey, y por qué la había llamado?

Pero la pregunta no era esa, y Macey lo sabía. La . secretaria no podía estar actuando por su cuenta. Estaba siguiendo órdenes.

Lo que significaba que era George McConnell el que la buscaba.

Pero seguía sin tener ni idea del porqué. No se imaginaba a Enid mencionándole a su esposo su nombre, ni por qué él habría de dar aquel paso. Pero algo así tendría que haber ocurrido.

Enid pareció haber aceptado la explicación del vaso roto como excusa para habérselos encontrado juntos viendo la exposición de lista de bodas más grande de la ciudad. Pero estaba claro que

Macey había vuelto a subestimar a Enid McConnell. La madre de Derek se había ido a casa a contárselo a su marido. No se sabía lo que le había contado, pero al parecer había sido suficiente para que el padre de Derek entrara en acción.

Macey se dijo a sí misma que no debería dar por hecho lo peor. Tal vez toda aquella teoría de la conspiración era sólo producto de su imaginación y se trataba sencillamente de un trabajo temporal.

Pero le costaba creerlo.

Firmó en el mostrador principal de Empresas McConnell, se colocó el identificador de visitante y siguió las indicaciones de la recepcionista hacia la suite que hacía las veces de despacho en la última planta. Allí, otra recepcionista le tomó el nombre y consultó a alguien por teléfono antes de pasarla con la secretaria cuyo nombre había escrito Louise.

Macey permaneció de pie ante el mostrador, sintiéndose como una alumna a la que hubieran enviado al despacho del director.

-Gracias por venir, señorita Phillips -dijo la secretaria.

-Creo que ha habido un malentendido -contestó Macey-. Yo soy la gerente de Peterson Temps, no pertenezco al personal.

-Lo sé -respondió la secretaria con voz glacial-. Me lo dijo la persona con la que hablé por teléfono.

-Entonces, ¿por qué...?

-¿Por qué está usted aquí? No tengo ni la menor idea. Me limito a cumplir órdenes -aseguró levantando el auricular del teléfono y pulsando una tecla-. ¿Señor McConnell? Está aquí la señorita Phillips..

Macey exhaló un profundo suspiro y trató de tranquilizarse.

-Gracias por venir, Macey -dijo Derek abriendo la puerta del despacho y asomando la cabeza. -¿Pero qué...?

-Ahora no, ¿de acuerdo? -susurró él haciéndole un gesto con la mano para que se acercara-. No tenemos mucho tiempo.

-¿Has organizado tú esto? Me dejaste creer que... Derek miró de reojo a la secretaria, y Macey se contuvo.

-Podría matarte -susurró entre dientes.

Él no la llevó al despacho del que acababa de salir, sino a la estancia que había al lado. Era una enorme sala de conferencias en la que había una gran mesa de madera con una docena de sillas de cuero alrededor y una estantería repleta de juguetes, desde triciclos hasta puzzles, muñecos y maletines de médico.

-¿De qué va todo esto, Derek? -exclamó Macey tras echar un rápido vistazo-. ¿Es una manera original de decirme que has conseguido el puesto?

-Créeme, no podrías estar más equivocada -aseguró él sacudiendo la cabeza-. Necesito que me ayudes en esto, Macey.

-¿Es que no sabes pedir las cosas por favor? Y de todas maneras, ¿por qué has montado todo este numerito? ¿No podías haberme llamado simplemente sin tener que inventarte esa excusa del trabajo temporal?

-Estaba atrapado en una reunión con mi padre y el director de la junta. ¿Qué querías que hiciera? Por eso le dije a Miranda que te llamara.

-Pero si ya estaba todo arreglado -protestó Macey sacudiendo la cabeza-.Tú y Emily teníais que haber llegado a un acuerdo, y tú tenías que contárselo a todo el mundo y conseguir el puesto.

-Nada más lejos de la realidad.

-¿Es que Emily no es la respuesta a tus plegarias?

-Pues no, pero eso ahora no importa. No tenemos tiempo. El director quiere una explicación de por qué he sido visto últimamente con varias mujeres diferentes cuando se supone que estoy comprometido para casarme.

-¿Y qué quieres que yo haga al respecto? Si crees que tengo que volver a empezar desde el principio, Derek, yo...

-No hay tiempo para eso. Necesito una explicación, Macey, y la necesito ahora mismo. Y no me vendría mal tener además un nombre. Sólo un nombre, no otra lista.

¿Un nombre? ¿Acaso esperaba Derek que rebuscara en su memoria para encontrar un nombre? Y no cualquier nombre, sino el de la mujer-que reuniera todas las condiciones para ser su esposa y, además, estuviera dispuesta a casarse con él. A Macey se le quedó la mente en blanco.

-Yo... -comenzó a decir.

En ese momento se abrió la puerta y apareció un hombre alto de pelo blanco.

-Bien, Derek, ya estoy dispuesto a escuchar tu explicación.

-Es una idea brillante -susurró Derek sin dejar de mirar a Macey-. Señor, creo que una simple explicación no sería suficiente -aseguró girándose hacia el director de la junta-. Así que me gustaría presentarle a mi prometida, Macey Phillips.

Macey sintió que la sangre se le subía hasta las orejas.

-Ella puede contarle lo de las otras mujeres que he estado viendo -continuó diciendo Derek-

. Las he estado viendo porque Macey quería que lo hiciera.

CAPÍTULO 8

DEREK TUVO la impresión de que el director estaba sopesando la idea. Por otro lado, Macey parecía estar a punto de cometer un asesinato.

Derek era consciente de que había puesto su futuro en manos de la capacidad de Macey para salir de apuros, pero al observar su expresión por el rabillo del ojo, decidió que lo mejor que podía hacer era distraer al director.

-¿Sabe una cosa, señor? -comenzó a decir tras aclararse la garganta-. En mi vida ha habido al menos media docena de mujeres. Por supuesto, Macey está al tanto. Hemos hablado de ello y he tratado de tranquilizarla, asegurándole que eso pertenece completamente al pasado. Pero el asunto de esas mujeres ha seguido preocupándola un poco.

-Teniendo en cuenta que me han contado que volabas de una a otra como una mariposa, no me extraña -aseguró el director con voz seca.

-Macey quería estar segura, así que me sugirió que volviera a ver a cada una de ellas una vez más para ver qué sentimientos provocaban en mí. Por eso he volado de una a otra, como usted bien dice, porque estaba ansioso por satisfacer su petición y regresar a mi verdadera elección -concluyó mirándola con una sonrisa arrobada.

-¿Es eso verdad, jovencita? -preguntó el director con expresión de haber mordido un limón-. ¿De verdad le sugirió a Derek que saliera con otras mujeres?

Macey tragó saliva. Tenía que decir la verdad. Toda la verdad.

-Sí, señor -susurró con voz apenas audible-. Lo hice.

Derek trató de disimular su alivio.

-¿Quería que su prometido estuviera con otras mujeres? Me sigue pareciendo un comportamiento de lo más extraño.

-Quería estar segura de que Derek iba a tomar una decisión que pudiera mantener para siempre -aseguró ella mojándose los labios-. Teniendo en cuenta su pasado de play boy, el hecho de asentarse con una sola mujer...

-Sólo hace falta encontrar la mujer adecuada -murmuró Derek

-El matrimonio requiere un compromiso total, y una completa confianza entre los miembros de la pareja -continuó Macey, cuya voz iba ganando confianza a medida que iba hablando-. Y es mucho mejor saber si se tienen problemas con ese compromiso antes de la

boda que después.

-No tienes nada de qué preocuparte, cariño. Ninguna de ellas ha sido capaz de mantener mi atención durante una noche, así que mucho menos durante una vida.

-Ya que nuestro… compromiso ha sido tan repentino -siguió explicando Macey como si no lo hubiera oído-, pensé que sería prudente tomar ciertas precauciones.

-Ahora lo comprendo, querida -afirmó el director estrechándole la mano-. Espero que mi hija sea igual de sensata cuando le llegue el momento de elegir. Seguro que nos veremos a menudo, señorita Phillips.

Cuando el anciano se hubo marchado, se hizo un silencio aterrador. Macey estaba en medio de la sala de juntas como si fuera un maniquí colocado allí por el escaparatista.

Derek pensó que seguía impresionada. Lo entendía perfectamente. Lentamente se colocó entre ella y la puerta.

-Eso ha estado muy bien -dijo-. De hecho, ha estado estupendo.

Ella no contestó, pero al menos se movió. Pero en lugar de intentar esquivarlo para escaparse, cruzó la sala y se puso a observar los juguetes de la estantería.

-Eres mejor todavía improvisando de lo que me hubiera imaginado -continuó Derek-. Debe de ser por tu experiencia en trabajos temporales, pero has aguantado el tipo estupendamente.

Macey se paseó arriba y abajo observando las estanterías. Finalmente se detuvo ante un juego infantil de carpintería a pequeña escala pero con herramientas reales y agarró un martillo.

-Macey, eso no es realmente un juguete -le advirtió Derek mirándola con recelo-. Podrías hacerle daño a alguien.

-Lo sé -respondió ella con los dientes apretados-. Eso es lo que pienso hacer.

-Pero Macey, yo…

-La única razón por la que he aguantado el tipo, como tú dices, es porque ver cómo te destrozaba el director de la junta no hubiera sido tan divertido como hacerlo yo misma. ¿En qué estabas pensando? No, déjame replantear la pregunta, porque es obvio que no estabas pensando en nada.

-Cuando te pedí un nombre, dijiste: «Yo», y por eso pensé que…

-¿Pensaste que me estaba presentando voluntaria? -preguntó Macey acercándose a él.

Derek dio un paso atrás y levantó las manos.

-De acuerdo, tienes razón. Sabía que no te estabas refiriendo a ti misma, pero eso hizo que se me ocurriera la idea.

-¿Me estás echando la culpa a mí?

-¿La culpa? Pensé que era una idea excelente.

-Y supongo que también piensas que debería caer de rodillas en agradecimiento porque te he ganado, como si fueras un premio de la lotería, aunque yo ni siquiera sabía que había comprado un boleto. ¿Es que no me escuchaste cuando te dije que no pensaba volver a casarme nunca?

-Por supuesto que te escuché -respondió Derek secamente-. Cualquiera que estuviera a dos manzanas de allí te habría escuchado. No quieres casarte conmigo. Perfecto. Yo tampoco quiero casarme contigo.

-Entonces perdóname, pero no entiendo qué has conseguido con todo esto, a excepción de una prometida que no quieres.

-Eso es lo mejor de todo, Macey. No sé por qué no se me había ocurrido antes. Ahora que tengo una prometida de verdad que enseñar, no habrá más presiones.

-A lo mejor para ti no -murmuró ella.

-La junta tomará su decisión la semana que viene.

-¿Y este seudo compromiso los convencerá?

-Seguro que sí. No pueden esperar que para entonces esté casado, porque saben que las bodas llevan su tiempo. Y seguro que tú insistes en hacer las cosas como es debido, con la seda, los encajes y todo eso. Les diré que mi Macey no está dispuesta a conformarse con una ceremonia rápida en un juzgado.

-Por supuesto que no. De hecho, tampoco estaría dispuesta a pasar por la vicaría, pero...

-Pero mientras ellos no lo sepan, estamos salvados. Macey, en realidad ellos no quieren buscar fuera de la empresa al próximo presidente de la compañía. Están deseando darme el puesto, así que se tragarán la excusa. Y cuando el acuerdo esté firmado...

-Entonces, daremos por finalizado el compromiso -aseguró Macey sin poder evitar un cierto resquemor en el tono de voz.

-Me temo que no -respondió Derek lamentando tener que decepcionarla-. Si un arreglo temporal hubiera resuelto el problema no me habría pasado toda la semana anterior tratando desesperadamente de encontrar a alguien con quien casarme. No, todavía tengo que pensarlo, pero ahora ya puedo tomarme mi tiempo, mirar alrededor, observar...

-Lo que no me gusta es eso de tomarte tu tiempo.

-Iremos mucho más rápido trabajando juntos -prometió Derek Haremos la ronda social, te diré quién me interesa y tú puedes observarla. Y si encuentras a alguien que prometa, estarás a mi

ladito, así que no habrá cotilleos sobre si me veo con otras mujeres a tus espaldas.

-Y cuando encuentres a la candidata y me dejes de lado para mostrarte en público con ella, ¿crees que el director de la junta no se va a dar cuenta?

-Claro que sí, pero no me echará la culpa. De hecho, seguro que ahora mismo siente lástima por mí porque cree que tú eres la frívola. Con todo este asunto de que quieres que salga con otras mujeres, no se sorprenderá en absoluto cuando te eches atrás. Es perfecto, ¿no te parece?

-¿Y dices que yo soy una experta en problemas de lógica? -preguntó Macey mirándolo totalmente asombrada-. Derek, de todos los planes absurdos que he escuchado en mi vida, este es el más...

-Por supuesto, siempre hay otra alternativa.

-¿Cuál?

-Podemos seguir adelante con ello y casarnos.

-Preferiría que me arrojaran sobre un nido de hormigas asesinas para que me devoraran viva -contestó Macey sin dudar ni un instante.

-Entonces, me temo que tendrás que participar en el juego y ayudarme a encontrar a tu sustituta -aseguró él encogiéndose de hombros.

-Déjame que me lo piense -respondió Macey exhalando un suspiro-. Porque a la larga tal vez sean preferibles las hormigas.

Derek sugirió que lo acompañara a darle la buena nueva a su padre, pero Macey declinó la invitación, colocó a regañadientes el martillo en el juego de carpintería infantil y salió del edificio antes de que el anuncio de Derek estallara como una bomba.

Porque seguro que eso era lo que iba a ocurrir. Había tratado de convencer a Derek para que le dijera a su padre la verdad, pero, aunque él había escuchado pacientemente sus argumentos, al final había terminado por negar con la cabeza y asegurar que cuanta menos gente conociera los detalles, mejor. Lo que significaba que sólo ellos dos sabrían lo que había ocurrido realmente.

-Sólo nosotros tres -corrigió Macey-. Supongo que se lo contarás a tu esposa.

Derek frunció el ceño.

-No puedo creerme que estés pensando en ocultárselo -respondió ella, horrorizada.

-En lo único que estoy pensando es en por qué estamos teniendo esta conversación tan inútil.

-Porque si no eres capaz de contarle la verdad respecto a una

cosa así... Bueno, qué más da. No es asunto mío. Tengo que ver a Clara ahora mismo, porque no estaría bien que se enterara antes por tu madre.

-No había pensado en ella -admitió Derek-. Me habías dicho que es la tía de tu marido, ¿verdad? ¿Crees que le parecerá mal la idea de que vayas a volver a casarte?

-Derek, si pudiera contarle sólo a ella la verdad...

Pero nada más decirlo Macey supo que no funcionaría. Clara era un encanto, pero no era una conspiradora. Si Enid McConnell le hacía la pregunta correcta, le contaría todo lo que sabía. Y no había duda de que Enid tendría muchas preguntas.

Así que lo más sensato sería que Clara no supiera que aquel asunto del compromiso era una farsa hasta que todo hubiera acabado. Y cuando averiguara que no era cierto...

-Se le romperá el corazón -dijo Macey. -Lo siento.

-No tanto como yo -murmuró Macey-. Déjame que hable con ella antes de que divulgues la noticia a los cuatro vientos, ¿de acuerdo?

Pero Clara no estaba en casa. Macey la esperó un buen rato, pero al ver que no aparecía regresó al trabajo. Trató de convencerse de que tampoco pasaría nada si no hablaba con ella inmediatamente. Necesitaba algo de tiempo para aclararse primero ella misma. Y si Macey no podía encontrar a Clara, Enid McConnell tampoco podría, por lo que la noticia podría mantenerse oculta durante al menos un par de horas más.

-Necesito localizar a mi tía -le dijo a Louise cuando llegó a la oficina-. Pero no quiero dejarle un mensaje para no asustarla. Por favor, llámala cada quince minutos y cuando conteste me la pasas.

Macey entró en su despacho y cerró la puerta. Trató de concentrarse en el trabajo que tenía atrasado, pero estaba todavía demasiado impactada por el curso que habían tomado los acontecimientos.

Como si fuera una pesadilla, revivió el momento en el que Derek hizo el anuncio ante el director de la junta y, lo que era aún peor, recordó el instante en el que ella abrió la boca para confirmar lo que Derek acababa de decir.

Macey se dijo a sí misma que tenía que haberse tratado de un momento de locura transitoria, que le había abrumado la fuerza de la personalidad de Derek y su sentido común no había resistido la presión.

Se había caído en un inmenso jarrón de miel y ahora estaba totalmente atrapada dentro de él.

Clara estaba en la cocina poniendo una olla al fuego cuando

Macey regresó a casa.

-Esta noche no hay nada especial -le advirtió a su sobrina-. Iba a hacer un asado, pero he estado toda la tarde ocupada.

-Ya sé que no has estado en casa.

-Por favor, ¿te importa cortar esa cebolla? -le pidió mientras la miraba de reojo-. ¿Cómo sabes que no estaba?

-Vine a hablar contigo -respondió Macey agarrando un cuchillo con gesto mecánico-. Clara, ¿te acuerdas que te dije que no estaba saliendo con nadie?

-Creo recordar una conversación al respecto, sí -respondió Clara con ironía.

-Bueno, pues no era del todo cierto. Yo... estaba saliendo con alguien y... bueno, de alguna manera hemos acabado... comprometidos.

-Oh -dijo simplemente Clara sosteniendo la cuchara de madera en el aire durante un instante, que pareció eterno.

-¿Eso es todo lo que se te ocurre decir? -preguntó Macey finalmente.

-Estaba esperando a que terminaras. «De alguna manera hemos acabado comprometidos» no me parece un buen final para esta historia -aseguró volviendo a meter la cuchara en la olla-. Sinceramente, suena como si tuvieras dudas de haber tomado la decisión correcta.

«No tengo ninguna duda, Clara. Estoy absolutamente segura de no estar haciendo lo correcto», pensó Macey.

Pero sabía que debía tener mucho cuidado con lo que dijera. No estaba acostumbrada a que Clara leyera entre líneas de aquella manera. Unos meses atrás, cuando estaba sumida en la depresión, no se habría dado ni cuenta.

-Lo que te preocupa es que vuelva a hundirme si te marchas -dedujo Clara-. Te echaré de menos, eso está claro, pero...

En aquel momento sonó el timbre de la puerta y Clara dejó la cuchara para ir a contestar. Macey, puso la cebolla picada en la sartén y comenzó a cortar metódicamente un pimiento verde.

Clara tardó más de cinco minutos en regresar, y cuando lo hizo no estaba sola.

-Macey, ¿por qué no me habías presentado a este joven antes?

Macey levantó la vista horrorizada, aunque ya sabía a quién se iba a encontrar. Derek estaba en la puerta de la cocina, mirándola.

-Supongo que porque temía que conquistaras mi corazón si te tenía cerca -murmuró Derek.

La anciana soltó una carcajada.

-¿Qué estás haciendo aquí? -preguntó Macey.

-He venido a conocer a Clara y, ya que lo nuestro ha dejado de ser un secreto, a llevarte a escoger tu anillo.

-¡Oh, no! -protestó ella automáticamente sin poder evitarlo.

Le había salido del alma, y cuando observó el ceño de Derek y la mirada entornada de Clara, se dio cuenta de lo mal que había sonado aquello. Tenía que buscar una excusa rápidamente.

-Quiero decir que creo que sería mucho más romántico si me sorprendieras.

-Eso es verdad -aseguró Clara relajándose-. En mis tiempos, las mujeres no podían opinar sobre sus anillos de compromiso.

-Mañana cenamos en casa de mis padres -dijo entonces Derek-. Para presentar oficialmente a las familias. Eso te incluye a ti, Clara.

-Estaremos encantadas -aseguró la anciana

Macey se las arregló para asentir con la cabeza.

-Te quedas esta noche a cenar, ¿no? -preguntó Clara.

-Gracias, pero no. Tengo una compra importante que hacer, y el joyero ha accedido a quedarse hasta tarde para ayudarme.

-Otra vez será -dijo Macey aliviada-. Te veo mañana.

-¿No vas a acompañarme a la puerta? -preguntó Derek sin moverse.

Macey dejó lentamente el cuchillo sobre la encimera y salió la primera de la cocina.

-Por cierto, mi padre cree que deberíamos entretener al director de la junta.

-¿Entretenerlo? -preguntó Macey-. Supongo que no pretenderás que nos pongamos a bailar claque. -Se trataría más bien de una cena. -Me lo estaba temiendo.

-La junta sólo se reúne cuatro veces al año y sus miembros vienen de todo el país. Por lo general se quedan un par de días. Papá cree que querrán conocerte. Pero no tiene que ser una cosa muy elaborada. Podemos invitarlos a un restaurante y ya está.

-No, no, no -dijo Clara asomando la cabeza por la puerta de la cocina-. Hacedlo vosotros. Es la única manera de impresionar a alguien. Es mil veces mejor servir un solo plato de comida casera que el menú más elaborado de cualquier restaurante. Lo siento -dijo sonrojándose ligeramente-. No pretendía ser una fisgona -aseguró antes de desaparecer de nuevo.

-Seguro que no -murmuró Macey entre dientes mientras abría la puerta de entrada-. Buenas noches, Derek. Hasta mañana.

Derek colocó la mano en el picaporte y volvió a cerrarla.

-Espera un momento y piensa -dijo él bajando el tono de voz-. Si

está husmeando, ¿no crees que esperará escuchar... otro tipo de sonidos? . -Oh, por favor...

Pero Macey tenía que admitir que Derek había captado a Clara perfectamente. Era capaz no sólo de escuchar, sino de mirar a hurtadillas por las esquinas. Lo que significaba que si no le daba un beso de buenas noches, Clara probablemente lo sabría.

-Supongo que será mejor que me vaya acostumbrando -aseguró Macey con un suspiro.

Derek elevó ligeramente la comisura de los labios. Echó los brazos alrededor de ella con delicadeza, como si fuera de cristal que pudiera romperse, y Macey se acercó a él obedientemente, colocó los brazos sobre sus hombros y levantó la cara hacia la suya.

Era sólo un beso. ¿Cuántas veces había pasado por aquel mismo ritual con otras personas? Tantas como para que ya no le concediera la menor importancia. Se trataba simplemente de un beso de buenas noches.

Se sintió pequeña y delicada en contraste con la envergadura y la solidez de Derek. Podía sentir la fuerza de sus brazos.

El primer roce de los labios de Derek sobre los suyos fue muy leve, demasiado cauteloso incluso.

-Por el amor de Dios, intenta al menos que parezca de verdad - murmuró ella.

Macey observó el brillo de diablura en los ojos de Derek cuando ya era demasiado tarde. La abrazó con fuerza hasta que estuvo completamente pegada a él desde los hombros hasta las rodillas, y la besó como besan los amantes, saboreándola lentamente al principio, apasionadamente después.

Macey se puso tensa involuntariamente.

-Intenta al menos qué parezca de verdad -susurró él imitándola.

Ella trató de relajarse. Al fin y al cabo, era sólo un beso, pero aquellas palabras le parecieron vacías. Estaba en posición vertical y completamente vestida, pero él le estaba haciendo el amor como si estuvieran echados juntos entre sábanas de seda.

Cuando Derek levantó por fin la cabeza, Macey estaba pensando que si verdaderamente hubiera sido de cristal, no quedaría de ella más que un montón de trocitos de vidrio.

-Tendremos que hacerlo más veces -aseguró él con voz ronca.

-Supongo que sí -consiguió decir ella a duras penas-. Me falta algo de práctica.

-¿De veras? Yo me refería a que ha estado tan bien que merece la pena repetirlo. Si eres así cuando te falta práctica, me gustaría ver qué ocurre cuando regreses al equipo. Bueno, ¿qué tipo de

anillo quieres? -preguntó tras volver a besarla una vez más con deleite.

-¿Qué más da? -respondió ella, que estaba teniendo dificultades para respirar-. Elige alguno que puedas reciclar.

-Es una idea. Tal vez pregunte si puedo alquilar alguno durante un tiempo. ¿Qué anillo tuviste antes?

-Un solitario engarzado en oro blanco. Pero tuve que empeñarlo también.

-Es una pena que todo el mundo espere que te regale el típico anillo de compromiso -aseguró Derek pasándole el dedo por el lóbulo de la oreja-. Porque, si no, te compraría un par de pendientes de diamante.

-Me gustan los pendientes que llevo. Me los hace Clara.

-En tal caso, dile a Clara que a mí también me gustan.

Macey lo vio cruzar la calle para subirse a su coche y pensó que lo último que le había dicho Derek era tan cierto como todo lo demás que había salido de su boca aquel día.

Lo que significaba que era otra mentira.

El menú era de lo más sencillo, pero eso no quería decir que fuera fácil de preparar. A primera hora de la tarde del domingo, las costillas se estaban asando al horno, las patatas estaban listas para pasarlas por la sartén y las ensaladas estaban dispuestas en platos individuales guardados en la nevera. Macey estaba preparando una bandeja de aperitivos mientras Derek terminaba de organizar las bebidas.

Macey dejó los aperitivos en la nevera y fue a echar un último vistazo a la mesa. Habían colocado los muebles al fondo del salón del loft para que cupiera la mesa que habían alquilado con espacio suficiente para acomodar a los doce invitados que esperaban. Macey pensaba que el apartamento quedaba así mucho mejor, más hogareño, e incluso más espacioso que antes.

Por supuesto, Derek no estaba de acuerdo, pero aparte de sugerir una vez más que hicieran una reserva en un restaurante en lugar de complicarse tanto, no protestó. Incluso, cuando la superficie de la mesa desapareció tras la mantelería de lino blanco, la cristalería de Enid, su vajilla de porcelana fina y su cubertería de plata, Derek tuvo que admitir que estaba precioso.

-Repíteme por qué debería volver a fijarme en Natalie -dijo Derek mientras arrojaba otro tronco de leña a la chimenea.

A lo largo de la última semana, exceptuando la noche en que ella y Clara habían ido a cenar a casa de los McConnell, Macey y Derek habían recorrido todo San Louis en busca de una mujer

adecuada, y Macey comenzaba a estar agotada. Incluso la cena de aquella noche con la junta directiva de Empresas McConnell le parecía un remanso de paz en comparación.

Sí, Macey recordaba a Natalie. Era una rubia pequeñita con la que se habían encontrado dos noches atrás en un concierto de música de cámara.

-Porque parece simpática -aseguró. Derek emitió una especie de sonido a medio camino entre el gruñido y la queja-. Venga, Derek. Tal vez simpática no te parezca una palabra muy glamorosa en estos momentos, pero será una cualidad muy importante, a la hora de convivir.

-Me dio la impresión de que era excesivamente simpática.

-¿Quieres decir que estaba actuando? -preguntó Macey estirando una de las servilletas de la mesa-. ¿Para qué iba a hacer eso?

-No lo sé. Es una intuición.

-Creo que la mejor forma de salir de dudas será casándote con ella. Puedes llamarme dentro de diez años para decirme cuál de los dos tenía razón.

-Es conmovedora tu preocupación por mi bienestar, Macey.

-Para eso me pagas. ¿Te he mencionado ya que mis horas extra cuestan el triple los domingos?

-Me lo has mencionado. Lamento decir esto, pero tus honorarios se acercan a los de las cortesanas más exclusivas del mundo.

-¿De verdad? Qué halagador, Derek.

-Pero todo lo que consigo a cambio es un beso robado entre las sombras, y sólo porque puede haber alguien mirando.

-¿Y eso te molesta? Yo pensaba que la posibilidad de que alguien estuviera observándonos le daba un punto morboso al asunto -murmuró Macey.

-Esta mañana he desayunado con mi madre -dijo Derek.

-¿De quién fue la idea? -preguntó ella misteriosamente.

-Suya. ¿Por qué?

-Creo que le ha llegado el momento de hablar contigo de este asunto. Te ha dado casi una semana para que des marchas atrás, así que ahora...

-Al contrario. Tengo que advertirte que está planeando una fiesta de compromiso.

-Es muy amable por su parte. ¿Puedes hacer que la anule?

-Imposible. Además, será una buena manera de que conozcas a las candidatas de mi lista que nos hayamos saltado, porque estarán todas allí.

-Es verdad -replicó Macey-. Puedo tomar nota de cuántas se

meten en el cuarto de baño a gimotear por haberte perdido.

-Mamá se ha ofrecido a llegar antes esta noche para ayudar.

-Le habrás dicho que no era necesario, ¿verdad? -preguntó Macey sintiendo que el corazón le daba un vuelco.

-Sí, pero yo no estaría muy seguro de que me haya hecho caso.

-Entonces, será mejor que me vaya a cambiar -dijo Macey agarrando la bolsa que había dejado colgada tras la puerta de la cocina y dirigiéndose al aseo.

-Puedes cambiarte en mi habitación -intervino Derek-. Mi madre tiene razón. El aseo es demasiado pequeño, no tendrás sitio ni para ponerte el vestido sin ayuda. Por supuesto, yo me ofrezco voluntario, aunque tampoco cabría ni yo.

-Si me visto-arriba, me encerraré en el cuarto de baño -advirtió Macey.

-Te lo prometo, Macey -respondió él levantando la mano-. No voy a seguirte.

Ella- no había estado en la planta superior desde el día en que se metió debajo de la cama para escapar de la madre de Derek. A pesar de que había sido una idea absurda, Enid seguía sin saber que era ella. Macey no podía evitar preguntarse de quién pensaría la madre de Derek qué se trataba.

Macey se detuvo en medio de la habitación con un nudo en la garganta. Sobre la cama había un vestido de mujer.

Entendió entonces cómo debió de sentirse Enid cuando vio sus zapatos, aunque no era en absoluto el mismo caso. Ninguna mujer se dejaría la ropa así colocada sin quererlo. Estaba colocada adrede para que ella lo viera. Y Macey no pudo resistir la tentación de acercarse.

El vestido tenía un color rojo anaranjado. Era largo para ser un traje de cóctel, pero sus líneas sencillas quedaban más que contrarrestadas por el escote de la espalda.

Era un vestido ideal para la ocasión. El color perfecto para Macey, porque destacaría los reflejos rojizos de su cabello oscuro. Y además era de su talla.

En la falda había una nota prendida con un alfiler: «Me dijiste que te debía un vestido».

Macey se preguntó quién le habría ayudado a elegirlo.

Cuando bajó las escaleras, con mucho cuidado para no tropezar con los tacones, Derek la estaba esperando. No dijo ni una palabra, pero el brillo de admiración que desprendieron sus ojos bastó para que a Macey se le pusiera la carne de gallina.

-,Tienes frío? -le preguntó él.

-Es por las corrientes de aire. Se me pasará.

-Podría estar toda la noche rodeándote con mi brazo.

-Sería de gran ayuda mientras sirvo la comida -contestó ella mirando el reloj-. Ya: es casi la hora.

-¿Me das un beso de buena suerte?

-Ten cuidado con el maquillaje -respondió Macey, incapaz de negarse.

-¿Acaso no lo he tenido durante toda la semana? -preguntó él acariciándole suavemente la espalda desnuda.

A esas alturas, Macey ya debía de estar acostumbrada a estar entre sus brazos, a que la besara. Pero lo que sentía cada vez era distinto, nuevo e impredecible.

-Sabes muy bien -susurró Derek.

-He estado probando el vino.

-Déjame ver -murmuró volviendo a besarla No, definitivamente no es el vino. Eres tú.

En aquel momento sonó el timbre de la puerta. Macey se apartó y se miró de pasada en las puertas de vidrio de la chimenea. Con cuidado o sin él, tenía el aspecto de alguien a quien acababan de besar apasionadamente, que era sin duda lo que Derek tenía en mente.

-Espera un momento -dijo ella-. Mi anillo. Me lo he quitado en la cocina.

Estaba exactamente donde lo había dejado. Como cada vez que se lo ponía, Macey se quedó fascinada por la belleza de aquel inmenso diamante en forma de pera y el brillo plateado de la banda de titanio. Se lo colocó en el dedo, levantó la mano para admirarlo y entonces se dio cuenta de lo que acababa de decir en voz alta: «Mi anillo».

Con qué facilidad le habían brotado aquellas palabras. Con qué facilidad se había colado aquel pensamiento en su mente.

No había duda. A pesar de las docenas de listas que había elaborado con las posibles candidatas, Macey no había conseguido entusiasmarse con ninguna de ellas. No había duda de por qué no había conseguido encontrar ninguna que considerara suficientemente buena para Derek.

Porque lo cierto era que lo quería para sí.

MACEY PENSO que de todas las estupideces que una mujer podía cometer, aquella se llevaba sin duda la palma. Enamorarse de don Perfecto, el príncipe del Reino de los Niños, el hombre que la había contratado a sangre fría para que le buscara una esposa... Aquel debía de ser el error más ingenuo de la historia del mundo.

Pero por mucho que intentara negarlo, aquello era exactamente lo que le había ocurrido. Se había divertido tanto peleándose con Derek, bromeando con él y fastidiándolo, que no se dio cuenta de en qué momento había aparecido el afecto en escena, ni cuándo se había transformado en cariño, y luego en amor.

Pero para ella el amor no suponía, como para mucha gente, adoración ni devoción ciega. Conocía todos y cada uno de los defectos de Derek, y lo amaba a pesar de ellos. Tal vez incluso gracias a ellos.

Macey entendía ahora por qué se había sentido tan triste el día del picnic, cuando pensó que la historia había terminado y no volvería a verlo. Y por qué se sentía tan confundida cuando la besaba, cualesquiera que fueran las circunstancias. Y por qué aquella cena casera con los miembros de la junta le hacía

CAPÍTULO 7

Tanta ilusión: porque no sólo estaría donde quería estar, al lado de Derek, sino que además sería la única mujer a la que él miraría. Aquella noche Macey día creerse la ilusión de que todo era real

.O, al menos, así habría sido si aquella increíble revelación no la hubiera asaltado de pronto.

Pensaba que estaba a salvo. Pensaba que su d terminación de no volver a casarse nunca la protegería de enamorarse. Pero no pensó que eran dos cosas completamente distintas Había bajado la guardia, ahora tenía que pagar el precio.

Porque la situación no había cambiado en absoluto. Derek seguía buscando esposa, y Macey no era en absoluto lo que él estaba buscando. La única diferencia era que ahora ella sabía lo estúpida que había sido.

Derek abrió la puerta y George y Enid McConnell entraron. Macey se dijo a sí misma que tendría que pasar la velada como pudiera y pensar en ello más tarde.

-Has conseguido que mi vajilla luzca preciosa, Macey -dijo Enid mientras George se acercaba a las bebidas-. A ver si podemos quedar un día de esta semana para ir a elegir la tuya propia.

El timbre de la puerta volvió a sonar. Macey compuso una sonrisa y deseó que la madre de Derek no se diera cuenta de que no le había contestado.

-Podemos avisar a Clara e ir las tres a comer -continuó diciendo Enid.

El apartamento comenzó a llenarse de señores acompañados por sus esposas. El director de la junta fue el último en llegar. Llevaba del brazo a una chica rubia de aspecto imponente. Macey pensó que se trataría de una «esposa trofeo», pero él se la presentó como su hija.

-Jennifer, toma nota de esta joven -le dijo delante de Macey-. Es muy sensata en lo que a cazar marido se refiere.

-Cuando esté preparada para saltar sobre mi presa la llamaré para que me dé instrucciones -aseguró Jennifer soltando una carcajada.

Macey no pudo evitar sonreír a su vez. Tenía una risa contagiosa. Sin embargo, un instante más tarde se dio cuenta de que Derek estaba parado al lado de la puerta, como si acabara de cerrarla mecánicamente y hubiera olvidado qué debía hacer a continuación. Todo su ser estaba completamente concentrado en Jennifer.

Macey sintió que se le congelaba el corazón.

La joven era encantadora. Era cálida, tenía sentido del humor y era la hija del director de la junta. No podría ser más perfecta.

Era muy extraño, pensó Macey. Derek había buscado desesperadamente por todas partes y había terminado encontrando a la mujer de sus sueños en la puerta de su casa.

Macey se pasó toda la velada tratando de no mirar en dirección a Derek por temor a lo que él pudiera descubrir en sus ojos. Jennifer era el alma de la fiesta, de eso no cabía la menor duda. Los hombres se disputaban su atención, e incluso las mujeres la trataban con cariño.

En comparación con ella, Macey se sentía como una birria aburrida. Jugueteó con la comida y trató de no escuchar la risa cantarina que le llegaba a intervalos desde el otro extremo de la mesa, donde estaba Derek. ¿Se estaría riendo Jennifer de algo que él había dicho? Derek era divertido, pero, desde luego, no tan desternillante como Jennifer parecía encontrarlo. Pero nadie más parecía pensar que estaba exagerando. Sólo Macey estaba molesta.

Las manos le temblaron ligeramente cuando sirvió la tarta de queso de postre. La velada se acercaba a su fin. Había sido todo un éxito, pero en lugar de felicitarse por ello, Macey estaba deseando prolongarla. Cuando los invitados terminaron de tomarse el café, insistió en servirles otra taza.

-No, creo que es hora de dar la velada por finalizada -aseguró una de las señoras riendo-. Ya llevo bastante tiempo sintiéndome como una mirona.

Macey consiguió sujetar la cafetera justo a tiempo para evitar que se le resbalara de las manos y derramara todo su contenido por el mantel de lino, o peor todavía, por encima del director de la junta. Por lo visto, todo el mundo se había dado cuenta del coqueteo que se traían Derek y Jennifer.

Bueno, así al menos no les sorprendería tanto el cambio de novias.

-No te avergüences, querida -continuó diciendo la señora-. Derek y tú no habéis hecho nada de mal gusto, pero precisamente porque no os habéis rozado en toda la noche, ni tan siquiera os habéis mirado, está claro que los dos estáis deseando que desaparezcamos para poder disfrutar de vuestra intimidad.

El director de la junta fue quien más tardó en marcharse, pero Macey tuvo que admitir que Jennifer no lo estaba haciendo adrede, sino que a ella la traicionaban sus ganas de que se fuera.

Cuando todo el mundo se hubo marchado, Macey comenzó a

meter los platos en el lavavajillas mientras Derek terminaba de limpiar la mesa. Ella pensó que lo mejor sería sacar el tema y tratarlo con fingida naturalidad antes de que Derek la pillara de improviso, cuando no estuviera preparada para enfrentarse a ello.

-¿Qué te ha parecido Jennifer?

-¿Es que no te cansas nunca? -preguntó Derek pasando la bayeta-. Te recuerdo que ella es la razón por la que nos hemos metido en este lío. Al verla entrar en mi casa me he quedado horrorizado.

-Sólo estaba haciendo mi trabajo -aseguró ella encogiéndose de hombros.

-¿Quieres decir que habrías puesto a Jennifer en mi lista? Por el amor de Dios, Macey, la tarta de queso debe de haberte afectado al cerebro -aseguró Derek acercándose a la cocina y dejando la bayeta en el fregadero-. Compadezco al pobre hombre que se case con ella. Terminará hasta el gorro de escucharle decir que a su papá tal vez no le gustara eso o lo otro.

«No deberías alegrarte de esto, Macey», se reprendió a sí misma. «Cuanto más tardes en encontrar a alguien adecuado para Derek, más doloroso será para ti».

-Ha sido una velada increíble -aseguró él atrayéndola hacia sí-. Todo el mundo estaba impresionado, incluido yo. Así que ya que no tengo que preocuparme del maquillaje, voy a destrozártelo.

Derek cumplió lo dicho, pero no se limitó sólo al maquillaje. Le quitó cuidadosamente las horquillas y las tiró al suelo mientras le soltaba el moño que tanto trabajo le había costado hacerse. Luego le agarró el cuello por detrás, la atrajo hacia sí y se dedicó a la importante tarea de besarla.

-Cásate conmigo, Macey -murmuró sin dejar de deslizar los labios por lo suyos-. Hagamos lo que todos esperan.

Ella sintió cómo se le tensaban todos los músculos del cuerpo, como si hubiera sufrido una contractura.

-¿De qué estás hablando? -preguntó en un susurro, sin dar crédito a lo que acababa de oír.

-¿Por qué no? -insistió Derek besándola en el cuello-. No nos ha ido mal hasta el momento...

-¿A qué viene esto? -exclamó Macey apartándose indignada-. ¿Es porque piensas que ahora que la junta me conoce no querrán que elijas a otra? Pues lo siento, pero tendrás que arreglar eso sin mi ayuda.

-Macey, por favor, yo...

-No. No me casaré contigo -aseguró ella mirándolo a los ojos-.

Tendría que haber acabado con esto hace mucho tiempo. De hecho, nunca debí haber empezado con ello. Pero se acabó, Derek. Ya no quiero formar parte de este asunto, no quiero ver cómo mientes, manipulas y engañas a la gente para conseguir lo que quieres a costa de lo que sea. He terminado con esto... y he terminado contigo.

Aquel súbito ataque dejó a Derek confundido y sin palabras. Estaba completamente pálido.

Bien, pensó Macey. Al menos había conseguido que viera la realidad. Era obvio que estaba tan acostumbrado a conseguir lo que quería que pensaba que tenía derecho a todo, pero ella le había abierto por fin los ojos.

-Si ya has terminado de analizar mi personalidad -dijo él con frialdad-, considérate liberada de tus servicios.

Macey había pensado que sería imposible que se enfadara más de lo que ya estaba, pero aquello lo consiguió.

-¡No puedes echarme, porque soy yo la que se despide!

Y dicho aquello, se dirigió en dos zancadas a la puerta y la cerró de un portazo que sonó a despedida definitiva.

CAPÍTULO 10

MACEY le estaba costando mucho trabajo concentrarse aquella mañana. Habían pasado treinta y seis horas desde que se marchó de casa de Derek, y al menos durante treinta y cinco había sufrido punzadas de remordimiento.

Pero sabía que había tomado la única decisión posible. Sabía que aceptar la proposición de Derek habría sido un golpe duro para su autoestima, y aquel era un precio que no estaba dispuesta a pagar.

Y sin embargo, una parte de ella deseaba haber dicho sí en lugar de no.

Porque tal vez, sólo tal vez, Derek habría aprendido a amarla si le hubiera dado la oportunidad. Pero lo mejor sería no pensar más en ello, porque no iba a conseguir nada dándole vueltas.

A la hora del almuerzo, Louise le trajo un bocadillo de la calle y Macey decidió tomárselo en la sala de ordenadores para cambiar de escenario. Mientras comía, ojeó distraídamente un periódico que alguien había dejado, y en la sección de economía se encontró de golpe con la noticia.

La junta directiva de Empresas McConnell había nombrado a su próximo presidente. Derek había conseguido el puesto.

Macey pensó que al final había resultado un auténtico mago, si había sido capaz de sacar aquel conejo del sombrero. Se preguntó cómo se las habría arreglado para borrarla a ella del mapa de modo que ningún miembro de la junta pareciera recordar su existencia.

¿A quién habría colocado en su lugar?

«Como si hubiera sido alguna vez tuyo», se mofó Macey para sus adentros.

Sin embargo, aquella noticia le complicaba las cosas, porque tenía que devolverle el anillo. No era algo que pudiera enviarle con un mensajero, pero tampoco quería llevarlo ella en mano. No sólo no quería enfrentarse a él, sino que verla sería también lo último que Derek desearía.

Además, Macey ignoraba qué le habría dicho a la junta y a sus padres sobre la ruptura y su supuesto compromiso, así que tampoco podía llamar a su oficina. A lo mejor les había contado que ella se había mudado repentinamente a París, o que había sido arrestada por chantajista y estaba en la cárcel, o...

No. Daba igual cómo había explicado Derek su súbita ruptura. Macey no quería enfrentarse a él en público. Pero mucho menos quería verlo en privado.

El cuerpo entero le dolía ante el mero hecho de pensarlo.

-El señor McConnell no me avisó de que fuera usted a venir -aseguró Ted el portero mirando de reojo la pizza-. No está en casa. Ha salido hace un rato. Creo que iba a cenar a casa de su madre.

-Vaya, entonces tardará muchísimo en regresar -se lamentó Macey tratando de aparentar desilusión-. Escuche, Ted: yo sólo quiero dejarle en su casa una cosa. Una cosita de nada -dijo acercándole la pizza al mostrador-. Usted tiene llave de su apartamento, ¿verdad?

-Eso que quiere usted dejarle no estará cargado de explosivos, ¿verdad? -preguntó el portero.

-¿Por qué iba a querer hacerlo volar por los aires? -preguntó a su vez Macey abriendo el bolso-. Mire. Se trata de algo completamente inocente.

-De acuerdo -contestó finalmente Ted tras examinar el anillo por todos los ángulos posibles-. La dejaré pasar, pero procure no tardar mucho y cierre la puerta al salir.

-Hecho -aseguró Macey-. ¿Le importa que le deje aquí la pizza? No tengo tanta hambre como pensaba.

El portero puso los ojos en blanco y no contestó.

Le abrió la puerta del apartamento y luego cerró tras ella. Una vez a solas, Macey sacó el anillo del bolso y se puso a pensar dónde dejarlo. ¿En la encimera de la cocina? ¿En la mesita de la entrada? No sería una buena idea si Derek llevaba a su nueva prometida a su casa.

¿Y en la almohada?

Macey reprimió una sonrisa al imaginase la cara de la prometida de Derek cuando descubriera un anillo de compromiso encima de su cama.

Pero por mucho que desaprobara lo que Derek estaba haciendo, Macey no tenía intención de causar ningún problema. Bastante difícil iba a ser ya de por sí para la nueva pareja salir adelante como para empeorar las cosas desde fuera.

En ese momento escuchó el sonido de una llave en la cerradura. A Macey le dio un vuelco al corazón, pero se tranquilizó al pensar que se trataría de Ted, que había subido para avisarla de que ya hacía tiempo que había pasado un minuto.

Se abrió la puerta y entró Derek. Dejó las llaves del coche sobre la mesita de la entrada, se quitó la chaqueta de cuero y cruzó el salón directamente en su dirección.

Parecía más alto y poderoso que nunca, y no daba la impresión de estar sorprendido por su presencia allí.

-Ted me dijo que habías salido a cenar -aseguró Macey sintiéndose tan estúpida como seguramente parecía.

-Y así era. Pero me llamó para decirme que tenía visita, y por supuesto, como buen anfitrión, regresé enseguida a casa.

-¿Es que le has aumentado la propina?

-Cuando se trata de comprar lealtades, una pizza de salami no puede competir con lo que yo le pago -aseguró Derek tras asentir con la cabeza-. ¿Qué te trae por aquí? ¿Tienes algún comentario más que hacer respecto a mi carácter?

-Lo siento -admitió Macey colocándole al anillo sobre la palma de la mano-. Sólo quería devolverte esto de modo que no fuera doloroso para ninguno de los dos. Ya me marcho.

Derek apretó los dedos sobre su mano durante un instante, o al menos esa fue la impresión que ella tuvo, y luego la apartó. En silencio, Macey cruzó el salón y se dirigió a la puerta. Cuando tenía la mano en el picaporte, Derek se dio la vuelta para mirarla.

-Conseguí el puesto -le dijo bruscamente.

-Lo sé. Lo leí en el periódico. Enhorabuena -respondió ella tratando de aparentar calma-. ¿Cuándo es la boda? ¿Y quién es la afortunada? ¿Jennifer? Es la única que se me ocurre que haya podido recibir una aceptación tare rápida de...

-No va a haber ninguna boda.

-Pero... te han dado el puesto -dijo Macey frunciendo el ceño con extrañeza-. No creerán todavía que yo...

-No -la atajó él con voz inusualmente grave-. Estuve pensando en lo que me dijiste y en lo que yo estaba intentando hacer. Así que al final les dije la verdad, que no va a haber ninguna boda.

-¿Le confesaste a la junta que te lo inventaste todo? ¿Y aun así te dieron el puesto? -preguntó Macey sacudiendo la cabeza con incredulidad-. Esto sí que es un mazazo. Tanto trabajo, tanto esfuerzo, todas esas malditas fiestas a las que fuimos, todo para nada.

-No resultó nada fácil. Admití ante ellos que tenía toda la intención de casarme para conseguir el puesto, y que me daba igual con quien fuera -aseguró bajando tanto la voz que Macey tuvo que acercarse más para poder oírlo-. Y también les dije que, a la hora de la verdad, no pude seguir adelante con el plan porque sería hacer trampas, y al final nadie estaría contento. Ni la junta, ni la empresa, ni yo, ni desde luego la mujer con la que me casara. Les dije que tenían que elegir.

-O te daban el puesto de todas formas o... ¿O qué? -preguntó Macey, incapaz de encontrar una alternativa.

-No. Les dije que me quedaría en Empresas McConnell trabajando en mi antiguo puesto si ellos querían. O si lo preferían, me marcharía cuando nombraran un nuevo presidente para que él tuviera las manos libres.

-¿Habrías dejado tu trabajo? ¿Te habrías marchado de la empresa de tu padre?

-Sí. Lo hubiera hecho.

Derek bajó la vista hacia el anillo que aún tenía en la palma de la mano y lo colocó cuidadosamente en la mesita de la entrada, al lado de las llaves del coche.

Macey dedujo que lo trataba con tanta delicadeza porque era muy valioso, no porque significara algo para él en ningún otro sentido.

-Lo que me dijiste la otra noche me hizo reflexionar, Macey -dijo entonces Derek con voz triste-. Tenías razón. Estaba tratando de manipular el sistema. Pensé que había encontrado la manera de jugar sin tener que seguir las reglas. Pero hasta la otra noche, cuando me hiciste dar un paso atrás para que viera el lío que había montado, no me di cuenta de que me había metido en un pozo y que tú eras mi única salvación.

-No es necesario que sigamos hablando de esto -aseguró Macey acercándose de nuevo a la puerta-. Ya tienes el trabajo que querías y...

-Esto no tiene nada que ver con el trabajo. Y no he terminado. Cuando me echaste la bronca fue cuando me di cuenta de lo que estaba ocurriendo.

Aunque debí haberlo sabido el día que me dijiste que tu marido había muerto.

-¿Qué era lo que tenías que saber? -preguntó ella con fingida calma.

-Cuando me lo contaste, sentí como si me hubieras golpeado con un bate de béisbol. Pero no fue hasta más tarde, mucho más tarde, cuando supe que me sentí tan mal porque me sentía culpable de alegrarme.

-Estoy empezando a no entender nada -aseguró Macey llevándose las yemas de los dedos a las sienes.

-No me alegré de que hubiera muerto, pero me alegró averiguar que después de todo estabas libre.

-Y así podía ayudarte en tu propósito. Eso ya lo sabía.

-No -insistió Derek-. Eso fue lo que yo pensé en un principio. La idea de quedar los cuatro no era para que me hicierais cobertura mientras yo quedaba con las seis mujeres que me habías elegido.

Tan sólo era una excusa para seguir viéndote.

Macey se quedó de pronto sin aliento. Tal vez había aún una esperanza, pero sentía miedo de que aquel acceso de optimismo fuera una falsa alarma.

-Tú cumpliste con tu trabajo. Me diste el listado con las finalistas, y tu tarea había terminado. Pero yo no quería dejarte marchar. Por eso me agarré a la excusa de anunciar que eras mi prometida. Porque quería que lo fueras. Y por eso le dije a la junta que no habría ninguna boda. Porque sólo podría casarme contigo -confesó mirándola un instante antes de apartar la vista-. Ya sé que dijiste que no volverías a casarte, pero no quiero perderte, Macey. No voy a perderte.

No pienso marcharme, y no voy a aceptar un no por respuesta.

-Espera un momento. ¿Estás declarándote otra vez?

-Sí. Bueno, no exactamente.

Macey sintió que la cabeza le daba vueltas.

-Estoy dispuesto a esperar hasta que estés preparada -aseguró Derek exhalando un profundo suspiro-. Te demostraré y me demostraré a mí mismo que soy capaz. Pero cuando te cases conmigo, tiene que ser con todo el corazón. Sin trucos. Sin condiciones.

-¿Cuando me case contigo? ¿No querrás decir si me caso contigo? -preguntó Macey, sintiendo que se derretía por dentro.

-No -aseguró él con firmeza-. Me niego a pensar otra cosa.

Macey le colocó las manos sobre el pecho con suma delicadeza, como si nunca antes lo hubiera tocado, como si temiera que desapareciera bajo su contacto.

-No tienes nada que demostrarme, Derek.

Él la miró durante un largo instante y luego la atrajo hacia sí y la besó como si no pudiera detenerse. No había nada engañoso ni manipulador en aquel beso. Era casi solemne, y hasta la última fibra del cuerpo de Macey respondió con entrega.

-Antes no podía casarme contigo -dijo ella finalmente casi sin respiración-. No podía hacerlo sólo de cara a la galería. No podría soportar ser una esposa de conveniencia.

-Eres cualquier cosa menos una esposa de conveniencia -aseguró Derek recalcando cada palabra con un beso-. Es imposible manejarte, eres lo que se dice toda una molestia. Eres la voz de mi conciencia, y eres absolutamente imprescindible para mi felicidad. ¿Quieres casarte conmigo?

-No juego al golf -señaló ella-. Y llevo unos pendientes muy raros. Y tengo un nombre de lo más frívolo que no pienso cambiar.

-Macey McConnell -pronunció él con aire pensativo-. A mí me parece que suena bien. Me acostumbraré a los pendientes, y a mí tampoco me entusiasma el golf. Respóndeme, Macey.

-Tal vez debería lanzar una moneda al aire -aseguró ella-. Para comprobar lo que siento.

-Tengo una idea mejor -contraatacó Derek atrayéndola más hacia sí-. Si quieres averiguar lo que sientes, te besaré hasta que lo descubras.

-Podemos intentarlo, a ver qué pasa -lo retó Macey.

Entonces soltó una carcajada, le echó los brazos al cuello y se dejó llevar completamente.

Leigh Michaels - La esposa ideal